

LIBRES para AMAR



LIBRES para AMAR

Teresa de Jesús Fernández
Sara Más
Lirians Gordillo Piña



La Habana, 2020

Edición y corrección: Sara Más y Teresa de Jesús Fernández
Diseño y diagramación: Cary HB
Foto de cubierta: Claudia Rodríguez Herrera

© Teresa de Jesús Fernández, 2020
© Sara Más, 2020
© Lirians Gordillo Piña, 2020
© Editorial Caminos, La Habana, 2020
© SEMlac, 2020

306.7663

Fer

Fernández, Teresa de Jesús, 1960-
Libres para amar / Teresa de Jesús Fernández, Sara Más, Lirians
Gordillo Piña. -- La Habana : Editorial Caminos : Servicio de Noticias de la
Mujer de Latinoamérica y el Caribe (SEMLac), 2020.

164 p.

ISBN 978-959-303-177-6

1. HOMOSEXUALIDAD - CUBA
2. LESBIANISMO - CUBA
3. CARRACEDO CUDINA, MARCELINA, 1962 -- ENTREVISTAS
4. GRAJALES GUERRA, LIUSBA DIANELYS, 1982 -- ENTREVISTAS
5. MARTÍNEZ MITJANS, CARIDAD, 1949 -- ENTREVISTAS
6. SUÁREZ RODÉS, RAQUEL, 1965 -- ENTREVISTAS
- I. Más, Sara, 1965 –
- II. Gordillo Piña, Lirians, 1986 –
- III. t.

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la contribución de la Fundación Sueca para Derechos Humanos.

SEMLac

Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe
Corresponsalía Cuba
semlaccu@enet.cu / www.redsemlac-cuba.net

Editorial Caminos

Ave.53, no. 9609, e/ 96 y 98, Marianao, La Habana, Cuba
Teléf.: (53) 7260 3940, 7260 9731
Fax: (53) 7267 2959
editorialcaminos@cmlk.co.cu
www.ecaminos.org / www.cmlk.cu

Indice

Palabras iniciales.....	5
“Hay que luchar por la vida”.....	9
“Me considero una mujer bendecida”.....	18
“Yo viví la etapa más dura”.....	28
La conquista de la plenitud es un acto de fe.....	34
“No todo es miedo”.....	44
Adicta a vivir con orgullo.....	52
“Mi corazón sigue siendo sincero”.....	57
“Quiero que nos miren a todas por igual”.....	63
“Somos seres humanos con los mismos derechos”.....	71
“Soy libre dentro de mí”.....	80
En el camino de la coherencia.....	89
“Somos invisibles en la sociedad”.....	97
“Lo normal no existe”.....	105
“Estoy muy dispuesta a no perder mi libertad”.....	111
“Me moría o luchaba por lo que quería”.....	118
“Lo terrible es que la gente no pueda ser quien es”.....	122
“La mayor de todas las violencias es el silencio”.....	129
“Si vuelvo a nacer, soy así”.....	140
Vivir a contracorriente.....	146
“Quiero vivir plenamente”.....	154

Palabras iniciales

En los últimos años he tenido la oportunidad de leer algunos libros cubanos en cuyas páginas, con menor o mayor acierto, se incluyen historias de mujeres lesbianas. Este no tiene nada que ver con esos.

No se adentra en la experiencia sexual de las mujeres que se encuentran en espacios solitarios e íntimos para encontrar placer entre ellas. Tampoco busca alimentar fantasías eróticas ni responder a las interrogantes de quién es el hombre y quién es la mujer en la pareja. Cuestiones ancladas en un imaginario que se resiste a superar la heterosexualidad, en el que no florece una sexualidad que se inventa y reinventa según las necesidades de quienes la construyen.

Este expone en sus páginas las trayectorias de vida de las mujeres lesbianas o no, sus vicisitudes y sus logros, sus reclamos y sus luchas para habitar como sujetos de derechos en escenarios en los que la heteronorma y el heterosexismo alimentan el estigma y la discriminación; las mismas que, día a día, reivindican sus derechos como humanas y como cubanas.

¿Qué reflexiones me promueve su lectura?

1. *La diversidad de mujeres y de discursos*

En mi consideración, se utiliza la entrevista magistralmente. La lectura de las historias hace sentir que las preguntas no son un paquete prediseñado que nos lleva al mismo sitio una y otra vez, como si estuviéramos en un carrusel de feria, sino que emergen del encuentro entre entrevistadoras y entrevistadas. Nacen de la necesidad de los relatos y de las mujeres que nos cuentan sus historias, de ahí que perciba que no sobran, ni faltan, y que cada mujer nos dice lo que necesita compartir y no más.

En adición, las entrevistadas provienen de diferentes sectores y provincias; algunas son jóvenes y otras no tanto. Ello es crucial para validar las experiencias que comparten, trazar una línea de tiempo en el decurso de la construcción de sus identidades sexuales, en la experiencia de bienestar de estas y, mejor aún, en cómo sus estrategias de vida las colocan en el lugar de ejercicio de sus ciudadanía sexuales. No son mujeres periféricas: se propusieron desligar los nudos de la exclusión y la marginación social, por lo que participan o participaron en la construcción de la vida social, cultural y espiritual cubana, desde sus desempeños.

2. La diversidad de tiempos en la construcción de sus identidades sexuales

Las narrativas de estas mujeres nos hablan de heterogeneidad y de tiempos, de deseos reservados y de la elección de un momento liberador en el que apuestan por una sexualidad sin tapujos y también sin etiquetas. No importan sus consecuencias; están decididas a sortear cualquier obstáculo.

Sus historias nos advierten que, para algunas, el interés por las mujeres se inició muy tempranamente; otras cuentan de experiencias con parejas heterosexuales de permanencia, con un descubrimiento de la atracción por sus iguales un tiempo después; y unas pocas nos indican que la sexualidad, la atracción y los vínculos afectivos “no están escritos en piedra” y que, como sujetos deseantes, están abiertas a la experiencia amorosa sin importar quién es el objeto de deseo. Aunque todas, en el momento de la entrevista, estaban ligadas a una experiencia erótico-afectiva con otras mujeres.

3. La visibilización de miedos, silencios y rupturas

Cada historia refleja la irrupción de formas de violencia en diferentes escenarios de interacción social. La violencia cultural ha sido una constante en sus vidas, mientras los discursos homofóbicos en sus entornos inmediatos llevaron a algunas a cuestionarse en silencio sus sentimientos transgresores. El miedo a no cumplir con lo deseado por sus familias, a molestar a los padres y madres, a perder el estatus y la red de apoyo familiar retrasaron el hacer pública la dirección erótico afectiva de sus deseos y su elección de pareja.

Sin embargo, la violencia no se retrasó, estuvo presente en sus familias y fuera de estas; en sus escuelas, al limitarles sus logros; en sus centros de trabajo, al expropiarlas de sus espacios y, para algunas, en sus relaciones de pareja. Para llegar a lo que son hoy y lo que han alcanzado, han sido muchas las rupturas, las pérdidas y los duelos que han tenido que hacer. No obstante, las historias nos dejan un mensaje de optimismo y nos enfrentan a una realidad: somos lo que seamos capaces de construir, tanto individual como colectivamente.

4. El activismo comprometido

De una forma u otra, las entrevistadas realizan un activismo comprometido, tanto aquellas que han renunciado a sus vínculos en redes articuladas, como las que comparten espacios de activismo institucional del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex), aun cuando perciben que “no siempre satisface las necesidades de las mujeres lesbianas”, o al menos no como desean. Es curioso que mencionen que, en su mayoría, las mujeres lesbianas que han alcanzado cierto estatus se mantienen en silencio, en sus zonas de confort, y contribuyen así a la invisibilidad.

Cada una refiere poner el cuerpo en escenarios en los que se requiere visibilizar los derechos de las mujeres lesbianas, aunque también para defenderlos. En las acciones que realizan han tenido que soportar agresiones verbales que siempre aluden a sus sexualidades; en otras, claramente al acoso. Se han sobreexigido para lograr el respeto a ellas, su trabajo y sus resultados y, con esto, han conquistado también el respeto de sus madres, cuando estas las han separado de la vida familiar.

5. Las familias: contradicciones y conflictos

Luego de leer las historias de estas mujeres, es muy difícil no pensar en las familias y su papel en la educación, el crecimiento e integración de sus integrantes a la vida social. En estas narrativas y en otras no contenidas en el libro, la primera barrera que encuentran las mujeres que se reconocen con sexualidades no hegemónicas está en sus padres, madres y otros familiares, bien porque durante años han escuchado las injurias y descalificaciones dirigidas a los homosexuales, o porque han desarrollado expectativas muy altas en la continuidad de la familia, acunando proyectos de vida en los que las hijas aportarán los nietos deseados.

Lo cierto es que reconocerse ante los padres como lesbiana, aun en familias en las que otros miembros son homosexuales o existen excelentes relaciones, no está exento de contradicciones, silencios y conflictos. Las investigaciones revelan que el primer ámbito de discriminación se vive en las familias. Por lo que, sin dudas, habrá que pensar estas como grupo meta de las intervenciones que se realicen para eliminar los prejuicios sexuales asociados a las sexualidades no hegemónicas.

Me satisface, después de años de trabajo, conocer que las mujeres reconocen que se han producido cambios sociales en cuanto a la homofobia – lesbofobia en los diferentes escenarios en los que habitan. Esto significa que años de trabajo colectivo y de Jornadas contra la Homofobia y la Transfobia han logrado horadar la tupida trama social tejida con una ideología patriarcal, heterosexista y heteronormativa que estigmatiza y discrimina lo diferente, y que se resiste a permitir que fluyan las libertades sexuales de las mujeres como expresión legítima de sus derechos sexuales.

Ada C. Alfonso Rodríguez
La Habana, octubre de 2019

“Hay que luchar por la vida”

Marcelina Carracedo Cudina, *técnica de calidad del tabaco*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Por mucho tiempo calló, vivió en silencio y sin aceptación familiar sus más genuinos sentimientos. Así tuvo que abrirse camino, sola, con mucho trabajo y esfuerzo personal. Pero Marcelina Roselia Carracedo Cudina —a quien conocen mejor como Chuchi— reconquistó su espacio y más allá, cada vez que se defendió de la incomprensión y el rechazo.

En ese recorrido impulsó y creó la Red de Mujeres Lesbianas y Bisexuales en Trinidad, esa entrañable ciudad colonial que la vio nacer y crecer, en la provincia de Sancti Spíritus, a unos 350 kilómetros de La Habana.

Cuarta de seis hermanos —cuatro mujeres y dos hombres—, Chuchi tuvo su primera relación con otra mujer muy temprano, a los 14 años, mientras estaba en la Escuela de Deportes (EIDE) de Santa Clara, una provincia cercana en el centro del país.

“Había una muchacha muy apegada a mí. Una vez nos quitaron el pase a las dos y nos quedamos solas en el albergue. Yo jamás me había atrevido a nada, aunque sentía atracción por ella. Entonces, en aquel albergue, solas las dos, nos miramos y, sin decirnos nada, sucedió”.

¿Cómo viviste ese momento?

Como algo bueno, pero no se lo conté a nadie. Estábamos en la escuela, yo en atletismo, lanzamiento de la jabalina, y éramos muy niñas las dos. Nuestra relación fue en secreto. En el albergue había un cuartico, el de la turbina, con dos camitas. La responsable de disciplina se quejaba del ruido de la turbina y cambiamos con ella: fuimos para el cuartico y ella, para el albergue. Ahí pasamos el curso.

¿Nunca tuvieron problema por eso?

Sí; un día entró la mujer del director a dar el de pie al albergue y, cuando empujó la puerta del cuartico, nos vio abrazaditas durmiendo en la misma camita y nos cuestionó: “¿qué hacen ustedes? Aquí no pueden dormir más”. Eso fue a final de curso. Luego la bibliotecaria de la escuela le comentó a mi amiga: “están hablando cosas de ustedes”. El director habló conmigo: “Chuchita, no duermas más ahí que puede traerte problemas”, me dijo.

¿Tuviste alguna otra situación conflictiva en la escuela?

Allí no. Pasé al Fajardo para hacerme profesora de educación física, estuve tres años, de los 15 a los 17 años. Estaba bien definida, pero nadie lo sabía.

En tercer año, entró una muchacha a la escuela y empezó a llevarse bien conmigo. Una noche se acostó a mi lado, en mi litera, yo me aparté y no pasó nada entre nosotras. Después me pidió de favor que enviara un telegrama que me entregó para una amiga suya de los “Camilitos”¹.

Al día siguiente me llamaron a la dirección, allí estaba el director, el comisionado provincial de educación y otra persona más. “¿Sabes por qué estás aquí?”, me dijeron: “por lesbiana”. No utilizaron esa palabra, dijeron “por tortillera”. Les respondí: “¡yo!, ¿qué pasó?”. Aquello me agarró de sorpresa, no había hecho nada, ni había tenido relaciones allí con nadie.

Resulta que la muchachita era lesbiana y mantenía relaciones con su amiga de los “Camilitos”, cuya madre encontró la carta que yo había enviado de favor. Llegaron hasta mi escuela y le preguntaron a la muchacha

¹ SE REFIERE A LAS ESCUELAS MILITARES “CAMILO CIENFUEGOS”.

con quién se había relacionado más y respondió que conmigo. Yo ni sabía que esa niña era lesbiana y fui expulsada de la escuela.

¿Cómo reaccionó tu familia?

Fui a casa de mi hermana mayor, le conté y le pedí ayuda, pero me la negó. "Eso es una vergüenza", me dijo. Ella se lo contó a mi mamá, que ni me miró y después me preguntó: "¿tú estás segura de que no hiciste nada?". Le expliqué que no. No pude regresar a la escuela por vergüenza, había sido expulsada por homosexual y en aquel tiempo no podías entrar más a ninguna escuela. Fue en 1980. Lo peor es que en mi casa no se hablaba de eso, pero estaba apartada.

Después me hice novia de un muchacho que estaba enamorado de mí, pero no podía con aquello. Lo hice por la presión de mi familia, para ver si en mi casa mejoraban conmigo, pero sinceramente a mí no me gustaba que ese niño me pasara la mano por arriba, ni que me besara. Él era buenísimo, muy complaciente, pero al mes rompí con él. "Entonces, ¿es verdad que eres lesbiana?", me preguntó. Le conté que sí, aunque me habían botado de la escuela injustamente, sin hacer nada. Entonces me preguntó si podíamos ser amigos y le dije que por toda la vida. Lo abracé porque, a pesar de que él no era súper inteligente, me entendió.

¿Y en tu casa?

Fue peor. No se hablaba del tema pero, si entraba al cuarto, por ejemplo, mis hermanas se tapaban. Yo me sentía mal, con deseos de irme y alejarme de todo el mundo. A la hora de la comida, todos se sentaban a la mesa porque mi mamá acostumbraba a servirnos; pero faltaba mi plato. Decidí que a la hora de comer me iba a bañar, porque se sentían mal si me sentaba a la mesa. Mi papá se había divorciado de mi mamá, ella tuvo que luchar muchísimo para podernos mantener, la vida fue dura con ella y con mis hermanas en mi casa. El mayor nunca vivió con nosotros, el más pequeño sí. Veía poco a mi papá. Mis hermanas se empezaron a casar, se fueron y en la casa solo quedamos mi hermano más chiquito y yo, con mi mamá.

¿Cómo rehiciste tu vida?

Fui conociendo muchachas lesbianas, me relacionaba y salía con ellas, pero no tuve pareja. Cuando llegaba alguna amiga, mi mamá se iba para la cocina o el cuarto. En ninguna escuela me aceptaban porque era lesbiana, lo decía mi expediente escolar, donde estaba escrita la baja y el motivo.

Un día, en el hospital, conocí a una muchacha que me habló de la fábrica de tabaco y allí empecé a trabajar con 20 años. Estuve tres meses aprendiendo a hacer tabaco sin cobrar y luego me aceptaron, me hicieron el primer contrato y de ahí jamás volví a salir.

Llegaron los cursos para hacerse técnico por dirigido y me matriculé, iba a Cabaiguán los sábados y a veces los domingos. Me hice técnica de la calidad, pero seguía como trabajadora simple. Luego orientaron poner a los técnicos graduados a trabajar como técnicos. A todas las que estudiaron conmigo, de las demás fábricas de tabaco, les dieron la plaza. Cuando reclamé la mía, el administrador me dijo que el técnico llevaba muchos años y que yo no podía.

Fui a la provincia, hablé con el jefe de recursos humanos y me dijo: “yo no tengo nada que ver con eso. Tu administrador dice que no te puede poner porque eres una tortillera”. Regresé a la fábrica y la compañera de recursos humanos me explicó que ella no podía hacer cambios si el administrador no la autorizaba. No pude hacer nada, ni tenía experiencia en hacer reclamaciones.

¿Y nunca pudiste ocupar tu plaza?

Sí, porque esa fábrica se ocupaba de producir para el consumo nacional, pasó a exportación y necesitaron más técnicos. Entonces asumí, pero como jefa; lo exigí porque soy graduada. Se reunieron con la muchacha que estaba de técnica y con otra más que habían puesto y ellas aceptaron. Así pasé a ser la jefa de las técnicas, incluso después dejamos de hacer tabaco de exportación y yo quedé como técnica, la única soy yo.

Ser técnica de calidad es buscarse problemas. Una vez revisé el trabajo de un tabaquero y le llamé la atención. Cuando le preguntaron qué había pasado conmigo, él dijo: “la tortillera de mierda esta que nada más está comiendo mierda...” Un compañero me lo contó y yo llamé al administrador y al tabaquero. Les dije a todos: “si él está haciendo algo mal, hay que llamarle la atención; no estoy rechazando su tarea, no va a dejar de cobrar. Y respecto a lo que dijo de mí: sí, soy lesbiana y eso no tiene nada que ver con el trabajo. Es mi vida y nadie nunca ha tenido quejas, nunca le he faltado el respeto a ninguna mujer, ni he tenido problemas”. Entonces el director le dijo: “que sea la última vez que usted hable así de ella, porque ese es su trabajo”. Él no contestó nada y todo terminó ahí.

¿Alguna vez tu mamá lo supo, pudieron hablarlo?

Nunca. Ella sabía que yo era lesbiana porque mi hermana mayor se lo dijo, pero no me preguntó nada, ni yo tampoco le dije. Ella murió conmigo, hace más de 25 años. Yo era la única persona que la atendía, porque todas mis hermanas se casaron. Recuerdo que una noche se sentía muy mal; era de madrugada, estaba muy grave, me acosté a su lado y la abracé. Ella me miró, me volvió a mirar y se le salieron dos lágrimas. “¿Te sientes muy mal?”, le pregunté. “Sí, por muchas cosas”, contestó, pero no me dijo nada en absoluto; yo tampoco tuve valor de decirle nada porque sabía que estaba grave. Después dijo: “tus hermanas no

están aquí y yo sé que me estoy muriendo". Entonces la abracé, aunque no era cariñosa conmigo, la besé y le dije: "no llores, yo estoy aquí y te quiero". Solo me dijo: "yo te quiero y sabía que desde chiquitica eras diferente". Pero nunca habló de eso conmigo. Día a día, conversando con mis amistades, les digo: ¡cómo me hubiera gustado sentarme y explicarle!

¿Y tu vida? ¿Estabas sola o tenías pareja?

Había tenido una pareja por seis años, pero oculta, porque ella era casada y tenía una niña. Luego dejó a su marido y la gente empezó a comentar, pero a ella no le importaba. Hasta que la niña, en la secundaria, tuvo un problemita. Le dijeron: "tu mamá es tortillera con fulana". Fue una compañerita del aula y la niña la atacó físicamente. La mamá tuvo que ir a la escuela y, al regresar, conversó conmigo y me dijo: "yo te adoro, pero no puedo con esto; mi hija está por encima de todo", y ahí terminó nuestra relación.

Me quedé sola con mi hermanito en la casa. Él tendría como 11 años y su padre empezó a ocuparse más de él, se lo llevó para su casa. Pasaba tiempo conmigo, pero más tiempo con él porque yo trabajaba.

Conocí, a través de unas amistades, a una muchacha. Ella es médico y empezamos una relación. Quiso mudarse conmigo y acepté, pese a que la casa no era solo mía, la heredamos todos.

Cuando mis hermanas se enteraron de que vivía con una pareja en la casa, empezaron los problemas. Mi hermano mayor, que nunca había vivido con nosotros, llegó un día y me dijo que no la podía tener allí y que él, como era el mayor, tenía más derecho que todo el mundo en la casa. Le dije que si a mí me pertenecía un cuarto, ese cuarto yo lo quería y que iba a seguir con ella, que sabían bien que era mi pareja y yo no andaba más escondida.

Fui al Instituto de la Vivienda a informarme, me explicaron que teníamos derecho a la propiedad el más pequeño y yo, que vivíamos allí. El resto tenía derecho al valor de su parte en dinero.

Arreglé los papeles y tuve que buscar un abogado, porque me dijeron que no me iban a ceder la parte de la casa. Fuimos a juicio, ellos no presentaron abogado y el fiscal dictó que la casa nos pertenecía a mi hermano pequeño y a mí, que Vivienda pasara a medir la casa, se valorara y yo pagara la parte de ellos. Mi hermana mayor me dijo que no quería nada de la casa y no tenía que darle dinero; a los demás sí les pagué y terminé de hacer todos los papeles. Junto a mi pareja, dividí la casa para dejarle la mitad al pequeño. Ahora tengo mi casita.

Con esta pareja viví casi 25 años. Hice mucha dependencia y aquello fue un infierno, pero yo vivía enamorada de ella. Mis amistades hablaban conmigo porque veían todo. Hoy digo que yo fui la culpable por aguantar eso, por no frenarla. Un buen día dije: hasta aquí; me levanté y no podía respirar. Agarré un maletín,

eché ropa y me fui de vacaciones. Cuando regresé, ella estaba en la casa; volví a echar ropa y me fui para casa de una amiga. Como a los tres días volví y ya había sacado sus cosas.

Fui muy violentada por ella, me maltrataba delante de todo el mundo, sin sentir vergüenza de que la gente estuviera mirando; me gritaba hasta malas palabras. Físicamente no, pero verbalmente, delante de todo el mundo, me maltrataba y había que hacer lo que ella dijera, a la hora que dijera y como ella quisiera. Voy a empezar a modificar mi casa porque se hizo como ella quería y no puedo soportarlo.

Al principio me enseñó a ver la vida. Fue la primera vez que, abiertamente, tuve una pareja que me dio fuerza y me enseñó a lanzarme a la vida sin miedo. Incluso ella me había traicionado y la perdoné, pero esas heridas nunca se cierran y fue cuando cogí valor. Después que terminé la relación, yo seguía igual, de la casa al trabajo.

¿Qué ha sido para ti lo más difícil como mujer lesbiana?

Hay cosas muy difíciles para nosotras, en el trabajo y en todo. A pesar de que luché, tengo mi casa y puedo vivir con una pareja, todo es difícil. Aunque el vecino se lleve bien contigo, siempre está ese: "sí, pero ellas son homosexuales..."

Lo más difícil es que la mujer lesbiana no pueda estar abiertamente con su pareja, llegar a un lugar y sentirse como los heterosexuales, que pueden abrazarse, adorarse, se pueden querer. Para mí, hoy por hoy, es lo más difícil.

En Trinidad hay homofobia a más no poder. Las muchachas van a ARTEX los sábados, primero dan un espectáculo cómico y después, la discoteca. Con la discoteca se alborotan. Una vez empezaron a bailar y un custodio les dijo: "oigan, eso no puede ser", y le dije: "¿por qué? ¿Porque están en público? ¿Existe algo que diga que ellas no se pueden abrazar, no se pueden besar? ¿Tú le das un beso a tu mujer aquí?" Él contestó: "Sí, pero yo soy hombre". Le dije entonces: "Ellas son seres humanos y pueden sentir lo mismo ¿estás seguro de que las puedes sacar de aquí porque se abrazan y se besan? Si las sacas, te voy a llevar a juicio", le dije y él viró la espalda y se fue.

¿Con respecto a la atención de salud?

Siempre tuve problemas de ovarios y después empecé con sangramientos y fui al ginecólogo. Le expliqué que nunca había tenido relaciones sexuales con hombres, ni he utilizado juguetes sexuales; que no he tenido penetración.

La enfermera le había dicho que era lesbiana y me preguntó: "¿qué has hecho con las mujeres que has tenido?" Le dije: "no tengo que contarle lo que he hecho." Me contestó: "¿qué puedo hacer?, tengo que revisarte". Le pedí que no me pusiera un espéculo grande y me revisó por vía rectal, me palpó y oí cuando la enfermera dijo: "sabrás Dios las tortilleras estas en qué están, que tienen miedo".

Sí, es más difícil porque, cuando saben que eres lesbiana, enseguida empiezan a murmurar. Si es médico mujer y no está sensibilizada, la atención no es buena. Por suerte en Trinidad tenemos una ginecóloga que es lesbiana y no tenemos problemas; es muy buena profesional y todo el mundo la busca.

¿Cómo te vinculas al activismo?

Conocí a dos muchachas de Cienfuegos que me invitaron a su casa; ellas me hablaron del grupo Fénix, que ya existía. En Cienfuegos conocí a Nerys, la coordinadora entonces de las redes por el Cenesex, y a su pareja. Me hablaron del proyecto, de lo que estaban haciendo allá y sugirieron formar un grupo en Trinidad, porque en Sancti Spiritus no hay.

Me invitaron a un taller nacional, en La Habana, y me pareció maravilloso, vi el mundo abierto. Regresé a Trinidad y les hablé del proyecto a las muchachas que yo conocía. El 27 de febrero de 2011 nos reunimos en mi casa y acordamos que esa era la fecha de la constitución de la red Caucubú, que es el nombre que escogimos.

Caucubú es un personaje vinculado a una leyenda de Trinidad sobre la vida de una india, que no se conoce bien; pero el historiador de la ciudad, que era mi amigo, me explicó un día que se trataba de una mujer lesbiana. La historia real es que ella era hija de un cacique poderoso que la quería casar con el hijo de otro cacique. Según me cuenta el historiador, ella escapó con su sirvienta, las vieron entrar a una cueva y nunca más las vieron salir. Por eso el grupo se llama Caucubú.

Ahora, en el activismo, yo siento que nos tienen más apartadas a nosotras; se lucha más por las trans y por los gays que por nosotras. Cuando se hacen talleres con todas las redes, se habla mucho, por ejemplo, de lo que les pasa a las personas trans, y jamás oigo que pregunten si a alguna muchacha le pasó eso, jamás. Si nosotras no nos paramos, hablamos y nos defendemos, apenas nos mencionan. ¿De quién hacen propaganda?, nunca de mujeres lesbianas. Nunca se ha colocado en las jornadas cubanas contra la homofobia y la transfobia, la palabra lesbofobia.

¿Cuáles puertas te abrió el activismo?

Empecé a conocer muchachas de todas partes, el trabajo que hacen, cómo aprender a defendernos y darnos valor, que es lo que hace falta.

¿Qué ha pasado con el grupo de Trinidad?

Todavía estoy contra viento y marea, porque no tengo apoyo, ni de la Federación de Mujeres Cubanas, ni de la dirección de Salud, ni de nadie. No tengo local para reunirnos, ni lo he encontrado en ninguna parte. Los talleres se dan

en mi casa y ahora también los doy en el restaurancito de la niña que crié, la hija de mi primera pareja, porque caminé, hablé, incluso fui hasta donde celebran los cumpleaños infantiles a ver si un día nos dejaban espacio un fin de semana, y la respuesta es: "lo siento, tenemos la agenda llena toda la semana".

Ahora somos 14 en Caucubú. Nos reunimos en mi casa y vienen el jurídico y la psicóloga, que son de Trinidad. Él es heterosexual y su esposa es Mayor de la Policía. También contamos con un médico, Eduardo, y una pediatra. Son las personas que nos apoyan y a cualquier hora, por cualquier problema, nos acercamos.

El grupo es parte de mi vida y me siento como una mamá de esas muchachitas porque, incluso, soy la mayor y ellas se apoyan mucho en mí. Las he enseñado a defenderse y a entender que hay que luchar por la vida; a muchas me las he llevado a trabajar a la fábrica.

¿Cuáles son las vulneraciones de derechos que identifican desde la red?

Las mujeres lesbianas se tienen que privar de mil cosas; la primera es no poder vivir, abiertamente, como pareja.

Todavía ninguna se ha quejado de que la policía la haya parado por ser lesbiana, pero en los centros turísticos sí les llaman la atención cuando las ven abrazadas, bailando apretadas. Incluso los muchachos gay también se han quejado conmigo, porque han sacado a muchachos, por ejemplo, de la discoteca de Las Cuevas, por besarse con su pareja.

Hay muchachas que quieren tener hijos, pero no quieren acostarse con hombres, como una que empezó ahora en la red, que es muy joven; ella y su pareja están interesadas. Otra quiere tener un hijo conmigo, pues su pareja ya tiene. Me dice: "tú le das la educación a mi hijo, yo me ocuparé de lo demás". Quiere un hijo que lleve mi apellido, que se lo dé mi hermano y escoger un hombre sano que no tenga ninguna enfermedad hereditaria. Pero dice: "no me voy a acostar con esa persona, vamos a hablar con una ginecóloga para que me depositen dentro los espermatozoides, porque yo no me voy a acostar con un hombre". Va a cumplir 25 años y me dice: "quiero tener mi hijo, pero con una persona responsable como tú".

¿Has vivido algún otro episodio de rechazo o discriminación?

Sí, y el nuevo director tuvo por eso un incidente con un trabajador, un mulato alto, fuerte, que me dijo a la cara: "maricona de mierda". Me quedé callada y todo el mundo me miró. No le contesté nada y él siguió hacia su puesto de trabajo. Fui para el taller donde trabajan los tabaqueros y me paré frente a todos, me quité las chanquetas, me subí encima de una mesa y dije: "atiendan acá un momento". Se hizo un silencio absoluto. Seguí: "no me llamen más tortillera, no

me digan más maricona, no me digan más 'cundanga', no me digan más pan con pasta, no me digan más camionera: ¡por favor!, yo soy lesbiana, ¿saben lo que es lesbiana?: mujer que ama a otra mujer, ¿ya entendieron eso?". Y mirando al que me ofendió, le dije: "y para ti que me lo acabaste de decir, estamos del mismo tamaño. Si quieres violencia, violencia te doy. No me vuelvas a amenazar más, ni me vuelvas a decir lo que me dijiste". En eso entraba el director y dijo: "el que tenga cojones que se lo vuelva a decir". Me bajé de la mesa, en silencio absoluto, y nunca más ha vuelto a pasar.

¿De quiénes has recibido más señales de rechazo y discriminación?

Más de mujeres que de hombres, quizás porque temen que les digan que son iguales que yo.

“Me considero una mujer bendecida”

Liusba Dianelys Grajales Guerra, *trabajadora de farmacia*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Carolina Vilches

Si algo aclara, repite y reafirma todo el tiempo Liusba Grajales Guerra es que ella creció en una burbuja. No porque esté completamente ajena al mundo, sino porque desde temprano ella misma levantó las fronteras invisibles que, de algún modo, la aislaran y protegieran de su entorno.

“Siempre fui así, muy ensimismada, introvertida, por decirlo de alguna manera, y siempre me gustó estar dentro de esa burbuja y no salirme de ahí, porque soy fatal para los cambios”, dice esta mujer que, a los 35 años, se lanzó a cumplir uno de sus grandes sueños y lo consiguió: quedar embarazada con la ayuda y complicidad de su pareja, otra mujer.

La vida, sin embargo, le deparó giros diversos. Fue deportista, se graduó de Licenciatura en Cultura Física, practica la religión yoruba, se hizo asistente de dispensación y actualmente trabaja en una farmacia.

Lejos de ser tímida y callada, Liusba habla sin rodeos y no esconde a nadie que es una mujer lesbiana. “Nunca he hecho nada escondido; esconderse frustra el doble”, asegura.

Cree profundamente en el valor del activismo social; en defender sus sueños, aunque le cueste, y en seguir empujando el trabajo de “Labrys”, la red de mujeres lesbianas y bisexuales de la ciudad donde vive, Santa Clara.

¿Cuándo y cómo supiste que eras una mujer lesbiana?

Para mí lo heterosexual y lo homosexual no existían. Tuve novio a los 12 años y duré con él hasta que vi por primera vez a una persona: una mujer. Imagino que fue más cuestión de amor que de género; no importa, porque lo que ella me causó nunca nadie, antes, me lo había provocado. Yo tenía 16 años, integraba el Equipo Nacional de Atletismo, era maratonista. No me reconocí en ese momento como lesbiana, pero empecé a prestarle más atención a lo que me pasaba. Nadie había podido entrar en mi mundo o entraban hasta donde yo dejaba. Ella llegó y no pidió permiso. Nos hicimos amigas y entonces empecé a cuestionarme si estaba bien o mal lo que me pasaba. No era una amistad más: sentía necesidad de estar con ella, de hablarle y verla todo el tiempo, de buscarla.

¿Qué pasó entonces?

Empecé a cuestionarme cosas; ya mi novio me molestaba. Si ella me llamaba y me decía: “no salgas, vamos a hacer tal cosa”, yo lo desechaba a él como si fuera un objeto, sin importarme las consecuencias.

Me cuestioné mi sexualidad. Fue muy duro. No me preocupaba la gente, sino yo, si estaba bien o mal lo que sentía. Por primera vez viví esa dicotomía. Mi mamá esperaba nietos —no sé si un matrimonio, pero nietos sí— y no sabía qué esperaba mi papá de mí; soy su única hija y él me adora —o al menos hasta ese momento yo creía que era así. Igual creí que se lo iba a tomar mejor. Dejé a mi novio y empecé con ella, amén de que casi me cuesta mi pertenencia al Equipo Nacional de Atletismo. Tuve una reunión que fue un “juicio final”, como dicen los cristianos. Recuerdo que todos me dejaron de hablar. Iba a cumplir 17 años.

¿Fue una relación pública o escondida?

Nunca he hecho nada oculto; esconderse frustra el doble. Si te amas como eres, estarás bien siempre. Decidí que, con la misma libertad que llevaba la relación con mi novio, tenía que asumirla con ella. Igual tuve que renunciar a esa relación, porque era ella o el Equipo Nacional de Atletismo.

¿Cómo fue esa historia?

Yo estaba en décimo grado. No lo olvido: era una niña, me levantaba a las cuatro de la mañana y bajaba a entrenar sin más miramiento, cumplía con el horario de entrenamiento, de clases y pertenecía a la FEEM (Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media), con cargo en la organización. Era una niña que cumplía con todos los requisitos que supuestamente exige la sociedad para ser ciudadana modelo. De mí no había queja de indisciplina ni de otra índole. Preferí albergarme para no tener que interrumpir mi entrenamiento; tenía una meta. No me gusta la Cultura Física, pero sí el atletismo, en todas sus variantes.

Fue una semana antes de mi cumpleaños. El entrenador le dijo a mi mamá: “tienes que reunirte conmigo porque tu hija está presentando conductas antisociales en la escuela”. Esa noche vino a la reunión el comisionado del INDER (Instituto Nacional de Deportes y Recreación), porque yo era subcampeona nacional. Todos se sentaron alrededor de una gran mesa redonda. Ahí mi mamá se enteró y eso me molestó el doble. Yo siempre he tenido la costumbre de decirle todo a ella para que nadie lo haga por mí, porque no es lo mismo que el hijo tenga confianza con la madre a que venga un tercero a hacerle la historia y le diga lo que no es. Me dijeron que si yo seguía mi amistad con esa muchacha, me expulsaban, aunque nadie sabía exactamente lo que pasaba entre nosotras, solo se lo imaginaban. Me podía costar la escuela y una expulsión deshonrosa del Equipo Nacional de Atletismo. Fue a finales de los noventa. Me sentí muy mal y de cierta forma rompí con ella, ante las personas; pero acordamos vernos en las noches.

Me señalaron por conducta antisocial porque ella era lesbiana reconocida, ya la habían sancionado en el Equipo Nacional de Tiro Deportivo por homosexual; llevaba un año y tanto sancionada. Fue muy doloroso porque ligaron la vida profesional con la amorosa, que no tienen absolutamente nada que ver, aunque pongas amor en todo lo que hagas.

Eso marcó una parte de mi vida. No busqué ser del Equipo Nacional de Atletismo: se me dio, yo era buena y punto. Me gustaba, me sentía orgullosa y tener que sopesar todo en una balanza me llevó a un punto de frustración. Ese año bajó mi rendimiento académico y de atleta, estaba totalmente deprimida, mi mamá me tuvo que llevar a un psicólogo.

La relación con aquella muchacha duró como un año, escondida, de noche nada más; de día ni nos mirábamos. Increíble, estábamos en el mismo edificio docente, pero no podíamos usar la misma escalera, aunque había una sola entrada. Fue una etapa muy dura en mi vida. Se lo negué a mi mamá hasta un día. Cuando llegué a primer año, la senté y le dije: “mira, lo que pasó hace tanto tiempo, es real; yo estoy con ella y ni te molestes en botarme de la casa, porque igual me iré”. A mi entrenador le dije: “me puedes dar la baja ipso facto porque

yo no aguanto más, estoy haciendo algo que no me gusta y ya le hice rechazo al deporte; ya no quiero saber más nada, ni de ustedes ni de nadie”.

¿Cómo reaccionó tu mamá?

*Como todas las madres: pegó el grito en el cielo, se quiso morir, a los tres días la velamos, resucitó, salió de entre los muertos...y todavía, actualmente, a cada rato se muere. Para las madres es un golpe muy fuerte y, cuando me re-
crimina, la entiendo, porque los hijos vienen siendo la esperanza de lo que uno no pudo ser, quizás. Cuando ocurre algo así, se cuestionan y reprochan porque, realmente, no tienen respuesta. Yo nunca tuve una conducta sexual marcada, ni un patrón femenino ni masculino a seguir. Me daba lo mismo vestirme con pantalón que son saya; todavía me pongo lo que me haga sentir cómoda.*

¿Cuál fue la postura familiar cuando lo contaste?

Eso es más complicado, pues mi papá es sobreviviente de las UMAP¹. Quienes pasaron por eso son sobrevivientes. Estuvo por ser homosexual. Lo que les pasó debió ser algo traumático, porque fueron unas personas antes y otras después. Todavía no saben lidiar con eso; lo digo con seguridad. Mi papá es un sobreviviente, a él le impusieron cánones muy marcados, lo dejaron sin opción y cuando no tienes opción en la vida, te frustras.

Descubro que mi papá es gay en la fiesta de mis 15, la fiesta más amarga de mi vida. Cuando él supo que soy lesbiana, sus palabras fueron: “Te prefiero muerta a lesbiana”. Hoy ya no me duele decirlo, porque hace alrededor de 10 años estamos recuperando la relación; pero él no quería saber nada de mí, estuvo ocho años sin hablarme ni llamarme, aunque me seguía manteniendo. Todavía me sigue mandando una chequera como si yo fuera una colegiala. Mi papá es de Camagüey y, cuando iba a su casa, quien me atendía era mi abuela. Para mí era un choque tener que ir a su casa y saber que la persona que toda la vida yo conocí como mi tío, era su pareja.

Luego me explicó que no quería que yo sufriera lo que él sufrió. Yo he sufrido, porque siempre vamos a ser discriminados y nos van a señalar. Las personas homosexuales marcamos la pauta, las asumidas: somos personas libres, no tenemos miedo y creemos realmente en lo que somos. Cuando una persona hetero, gay, lo que sea, no cree en sí misma, su vida es una basura, una farsa que, tarde o temprano, te explota en la cara y no sabes qué hacer.

¹ LAS UNIDADES MILITARES DE AYUDA A LA PRODUCCIÓN (UMAP) FUERON CAMPAMENTOS DE TRABAJO A LOS QUE FUERON LLEVADOS, ENTRE 1965 Y 1968, MÁS DE 25.000 JÓVENES HOMOSEXUALES, RELIGIOSOS Y OTROS EN EDAD DE SERVICIO MILITAR, CON LA IDEA DE REINSERTARLOS A LA SOCIEDAD MEDIANTE EL TRABAJO Y LA DISCIPLINA MILITAR.

¿Te quedaste viviendo en tu casa?

Me fui de mi casa a los 17 años. Decidí no imponerle a mi mamá mi sistema de vida; no se lo merece. Suficiente con haber tenido un esposo gay y además una hija homosexual, que le recordara todos los días la triste realidad que vivió. Mi mamá me lloró por muchos años, por no vivir en su casa. Hoy vivo con ella porque soy la única hija, los demás son varones. Mi mamá tiene 63 años y una salud de oro, pero el día que se enferme, ¿quién la va a cuidar? Yo, su hija.

¿Por qué te defines gay si eres lesbiana?

Es una cuestión social, no de género. Me identifico como mujer lesbiana, pero casi siempre mis amigos son gays, no lesbianas. No es que no me mezcle, como dice la gente. Soy amiga de todos, la paso bien, siempre que cumplan con lo que mi mundo me exige a mí. Pero son contadas mis amigas lesbianas, tengo más en las provincias, por el activismo, que aquí en Santa Clara. Amiga, lo que se considera amiga, María².

¿Qué es el activismo para ti?

Defender sueños, hacerlos realidad aunque cueste. No importa cuántas veces choques con la misma pared: en algún momento se va a debilitar y caer. Soy activista todos los días, en mis proyectos personales y sociales. Activismo es defender lo que crees; no solo la igualdad, todo lo que creas justo.

¿En qué redes encontraste apoyo? ¿Quiénes te comprendieron más?

Me pasó algo muy raro. Empecé en el activismo por una pareja que tuve. Ella es homofóbica, mucho, de marca mayor. Yo estaba recién graduada de la licenciatura y pertenecía al grupo Oremi³, lo hice para que ella entendiera que el mundo homosexual no es malo. Si tú eres homosexual y lo consideras malo —como ella pensaba—, entonces eres mala. Si duermes todas las noches con una mujer, vives todos los días de tu vida con ella, ¿qué apariencia es la que guardas?, ¿qué nombre es el que quieres salvaguardar? Ser tú misma te salvaguarda de todo y entré en Oremi³ por ese motivo.

En 2004 empezamos a reunirnos en lo que es ahora la Casa Gay, después por la Terminal de Ómnibus, luego en el Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) y después se apagó todo ese movimiento. En 2008 se retomó con el tema de la Jornada contra la Homofobia y volví al Cenesex. Empezamos

² MARÍA DE LA CARIDAD JORGE, CUYA ENTREVISTA APARECE EN LA PÁGINA 80 DE ESTE LIBRO, ES COORDINADORA DE "LABRYS", RED DE MUJERES LESBIANAS Y BISEXUALES EN SANTA CLARA.

³ OREMI ES LA RED DE MUJERES LESBIANAS Y BISEXUALES DE LA HABANA, CREADA ENTRE FINALES DE 2003 Y PRINCIPIOS DE 2004.

a incrementar la red, fuimos a varios municipios a hacer trabajo comunitario y nos reuníamos en las bibliotecas, en las casas de cultura, hacíamos actividades. A mi pareja nunca le interesó ese trabajo, pero seguí, me gustaba el activismo, creía y creo en la igualdad de derechos. No por gusto se ha luchado toda la vida por lograr equidad en la sociedad. Así entré en el activismo más de a lleno.

Después me separé de esa pareja y regresé a Santa Clara en 2011. En 2010 la doctora Ada Alfonso, especialista del Cenesex, me había pedido que, si yo vivía en Villa Clara y le tenía tanto apego a esta provincia, creara un grupo de mujeres lesbianas. Me pareció factible y fui al Centro de Prevención, pero la respuesta fue que eso no era educativo, que en Santa Clara no hacía falta.

Nunca más los molesté; de hecho, ahora mismo "Labrys" trabaja con lo que tenemos y, si vamos a molestar a alguien, nos dirigimos al Cenesex. Me di cuenta de que, al final, en otros espacios pueden ponerte trabas. Si ser activista ya es utópico y las utopías son duras, el que te pongan trabas te lo hace el doble de utópico; te matan las ganas de seguir adelante. Yo sigo siendo utópica, siempre creeré en ese trabajo y lo defenderé donde quiera que me pare. Lo profeso todos los días.

¿La homofobia pertenece a un grupo de personas o está en todas partes?

Muchas personas la siguen fomentando. Somos de una raíz ultra machista; un país latino, con una cultura que sigue fomentando la heterosexualidad como norma y el desconocimiento de lo nuevo o que consideran nuevo, porque Safo es muy antigua y era lesbiana; Catulo igual y era homosexual.

El patriarcado se ha ido adecuando a cada época, está muy arraigado y cuesta cambiarlo. Es difícil, pero no imposible: veo a mi hermanito que, con cinco años de edad, asumió mi homosexualidad como tomarse un vaso de agua y digo: sí, se puede cambiar. A sus novias lo primero que les dice es: "mi hermana es lesbiana y no te puede molestar", "mis amigos son gay y yo soy heterosexual", esa es su carta de presentación.

En mi casa, mi mamá tiene sus días, pero igual no discrimina, porque la vida se lo impuso. Hubo un tiempo en el país que las personas seropositivas tenían sus consultas y eso incluía el servicio estomatológico, su propio sillón, con todos los medicamentos. Por ser trabajadora vanguardia, a mi mamá le tocó trabajar en ese sillón. Se sabe, por estadísticas, que la mayor población seropositiva es homosexual y ella tuvo que enfrentarse a un mundo nuevo. Conocerlos a ellos me ayudó a mí y a ella, que hoy por hoy acepta la homosexualidad.

Lo mío es caso aparte: tiene días que sí y días que no; he tenido parejas que ha querido con el alma y otras que no. Ella me aceptó, nunca me negó ni me rechazó. Yo fui la que me alejé, para no dañarla, para no lastimarla porque ha sido siempre, toda la vida, una madre ejemplar. No he tenido que correr con la

suerte de muchos, que han tenido que abandonar la casa, escoger otros caminos. Mi papá, aunque tuvimos problemas, tampoco me cerró las puertas de su casa y mi abuela siempre me atendió.

¿Qué es lo más difícil para las mujeres lesbianas en su vida social?

El reconocimiento. Si ser mujer ya es difícil, imagínate ser lesbiana. Vamos a tener que hacer como las sufragistas de los años veinte del siglo pasado: para que nos reconozcan, tendremos que morir unas cuantas y yo tengo toda la disposición. Si mis antepasados lo hicieron y lograron la revolución triunfante, vamos a tener que llevar esa enseñanza. Es real: cuando pones empeño y hasta sacrificas la vida por lo que crees, marcas una pauta.

De la comunidad lesbiana me choca las que no se comprometen por el qué dirán: igual dirán lo que quieran, te reconozcas o no como lesbiana. Pienso que les falta compromiso para lograr lo que se quiere, les falta empoderamiento, estudio, sueños...pero no solo por ser lesbianas, sino como mujeres.

¿Qué tiene de malo que disfrutes tu orgullo? Para mí no hay nada más lindo que el 17 de mayo, ese día disfruto mi orgullo gay y lo vivo a diario; lo sabe todo el mundo. Vivo en un barrio marginal y me respetan.

Practicar la religión Yoruba ¿es un problema para ti como mujer lesbiana?

La religión Yoruba lo único que te pide es respeto: para ti como persona y para la religión también. Respeto ambas. A todo lo que le pongas fe, sale bien. Mis padrinos son heterosexuales, saben que soy lesbiana y no es problema; tampoco lo es para sus mujeres ni para la familia santoral, como se le llama en la religión Yoruba a quienes nos congregamos en una misma casa. No abundan las lesbianas en la religión Yoruba, pero cada casa santoral tiene sus reglas.

¿Cómo romper con la lesbofobia?

Se está tratando de llevar a las escuelas este tema y pienso que los niños asumen las identidades sexuales más fácil que los adultos. Mi pareja y yo tenemos una niña que conocí con tres añitos y ha asumido que yo soy su tía; la persona que, cuando mamá no está, la baña, la viste, la peina, la que la lleva todas las mañanas a la escuela. Si le preguntas “¿con quién vive tú mamá?”, dice “con mi tía Liusba”. No hay que imponer, los niños solos deducen y asumen todo. La base de lograr la igualdad que queremos debe empezar por ahí, por sensibilizar a la familia, para que se replique la experiencia. Las personas tienen derecho a pensar desde que nacen. Las puedes aconsejar, darles una doctrina, educación. Pero deben asumir la sexualidad como la entienden y sienten, libres y felices en su inocencia. La heteronormatividad rompe con eso, porque todo el tiempo dicta que el vestido tiene que ser rosado, que la niña va en zapatitos y el varón en tenicitos; y no es así.

¿La niña ha vivido alguna experiencia negativa en la escuela?

Todavía no —y sé que vendrán—, pero mi hermanito sí. Una vez nos mandaron a buscar a mí y a mi mamá porque él se enredó a piñazos con alguien que le dijo que su hermana parecía un macho. Estaba en sexto grado y lo tildaron de agresivo. Le dije a la directora: “yo parezco un macho y lo asumo; ahora, ¿qué van a hacer, como educadoras, con ese niño que ya está marcando y discriminando? Como mismo mi hermano es agresivo, ese niño es discriminador: hoy me lo hace a mí porque parezco un macho, pero a ti puede discriminarte mañana por ser negra. Entonces ¿qué vas a hacer con ese ser humano que está en tus manos?”.

Después, en secundaria, mi hermanito le cayó a golpes a otro porque le dijo: “tú si tienes suerte, tu hermana lleva mujeres muy bonitas a la casa”. Eso lo ofendió mucho. Es muy traumático tener que responder ante lo que ven en la casa como cotidiano y lo que les imponen en la escuela. Algunos no le prestan atención, pero otros quedan marcados. Las conductas homosexuales empiezan a expresarse desde temprana edad. Para esos niños debe ser muy duro, porque empiezan a cuestionarse todo, sin tener con quién hablar. Eso casi nunca termina bien, si además no encuentran apoyo en ese primer lugar que es la casa.

Me considero una mujer bendecida. Cuando pasas la etapa de la juventud febril, llegas a la más tardía, miras atrás y sientes que estás satisfecha con lo hecho, eres una mujer bendecida de verdad.

¿Además del suceso escolar, has vivido algún otro evento discriminatorio?

Una vez pedí autorización para asistir a un taller de las redes de mujeres lesbianas y bisexuales. Quien firmó, me dijo: “yo no sabía que para ser tortillera había que estudiar”; fue su comentario, porque tenía que autorizarme a ir a La Habana. Esos encuentros son buenos, algo que las activistas merecemos y necesitamos. Con ese autorizo, te pagan los días de ausencia al trabajo, porque estás haciendo un trabajo social. Yo, al menos, no quiero que me remuneren, porque los sueños no tienen precio, pero es bueno que puedas llevar las dos cosas a la vez sin que una rompa con la otra. Entonces, quien me autorizó se vio obligada a tener que aceptarme a diario y también a darme “privilegios” —como les llaman—, cuando es algo que me gano con mi trabajo y mi sacrificio.

He sufrido esas cosas, o comentarios como: “Ten cuidado porque en tal farmacia trabaja una que tú sabes...” Una vez, una administradora me dijo: “Va a venir una muchacha que parece lesbiana, pero no lo es; hace falta que no te metas con ella”. Le contesté: “¿Perdón?, ¿y a ti te gustan todos los hombres? A mí tampoco me gustan todas las mujeres”, di mi espalda y me fui.

Te consideran una epidemia. En otra farmacia había una que no tomaba del vaso donde yo tomaba. Al final ella pasaba más trabajo que yo porque los pacientes me llevaban de todo y había un solo vaso que, por demás, era el mío.

Ahora trabajo en una farmacia de la cual estoy muy orgullosa, me han acogido como nunca antes en otro lugar, y todas mis compañeras son heterosexuales. Una paciente, que es muy católica, me dijo: “tú eres el modelo de lesbiana que debería de tener todo el mundo”. Porque también hay un tabú con las lesbianas: que son frescas, marginales... Y eso que no me visto para nada femenina, porque no me gusta; se pasa mucho trabajo y no tengo tiempo para estarme pintando, ni andar en tacones. Me visto como más cómoda me siento.

En esta farmacia sí me siento bien; es el trabajo más bonito que he tenido, aunque no llevo un año aquí. Espero que un día la sociedad no nos vea como una amenaza, algo marginal, del submundo.

¿Tienes algún sueño pendiente, aunque parezca imposible?

El que más me urge es la adopción y la fecundación asistida. Tengo 35 años, quiero tener una niña porque es importante reproducirse en la vida; no solo por legado, es también amor, por traer a la vida otro ser que pueda ser diferente a lo que somos hoy, que cumpla y defienda los sueños por los que trabajamos.

¿Y quieres adoptar o tú quieres tener tu bebé?

Quiero tener mi bebé, pero también quiero que la pareja con que la tenga —puede ser esta con la que estoy viviendo ahora, de la cual estoy muy enamorada, o puede ser otra; no sé, la vida es muy cambiante—, tenga el derecho de reconocerlo.

¿Has manejado alguna variante para conseguirlo?

Ahora mismo tenemos un invento casero: ya tengo espéculo, equipo de venoclisis, donante, frasco de espermograma estéril y, si Dios quiere, me insemino el mes que viene. Pero lo voy a inscribir yo. La inseminación me la hará mi pareja, ella sabe cómo poner el espéculo y hacerlo todo, porque no quiero la penetración, sería totalmente traumática para mí. Si no me dejan más opciones y es obligatoria la penetración, no tengo hijo. Una amiga especialista me orientó tomar ácido fólico, vitamina E, me hizo un conteo ovular y me indicó los días más fértiles. Si a las heterosexuales les cuesta trabajo, ¿qué queda para nosotras?: los inventos. No tenemos derecho a la adopción, ni a la reproducción asistida, todo es para parejas heterosexuales.

¿Qué pondrías en tu manifiesto personal de demandas?

Pondría aceptación, que nos asumamos como tal; que nos hagamos visibles porque sí existimos. El derecho a ser mujer en toda su acepción, que es la más rica del mundo. A la libertad plena, a la igualdad, a vivir sin más miramiento, e incitaría a las demás a que vivieran su vida, realmente.

¿Eres una mujer feliz?

Completamente feliz: hago el trabajo que me gusta, tengo la mujer que quiero, la familia para mí perfecta. Mi mundo es intocable. Lo que piensen los demás, no me importa.

NOTA: Meses después de realizada esta entrevista, Liusba quedó embarazada con ayuda de su pareja, Lisset Díaz Vallejo, y amigos. Ainhoa nació en enero de 2019 para la felicidad de una familia con dos mamás que le profesan amor y cuidados.

Yo viví la etapa más dura

Caridad Martínez Mitjans, *jubilada*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Sara Más

Cuando ella ni sabía que era lesbiana, empezó a sufrir por serlo. Caridad Martínez Mitjans vivió un infierno que le cambió la vida desde temprano, en su natal Pinar del Río, a unos 160 kilómetros de la capital cubana.

Entonces era apenas una adolescente y tuvo que renunciar a todos sus sueños, huir de su familia y su ciudad para salvarse del odio y la persecución. “El camino fue largo, duro y tortuoso, pero supe erguirme y levantarme”, asegura esta mujer que no guarda odios ni rencores porque, dice, “esos sentimientos, además de mezquinos, lo único que logran es envenenar el alma”.

Cary tenía 11 años de edad cuando, en 1959, triunfó la Revolución cubana. “Como todos los jóvenes de entonces, me subí al carro de la Revolución y con 13 años me fui a alfabetizar, pertencí a la AJR (Asociación de Jóvenes Rebeldes) y creo que asumí la actitud que había que asumir en aquellos tiempos”, relata.

“Estuve 11 meses en las montañas de Pica Pica, con 13 años. Aguanté con muchos miedos, porque cuando mataron a Manuel Ascunce Domenech ¹ yo estaba en las montañas; estaba sentada en el patio y cuando leí aquella noticia, me mandé a correr. Entré a la casa y no quería ni salir. Pero logré sobreponerme y terminar la campaña.

“Era buena estudiante, pero empezó para mí una gran persecución, porque era diferente. Esperé que me llamaran para la beca que había solicitado y nunca me llamaron. Estudiaba en la Escuela de Enfermería de Pinar del Río y un buen día, haciendo las prácticas de Pediatría, me sacaron del hospital y me llevaron a una estación de policía. No sabía qué estaba pasando. Me tuvieron todo ese día allí sin almorzar, merendar ni comer, sin explicaciones: para que firmara un papel donde declarara que era lesbiana y yo no quería firmar porque, además, yo misma no sabía lo que era.

“No sé de dónde saqué fuerzas, pero no lo firmé y, como a las 8 o 9 de la noche, me dejaron ir para mi casa. Llegué hecha un mar de llanto, sin saber cómo explicarle a mi madre mi aparición a tan altas horas de la noche y en ese estado. Recuerdo que solo pude decirle: me sacaron de la escuela, pero yo no hice nada. Y lloré hasta el amanecer”.

¿Qué sucedió entonces?

Cuando conté lo que me había pasado, no me creyeron, no recibí apoyo por ninguna parte. Rogué, lloré, supliqué, me humillé pidiendo ayuda para volver a mi escuela y nada dio resultado.

Empecé a tocar puertas a ver quién me ayudaba: personas con poder político en Pinar del Río. Ninguna se abrió. Las pocas puertas que se abrieron trataron de abusar de mí. Hubo hombres que me ofrecieron su ayuda, pero había una “sencilla condición”: yo tenía que acostarme con ellos para, de esa manera, demostrarles que yo no era lo que decían, que no era lesbiana. Entré en la Escuela Formadora de Maestros y me sacaron; alguien siempre iba y decía que era lesbiana. La directora de esa escuela me dijo que era una papa podrida dentro de un saco y que había que sacarme porque echaba a perder a las demás.

Matriculé en un curso de operadoras telefónicas para larga distancia. Ni por teléfono podía hablar con las personas; alguien dijo que me habían expulsado de la Escuela de Enfermería por lesbiana y me sacaron. Es decir, no pude hacer nada en Pinar del Río. En fin, yo era letal, más contagiosa que la tuberculosis entonces o como el sida y el ébola en esta época.

¹ MAESTRO VOLUNTARIO CUBANO QUE FUE ASESINADO MIENTRAS ALFABETIZABA A CAMPESINOS EN LAS MONTAÑAS DEL ESCAMBRAY, AL CENTRO DE CUBA, POR BANDAS ARMADAS AL SERVICIO DE ESTADOS UNIDOS.

Decidí que me tenía que ir de Pinar del Río, porque no tenía apoyo familiar ni amistades que me ayudaran; tampoco me apoyaron las personas con poder político ni la directora de la escuela, a quienes fui a llorarles mil veces. Era una de las mejores alumnas de mi curso y la escuela era mi vida. Tenía dos caminos: quedarme o irme. Si me hubiera quedado allá, a lo mejor no estuviera hablando con ustedes ahora mismo, porque tuve dos amigos que se suicidaron, un hombre y una muchacha. Logré irme, una amiga me trajo para La Habana, ya tendría unos 21 o 22 años, pero seguía sintiendo mucho miedo de presentarme en algún lugar y que me sucediera lo mismo.

Me fui de mi hogar, de mi tierra, porque allí no había espacio para mí. Era esa opción o suicidarme y esto último, aunque en una oportunidad lo intenté, quedó descartado porque parece que allá arriba tampoco me querían y, hoy por hoy, mucho que me alegro.

¿Emocionalmente, cómo te sentías?

Era una vergüenza. Pienso que la primera persona que sufre, cuando descubre que no es como las demás, es una. Porque una no elige, yo no lo elegí, a mí nadie me lo enseñó, en mi familia no había nadie con esa condición.

¿Y cómo te recibió La Habana?

Pasé mucho trabajo, vivía como las gitanas: un día aquí y otro allá. Empecé a estudiar mecanografía, taquigrafía, cosas que me permitieran tener un trabajo digno. Sentía que tenía cierta capacidad y que no era bruta; así fui logrando pasar de auxiliar de oficina a auxiliar de personal, después a jefe de personal, hasta que me gradué de técnica en política de empleo y salario y logré estabilidad. Inclusive, sin ser economista, llegué a ser subdirectora económica y administrativa de la compañía teatral Rita Montaner, donde estuve 15 años dirigiendo. Si me hubiera quedado en Pinar del Río, no lo hubiera hecho.

Creo en Dios y Dios me ayudó. De alguna manera logré tener lo mío. Era un cuartico muy, pero muy pequeñito, por la Puntilla. Cuando la Tormenta del siglo ², se inundó de agua de mar y yo empecé a luchar por tener mi casa. El estatus que tenía en el Rita Montaner como dirigente me ayudó, además del apoyo de otras personas; una de ellas me dio una carta para el Ministro de Cultura, Abel Prieto, y logré tener esta casa.

Considero que Pinar del Río es la provincia más homofóbica que existe. La familia, las amistades, todo el mundo, los vecinos: homofóbicos. Fue una persecución implacable. En ese sentido, La Habana era diferente. Aquí llegué en

² SEVERA TORMENTA QUE CASTIGÓ A CUBA EN MARZO DE 1993, CON VIENTOS E INUNDACIONES: 10 PERSONAS PERDIERON LA VIDA, VARIAS RESULTARON HERIDAS Y HUBO CUANTIOSAS PÉRDIDAS MATERIALES.

1969, aproximadamente. Tengo 71 años de edad y llevo viviendo en La Habana casi 50 años.

¿Cuándo empezó a hacer su vida, la que quería realmente?

Cuando entré en Cultura. Ese es un mundo donde la gente no te cuestiona, un espacio menos prejuiciado. Ahí empecé a ser yo y sin tener miedo a que se dieran cuenta de que era como era. Me asumí realmente. No me daba miedo presentar a mis parejas.

¿Fue difícil asumir su condición de mujer lesbiana?

Fue difícil, siempre es difícil, aunque haya momentos en que una sabe que no ha hecho nada malo. Yo no soy tomadora, ni de fiestas; no tengo amistades que sean antisociales, no soy de grupos. Mis amistades todas eran buenas personas.

¿Cuánto cree que ha cambiado la sociedad cubana de lo que usted vivió a hoy?

Ha cambiado muchísimo, pero ha cambiado más a partir de la era de Mariela Castro³. A veces digo: "ay, pero que tarde". Porque es tarde para muchas personas, porque de este país se fueron personas muy valiosas, que eran revolucionarias y se fueron por su condición. Y, a partir de este proceso de Mariela, la gente no se va por ser gay. La gente se va porque quiere, por problemas políticos, económicos. Cualquiera puede ocupar una plaza.

Yo viví con muchos miedos, por mucho tiempo temí que me pasara lo mismo que viví en Pinar, donde fui tan perseguida... Todos los comienzos son malos y yo viví la etapa más dura.

¿Cuántos años lleva con su pareja actual?

Desde 1991, llevamos juntas 28 años. Eso, en otra época, no lo hubiera podido hacer: vivir en mi casa con una mujer. Desde los años setenta y tantos, tenía mis relaciones, viviera donde viviera. A mí una vecina un día me preguntó por qué ella vivía en mi casa. Y así hay personas que se meten en la vida de una.

¿Por qué cree que ocurran en Cuba hechos discriminatorios o de rechazo?

Este es un país donde hay mucha gente con atraso mental, retrógradas en ese sentido, y todavía no acaban de asimilar las diferencias sexuales de las per-

³ MARIELA CASTRO ESPÍN, DIPUTADA, SEXÓLOGA Y DIRECTORA DEL CENTRO NACIONAL DE EDUCACIÓN SEXUAL, HA LIDERADO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS LA DEFENSA DE LOS DERECHOS DE LA COMUNIDAD LGBTI EN CUBA, JUNTO A ACTIVISTAS Y DIVERSAS INSTITUCIONES DEL PAÍS.

sonas. Yo me alegro mucho de este cambio. Veo a los jóvenes en las Universidades, que son gay, y los veo tan desinhibidos y viviendo tan libremente, que a mí me da muchísimo placer. Me alegro muchísimo por ellos. Sufro por los que no pudimos hacer eso, por los que se fueron del país, por los que se suicidaron. Sufro por no haber podido disfrutar eso, porque mi vida hubiera sido otra. Pero me alegro, grandemente; me alegro.

¿Cree que el caso de las mujeres lesbianas sea diferente al de los hombres gay?

Pienso que los hombres siempre han sido más desinhibidos en ese sentido y han llevado otro tipo de vida. La mujer lesbiana, a mi parecer, es más de la casa, de tener una familia, una pareja. El hombre gay ha vivido más libremente. Ha sido más fuerte. Yo fui una mujer llena de miedos. No es que seamos menos libres, es que somos más cuidadosas.

En el caso de su familia, ¿hubo reconciliación?

Sí, después de estar muchos años aquí en La Habana, hubo un cambio; principalmente con mi mamá. Ella empezó a comprenderme mejor. Visitaba mi casa, estaba conmigo y conocía a mis parejas. A mi casa, antes, no podía venir nadie. Mi hermano —tuve un solo hermano carnal— no lo fue tanto hasta el último momento de su vida. Y hay una parte de mi familia que todavía no me acepta. Lo digo con mucho dolor porque es la única familia que tengo.

¿Qué asunto de su vida pudo haberle quedado pendiente por la época que le tocó vivir como mujer lesbiana?

No haber podido ser médico, que era lo que yo más quería.

¿Usted puede explicar cómo se ve la lesbofobia en Cuba?

De muchas maneras. A veces una plaza laboral no te la dan porque eres lesbiana. A veces es muy oculto, sin decir nada. Ese día del papel que querían que yo firmara y que no firmé, si lo hubiera firmado, me hubieran llevado a un juicio público que hicieron en Pinar del Río; una "limpieza", como le llamaban, en las escuelas. Y a todo el que se declaró, lo llevaron y tenía que decir lo que era. Fue duro, muy fuerte. Por eso yo digo que es el lugar más homofóbico que hay. Si yo hubiera firmado ese papel, me hubieran llevado a ese juicio que realizaron, como si fuera un circo romano, donde los "acusados" tenían que confesar públicamente su condición. Habían realizado una purga en el sector de la salud y muchos fueron presos y perdieron su carrera, sus títulos o no pudieron graduarse. Perdí muchos amigos del alma, unos por suicidio y otros abandonaron el país. Un "desviado sexual" no podía ser revolucionario, no tenía derecho a

estudiar porque la universidad o cualquier tipo de estudio era solo para las personas "morales".

¿Alguna vez se ha vinculado a algún grupo de activismo?

No, porque no se me ha dado la oportunidad, quizás.

¿Qué es lo que le permitió rehacer su vida?

Aquí en La Habana, o me pasaba lo mismo o luchaba por hacer mi vida y eso fue lo que hice. Luchar y no negarme. Tengo amistades que no son lesbianas, que me aceptaron, me quieren.

Ya me parece normal: veo dos muchachas o dos muchachos cogidos de la mano y digo: "qué bonito". Yo no lo pude hacer. Ahora, si tú me dices que me dé un beso en la calle, yo no lo hago.

¿Cómo se hace para vivir una historia así y no guardar rencor?

El rencor le hace más daño a la persona que lo siente que a la persona a quien va dirigido ese rencor y ese odio. No guardo rencores. Fui duramente tratada, maltratada, golpeada y no guardo rencor; yo perdoné. Principalmente a mi madre, porque yo la entendía: ella no quería tener una hija diferente, sobre todo por el qué dirán, y más en aquella época. Era una mujer con poca cultura, con poco nivel. Ella no podía entender. Tuve la dicha de que me aceptara, finalmente. Un día que la traje a La Habana y se le inflamó la mano, la llevé al Fajardo y le dijeron que no había placa. Busqué al jefe y le hicieron la placa. Cuando salimos del hospital, ella me dijo: "mija, ¿quién me iba a decir a mí que tú me ibas a salir tan buena?". Eso fue como que reconociera que, a pesar de ser como era, yo era una buena hija. Y fui una buena hija hasta que la enterré.

Poder decir: "me pasó esto y poder contarlo. Sufrí esto, pero ahora lo puedo decir", es como si me liberara.

La conquista de la plenitud es un acto de fe

Raquel Suárez Rodés, *teóloga y pastora*



Por Lirians Gordillo Piña / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Raquel Suárez (1965) nos regala una imagen para la vida en esta entrevista: “unos pañuelos blancos que vuelan desde las gavetas abiertas de un clóset que nunca pudo contenerlos”. Múltiples acontecimientos, personas conocidas y nosotras mismas podemos ser esa fuerza que revuelve todo en la conquista del autoreconocimiento, el amor, la justicia y la felicidad. Como a muchas, el clóset le reservó a Raquel las gavetas de la familia, la iglesia, la sociedad; pero no contó con ella y su empuje vital.

RECORTES DE INFANCIA...

Soy hija de pastores bautistas; mis hermanos y yo crecimos en una familia pastoral y eso tuvo mucho que ver en mi vida. En mi caso, el grupo de amigos era el grupo escolar, porque amistades del barrio tuve en los primeros

cinco años de vida, cuando vivimos en Colón, un pueblo de Matanzas, donde tuve muchos amigos y amigas de la iglesia y de la cuadra. Cuando nos mudamos para La Habana, realmente, tenía muy pocos amigos en el barrio, porque a los niños que vivían cerca de la casa no los dejaban relacionarse mucho con nosotros por el tema religioso.

Reconocer mi orientación sexual homoafectiva fue un proceso bastante tardío: no fue en la primera adolescencia, me empecé a dar cuenta en los primeros años de la universidad. Creo que la manera en que he reaccionado tiene que ver con nuestra propia historia de vida, nuestro país, el hecho de ser cristianos y ser hijos de pastores.

Los conflictos que evoco de mi infancia se remiten a episodios en la escuela, cuando empezaba el curso escolar y nos preguntaban, para hacer una lista, quiénes eran los niños religiosos. Después venía el *bullying* de los compañeros de escuela; fueron experiencias difíciles que nos marcaron como niños y adolescentes.

De todas formas, estas experiencias nos hicieron desarrollar una capacidad de aceptación y fortaleza; nuestros padres nos enseñaron a tener dignidad y no rencor, para que no fuera un trauma. Pero, definitivamente, temas como este llevaron a muchas personas a emigrar del país; o, como en mi caso, a estudiar carreras que no eran las que hubiésemos querido. Son efectos que no tienen marcha atrás.

En mi casa no recuerdo un clima de rechazo. Mis padres tenían como principio ético no hacer chistes, ni comentarios, ni bromas que pudieran afectar la integridad de un ser humano. Eso era un mandamiento en nuestro hogar. Mi mamá era muy intransigente. No le gustaban las bromas racistas, sexistas ni homofóbicas.

En esos años no recuerdo que la comunidad tuviera conflictos en este sentido. Los conflictos que recuerdo eran los de una pareja que se divorciaba y, según la tradición de la iglesia bautista, uno de los miembros de la pareja se tenía que ir de la iglesia. Pero sí recuerdo personas que conversaron con mis padres sobre su orientación sexual y ellos mostraron una actitud de comprensión.

De niña recuerdo que mi mamá, por mi manera de vestir, de jugar, me recalca cómo tenían que sentarse las niñas —“los pies cerrados”— y siempre me decía: “las niñas son como florecitas”. Directamente a mí no me manifestó ninguna preocupación, hasta que en la adolescencia tuve amigas, esas relaciones de amistad muy intensas. Ella, quizás, se preocupó en algún momento porque yo guardaba alguna foto, cartas de cuando pasábamos la escuela al campo y estábamos distanciadas.

EL AMOR...

En la adolescencia me enamoré de un muchacho de mi iglesia; fuimos esos novios adolescentes apasionados. Después ese muchacho y su familia se fueron de nuestra iglesia y del país. Empecé a tener sueños con alguna profesora, alguna amiga durante la etapa de la universidad, pero, realmente, la primera experiencia que tuve fue al conocer, en Nicaragua, a una de las teólogas y biblistas feministas de la liberación latinoamericana y una mujer extraordinaria. Yo había ido como parte del equipo de liturgia para un evento, pues iban a inaugurar la cátedra Frank País en el Seminario Bautista de Nicaragua, en 1989.

Estaba preparando la liturgia de ese día ensayando "Yo vengo a ofrecer mi corazón", con mi compañera de viaje, que era una gran pianista y liturgista, y sentí que alguien me miraba. Era ella. Fue un impacto muy grande. Nos presentamos, conversamos y el resto del tiempo que estuvimos en Managua ella casi no se separó de nuestra delegación.

Yo estaba estudiando Medicina, en sexto año de rotación, y tenía que regresar a Cuba; ella se quedó junto a nuestro grupo todo el tiempo y después visitó Cuba varias veces. Fue la primera persona de quien creo me enamoré. Fue algo platónico, pero ella me hizo enamorarme más de la teología, de los estudios de la Biblia, de la hermenéutica bíblica. Fue la primera persona que me mandó un artículo sobre los estudios de género.

Recuerdo que, durante el tiempo que estuvo en Cuba esa primera vez, en Casa de las Américas se presentó un disco de poemas de amor de Frei Beto y nos pasábamos horas oyéndolo. Ella me tradujo todos los poemas y fue muy hermoso. Creo que esa relación, que fue breve, me marcó un ideal de persona que, a lo largo de la vida, me hizo tener ese patrón; esa idealización afectó en cierta medida el resto de mis relaciones. Ella regresó a su país y, en esa época, no había correo electrónico, ni la posibilidad de encuentro. En 1996 nos encontramos casualmente en Argentina y ya yo estaba casada y embarazada de mi hija mayor. Fue una relación que sentí mucho que no pudiera darse.

En esa misma época, tenía una amistad grande y casi una relación familiar con el hombre que fue después el padre de mis hijas. Y, siendo honesta, la disfruté; pero me involucré tratando de, primero, conocerme a mí misma, porque tampoco había tenido otra relación con hombres. Me dediqué mucho a mis estudios de Medicina, al trabajo en la iglesia y al trabajo ecuménico. Esos años de juventud fueron muy intensos y de mucho activismo. También soñaba con ser madre, siempre tuve ese ideal. Me casé con el papá de las niñas y estuvimos juntos como siete u ocho años. Él me ayudó mucho en

mi paso de la Medicina a los estudios teológicos, que realicé en el Seminario Teológico de Matanzas, estando ya separados y con las niñas pequeñas. Es una persona que ha sido mi amigo, mi hermano y yo se lo agradezco.

Fueron años muy difíciles, porque en los años de matrimonio tuvimos crisis muy serias. Estuvimos acompañados por una terapia y vinieron mis dos niñas; fue un período bueno, pero después decidimos terminar la relación. En esa etapa, mi mamá estaba enferma y yo sentía que a ella le afectaba mucho, me resultaba difícil en ese momento provocar una separación en la familia. No me sentía preparada para romper mi matrimonio, tampoco para enfrentar una relación pública. Fue bastante conflictivo.

Después del divorcio, tomé la decisión: "esta es mi orientación, esta es como yo soy y no vuelvo a pasar la experiencia de comprometerme con otra persona, si no es por amor". A partir de ahí empezaron a abrirse las gavetas del clóset de mi vida y hasta hoy soy una persona que lucha por tratar de ser feliz, de que en mi plenitud esté incluida mi sexualidad y mi relación de pareja.

Un momento arduo fue socializar mi orientación sexual con mis hijas. Pensé que sería difícil, pero no lo fue. El día que conversé con ellas, quien se puso a llorar fui yo. Ellas me decían: "mamá, nosotras lo sabíamos, pero estábamos esperando a que tú nos lo dijeras". Hoy, si yo tengo dos personas con quienes contar, son ellas; son las primeras con quien converso mis situaciones, las decisiones que voy a tomar con mi pareja. Mis dos hijas son mis amigas y mi apoyo, mi tranquilidad en este sentido.

HACER DEL APOYO UNA COMUNIDAD

Crecí escuchando esos temas que se trataban en la iglesia. Incluso, mi papá se brindó en nuestra escuela y apoyó a mi profesor de 5to grado para dar las clases de educación sexual. Recuerdo que un pastor joven presbiteriano, que socializó su condición de homosexual, fue separado de su iglesia y después salió a hacer estudios en el extranjero y en nuestra iglesia se dieron debates en torno al tema. Las reflexiones estaban marcadas por el pensamiento teológico pastoral de ese tiempo, pero la postura era que Dios ama a todas las personas, que no hace excepción y nos dice que amemos al prójimo como a uno mismo.

En esos años se sentía que la cuestión de la homosexualidad no era una variante, un aspecto normal de la sexualidad humana. Siempre tuvo una connotación de pecado, de la condición pecaminosa que había en el mundo, pero que la iglesia tenía que aceptar a todas las personas. Lo que se decía en aquel momento era que la iglesia no estaba preparada para asumir a personas homosexuales como pastores o pastoras.

Agradezco mucho la presencia de René Castellano, un pastor presbiteriano, psicólogo, que desde finales de la pasada década de los ochenta y principios de los noventa trajo a nuestra comunidad el tema de la homosexualidad. Fue la primera persona a quien le escuché decir que cuando él, como psicólogo pastoral, conversaba con algún joven o muchacha que le confesaba esta orientación, él le decía que tenía que sentir orgullo de ser como era. Y el maestro Castellano hablaba de las dimensiones del amor como el amor cristiano y hablaba de la aceptación. Decía que no solo teníamos que aceptar, sino rendirnos a la manera de ser de la otra persona. Fue fundamental para nosotros como jóvenes, en aquella época, los estudios del Maestro, tanto en lo referente a la sexualidad de manera general, como en otros temas, pero también lo fue escuchar de sus experiencias como pastor y como psicólogo. Partía del punto de vista de que ninguno de los casos que él atendió había elegido la orientación homoerótica, que en su mayoría las personas cristianas sufrían por tener esta condición y algunas luchaban contra ella mediante la oración, los ayunos y buscaban en el pastor o psicólogo una persona que los ayudara a salir de esta situación. La realidad es que eres así y no hay vuelta.

El otro que estuvo en nuestra comunidad fue mi tío, el pastor Francisco Rodés (Paquito), uno de los pastores de las tres iglesias que fueron expulsadas de la Convención Bautista de Cuba occidental y que contribuyeron a fundar la Fraternidad Bautista de Cuba, que es la institución a la cual pertenecemos hoy. Paquito trajo a un espacio que teníamos en la iglesia, que se llamaba "Semana de la Juventud", a un pastor estadounidense que tenía en los Estados Unidos una pastoral con personas homosexuales. Aquella semana de la juventud hubo mucho debate con los jóvenes de nuestra iglesia, pero fue otro de los momentos en que se trataron estos temas. Después, en nuestra comunidad, los hemos seguido trabajando, lo que creo falló fue la sistematización, periodicidad y abordarlos con más frecuencia.

Participar en estos espacios fue muy importante para mí. Ya, después, en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas tuve experiencias decisivas en mi vida y mi formación teológica. En el curso, cuando nos fuimos presentando y abriendo a una sinceridad y amistad, nos dimos cuenta de que varios teníamos la misma orientación sexual. Yo ese tema no lo hablaba apenas con nadie. Era un tema mío, de mis padres, de amigos muy cercanos, del papá de las niñas. Y en el seminario conocí e hice amigos y amigas que construimos una red de apoyo y una amistad que ha durado hasta hoy. Ahí, en ese espacio, conocí a Elaine ¹, quien hoy ha fundado en Cuba la Iglesia

¹ ELAINE SARALEGUI, ENTREVISTADA EN ESTE LIBRO EN LA PÁGINA 89.

de la Comunidad Metropolitana (ICM) y tenemos una amistad entrañable, además de que somos compañeras de ministerio.

Ese fue un espacio de abrirme y aceptarme con mi identidad, como persona, y un espacio de solidaridad, complicidad y apoyo entre nosotros y nosotras. He contado en mi vida con el apoyo, las enseñanzas y la amistad de la doctora Clara Luz Ajo, que es profesora del Seminario de Matanzas. Clarita nos dio la oportunidad —en la clase de Teología y Género, que se estudia en un semestre— de que los estudiantes preparáramos seminarios. Parte de los estudiantes preparamos un seminario sobre los desafíos de la diversidad sexual para la fe cristiana y la pastoral de la iglesia en Cuba. Éramos como seis estudiantes en el equipo y cada uno de nosotros preparó un aspecto del seminario, que duró prácticamente tres o cuatro horas; hubo mucho debate entre nosotros. Ahí escuché hablar por primera vez de la teoría *queer*. Como doctora, hablé desde el punto de vista de la ciencia, lo que planteaba acerca de la homosexualidad y las evoluciones que tuvieron los estudios acerca de la sexualidad desde la ciencia, hasta el momento en que se despatologiza como enfermedad mental y el abordaje pastoral de la homosexualidad.

Esas experiencias fueron gratificantes, fue un seminario muy enriquecedor y que disfrutamos mucho. Luego participé en la Jornada contra la Homofobia ², en un espacio que creó el Centro ³, que en un inicio se llamó Cátedra de la mujer “Clara Rodés in memoriam”, donde se abordaron temas como la cuestión de género y la hermenéutica feminista, se estudió la violencia de género. En estos años se ha ido tratando, cada vez con más fuerza, el tema de la diversidad, aunque como un tema transversal.

DERECHOS, ENTRE TEMORES Y RESISTENCIAS

En el espacio religioso, de manera general, creo que las posturas que asumen las iglesias evangélicas —por ejemplo— en Cuba hoy, es que “aman al pecador y no al pecado”. O sea, pueden asistir a las congregaciones personas de orientación homosexual, pero en muchas se tiene la imagen de que es algo que la persona puede superar. En algunas ocasiones se tiene la concepción de que es una enfermedad, se produce por trauma de la infancia o

² LAS JORNADAS CUBANAS CONTRA LA HOMOFOBIA Y LA TRANSFOBIA, ORGANIZADAS POR EL CENTRO NACIONAL DE EDUCACIÓN SEXUAL (CENESEX), CON EL APOYO DE ORGANIZACIONES E INSTITUCIONES ESTATALES, HAN CONTRIBUIDO A VISIBILIZAR LA LUCHA POR LA ACEPTACIÓN Y CONTRA LA HOMOFOBIA, LA LESBOFOBIA Y LA TRANSFOBIA.

³ SE REFIERE AL CENTRO MEMORIAL DR MARTIN LUTHER KING JR.

por falta de atención materna o paterna; que es algo que se puede corregir. En ese sentido se debate la mayoría de las iglesias.

Cuando se tiene la sospecha de que la persona es homosexual, puede asistir a la iglesia pero no puede asumir cargos de liderazgo y, mucho menos, cargos pastorales. Incluso hemos acompañado a personas que han venido a conversar, pastores que han decidido asumir su orientación sexual y salir del clóset, con divorcios de por medio.

Durante la segunda Jornada Cubana contra la Homofobia, en 2008, se expresaron varias iglesias con un discurso muy parecido, dando un basamento bíblico con textos que condenan la relación entre personas del mismo sexo. Aquellos documentos apelaban a que en Cuba no se aprobara el matrimonio igualitario y mucho menos la adopción. Son temas más difíciles, porque las iglesias defienden las familias tradicionales y heteronormativas. Me parece que van a constituir un punto de desafío cuando en Cuba lleguemos a debatir el cambio del Código de Familia y dar el paso que tenemos que acabar de dar, de que las personas LGBTI tengan los derechos humanos de todos los seres humanos.

Las Jornadas Cubanas contra la Homofobia han tenido gran impacto en nuestro país. Han hecho un aporte en la discusión de estos temas y se ha ido ganando el apoyo de los medios; tengo la percepción de que en las primeras Jornadas no fue así. Ha habido logros en el arte, el cine, el teatro y el ballet, que expresan toda esta diversidad cada vez más, y creo que ha sido un aporte a la conciencia del país, al imaginario colectivo, acerca del tema de la diversidad sexual.

Las identidades que pudieran sufrir más desventajas son las personas transgénero y transexuales. Creo que son las que sufren más rechazo y marginación. Pero también ha habido muchos logros. Hemos avanzado, pero a nivel de población hay muchos temores y resistencias.

Lo que más me preocupa es que las iglesias están atrincheradas. Hay toda una producción, además mediática, muy fuerte, de un pensamiento avalado por estudios que legitiman una postura de que la persona puede tener su orientación, pero puede regular su conducta, puede llegar a cambiar su orientación homoafectiva por una conducta heterosexual, entendida como normal. Hoy día, con el despliegue de los medios digitales y youtube, hay muchísimas producciones hablando de la familia y de personas dando testimonios sobre el cambio en sus vidas; todo eso me preocupa mucho. Es preocupante que mucha literatura homofóbica que está entrando al país es así.

Creo que una persona puede ser bisexual, pero cambiar su orientación sexual, no me parece. Puede amoldar su conducta, pero no creo que sea reversible su orientación. Todo este control del cuerpo y la sexualidad, esta opresión y represión afectan la salud y el desarrollo armónico y pleno como

ser humano. Para mí la sexualidad es un aspecto fundamental, constitutivo de la vida humana y la realización humana.

En las aplicaciones de las Biblias que se bajan hoy para celulares y computadoras vienen materiales adjuntos donde se habla, por ejemplo, de las características que debe tener un ministro y dice que: "no debe caer ni en homosexualismo ni lesbianismo", con textos bíblicos que hacen un soporte de esto. Estos mensajes están llegando a la población por vía del paquete semanal ⁴. Los productos del paquete inciden en la cosmovisión bíblico socio teológica del creyente e influyen mucho en la ideología de las personas. Para mí, eso está contribuyendo a que haya un retroceso.

Me preocupa el impacto de estas situaciones. No se han actualizado estudios socio-religiosos que nos digan la cifra de personas que hoy tenemos en los espacios religiosos, en las iglesias. En los años noventa del siglo pasado hubo un crecimiento grande, creo que después se mantuvo como meseta y ha tenido ascensos y descensos.

Estoy preocupada porque las iglesias mantengan una unidad, que apoyen el proceso social que queremos llevar adelante en nuestro socialismo. Tenemos que tener mucho cuidado, hacer una labor educativa, con mucha pedagogía y cuidado, pero sin bajar la guardia. Hay que seguir trabajando y el ecumenismo no se realizará plenamente si estos temas se siguen secuestrando, ignorando o se abordan con temor en los espacios ecuménicos de formación o encuentro.

Estos temas implican derechos como la libertad religiosa, la libertad de expresión. Es complicado, porque tu libertad termina donde comienza la mía. Entonces, un grupo social que no tiene experiencia decidirá por otro o querrá legislar la vida y los derechos de personas con otras características, otros estilos de vida, otras maneras de ser. Todos estos son desafíos éticos hoy. Necesitamos asumir una postura.

También hay que agradecer a hermanos y hermanas de organizaciones de la cooperación internacional que han incluido la mirada y el enfoque de género a la hora de elaborar determinados proyectos. Se dan pasos, se exige evaluar las experiencias y tener presente indicadores que alerten sobre la problemática de la homofobia, que sí es un problema. La homosexualidad no es un problema, lo es la homofobia.

⁴ *PAQUETE SEMANAL* SE LE DICE A CONTENIDOS DIVERSOS QUE CIRCULAN DE MANERA INFORMAL EN CUBA. CONTIENEN PRODUCTOS AUDIOVISUALES, REVISTAS Y ADEMÁS MATERIALES PRODUCIDOS EXPRESAMENTE PARA EL *PAQUETE*.

SER PARTE, CRECER Y CREAR

Yo empecé a participar en las Jornadas Cubanas contra la Homofobia porque nuestro Centro tenía relación con el Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) y con otros espacios, desde hace muchos años. Mariela ⁵ estuvo en nuestra iglesia cuando trabajaba la temática adolescente y trabajó con nuestro equipo pastoral de género y familia. Ahí nos conocimos. Después nos volvimos a encontrar y vino esta invitación de ella a participar en la Jornada contra la Homofobia, donde el Centro Martin Luther King estuvo presente. Participé en el programa televisivo Diálogo Abierto. Recuerdo que hablé un poco de las dificultades para los cristianos de comprender y dialogar sobre diversidad sexual. Eso provocó reacciones a favor y en contra. Después participé en las otras Jornadas, en paneles que se dedicaron al tema de la familia. Y luego me he mantenido colaborando, tratando de articular a líderes religiosos, que muchos de ellos participaban de manera personal.

Para mí, una de las experiencias más lindas, fue el año en que vino a Cuba Andrés Musskopf, hermano luterano, teólogo de la liberación, brasileño que ha trabajado temas de la teología *queer*, las implicaciones de los procesos de socialización de las personas homosexuales y la reflexión de lo que implica el pastorado, el liderazgo. También la pastora Carrie Jackson, una mujer estadounidense negra, lesbiana, que contó su experiencia.

Participar en estos espacios ha sido un crecimiento, la oportunidad de conocer personas maravillosas, de crear. Alrededor de la Jornada se ha creado una articulación. Es un espacio de encuentro, de celebración y reflexión. Se han tratado temas como la exclusión del espacio laboral y escolar. Creo que habría que realizar una Jornada sobre la inclusión en los espacios eclesiales y religiosos. Ahora se han institucionalizado expresiones religiosas que antes no estaban en el país, como la comunidad musulmana, judía, espiritista, afrocubana y, en algún momento, en las Jornadas contra la Homofobia, deberíamos incluir a los líderes de estos espacios en un debate y diálogo sobre estos temas.

Se impone dialogar para configurar nuevas estrategias de lucha y educativas, de impacto, sobre todo en espacios ecuménicos. Ninguna iglesia puede negar que tiene en su congregación una persona homosexual. Las podrán invisibilizar, reprimir, pero están. Son personas que existirán con una parte incompleta en su realización personal. Quitarles la posibilidad de expresarse libremente, de vivir libremente, de vivir plenamente su sexualidad, es atentar contra un derecho humano. Negarle a una persona que tenga

⁵ MARIELA CASTRO ESPÍN, DIRECTORA DEL CENTRO NACIONAL DE EDUCACIÓN SEXUAL.

una orientación homoafectiva, su vocación profesional, de servicio, su fe, es atentar contra un derecho humano fundamental.

Mi salida del clóset a nivel social, por los medios de comunicación, quizá ha tenido un momento de rechazo, incluso he tomado la decisión de abandonar determinados espacios, porque ha habido cierta conflictividad. Pero cuento con un tremendo grupo de amigos y amigas con todo tipo de pensamiento, incluso en Facebook. Me siento una persona querida. Sé que tengo muchas hermanas que no piensan como yo, o no aceptan a plenitud mi manera de ser o de pensar. He tenido muchos momentos de gratificación, pero también muchos de dolor, porque no hemos terminado con esta lucha, queda todavía mucho por hacer.

No admito más que la sociedad no está preparada, que la familia y la iglesia no están preparadas para tomar acciones propositivas y educativas sobre este tema. Y creo que sí, que debemos empezar a pensar en el pecado del heterosexismo que afecta, primeramente, a la persona que vive en una no aceptación. Es muy triste verla en esta situación, llevar una doble vida, sin realización plena, de no poder ser verdadera y honesta hasta con su propia pareja y familia. Eso afecta la vida familiar, el entorno social, porque las personas que no pueden expresar libremente su forma de ser (la libertad es para nosotros un don de Dios) ni vivir libremente, como son, también afectan al entorno que las rodea.

Hay que seguir trabajando y luchando porque las personas escriban su propio guion y se atrevan a vivir su proyecto de vida empoderadas y aceptándose como son, sin que nadie intervenga en sus derechos ni en su manera de ser. Me gustaría terminar con un texto bíblico, que es uno de mis preferidos. Está en la carta a los Gálatas, versículo 26-28: "Por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios....Porque en Cristo Jesús ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno con Cristo Jesús". Mi fe y mi vocación pastoral son dones de Dios. Me he sentido llamada por él a servirle en su iglesia y a la sociedad.

“No todo es miedo”

Argelia Fellové Hernández, *vendedora de alimentos*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Practicante de la religión yoruba, hija de la Caridad del Cobre y artesana por vocación, Argelia Fellové Hernández se define como una cubana emprendedora, con la fuerza y las ganas de contar sus experiencias para que les sirvan a otras mujeres. “Y cuando digo mujeres, no me refiero a la biología, sino al sentimiento; a las que no se han apagado por sí mismas, sino a causa de una estructura social, familiar o conyugal”, dice esta mujer lesbiana y negra, de 52 años, habanera, que vive de la venta ambulante de alimentos ligeros y unas pocas veces, también, de sus presentaciones como transformista, cuando travestida con atuendos masculinos sube a escena y se convierte en Alberto.

¿Cómo fue tu infancia?

Bastante humilde; no digo pobre, porque hay diferentes tipos de pobreza. Crecí en un barrio de los que llaman marginales —el Reparto de la

Construcción, en Altahabana—, donde había muchas personas con problemas de conducta: gente de conflictos, broncas, puñaladas...

Tengo cierta amnesia, producto de los golpes y la violencia que viví. Después de haber cumplido los 30, mi hermana me hizo la historia de mi infancia y fue cuando me enteré de la mayoría de las cosas que pasaron. A Dios, gracias, por darme esta fuerza que tengo ahora. Es terrible enterarte a los 33 años de todas las cosas que pasaron en tu vida, de las cuales recordaba solo dos o tres pasajes muy fuertes.

Fui violada física, sexual y espiritualmente. Violada y silenciada. Éramos una familia de ocho hermanos; mi madre, limitada física, con apenas una pensión de 130 pesos mensuales para ocho hijos: cinco varones (tres fallecidos) y tres mujeres. Con cuatro años perdí mi virginidad. Lo cuento ahora, porque después que me vinculé al Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) fue que rompí el silencio. Luego de pasar por talleres, cursos y seminarios, empecé a abrirme. Me dije: “tengo que contar mi historia para sacarme esto de adentro”.

De todas maneras, es un trauma que perdura, aunque hable con aparente fortaleza. Fui maltratada, machacada durante mi infancia. En mi familia nos fajábamos mucho a los piñazos, mi mamá se iba —no sé por qué, ahora la justifico, tiene 86 años, supongo que tendría algún trastorno mental, porque no hizo estudios, tiene 6to grado, pero de cierta manera es casi analfabeta— y nos dejaba a merced de este violador, mi hermano mayor. Nunca me fajé, era muy temerosa. Dormíamos en un colchón de paja, lleno de chinches y garrapatas, y le tocaba a uno, lo sacaba así: temblando, o cogía a dos, me cogía a mí, y nos rodeaba el cuello, con alfileres, con cigarros, y nos penetraba por el recto, por la vagina.

Después me di cuenta, cuando empecé mi vida sexual activa, porque sufrí violaciones y golpes del muchacho que era mi novio, quien no me creía cuando le decía que era señorita. Vivimos el morbo de una persona enferma, eso les pasa a muchos niños. Mi historia es una convocatoria a las madres, a que observen al niño o niña, se pregunten por qué está callado o tiene bajo rendimiento en la escuela, por qué rechaza a una persona. Hay que estudiar eso. Cuando hago trabajo comunitario y tengo la oportunidad de estar más cerca de las personas, trabajo normalmente para un público heterogéneo, la mayoría heterosexual, y siempre trato de dar un mensaje.

¿Cuándo te reconoces como una mujer lesbiana?

Estaba en segundo grado. Éramos dos niños y dos niñas, y una de las niñas hizo un plan: “ustedes dos y tú y yo”. Me sorprendió y me dejó llevar. Ella parece que lo había visto hacer en alguna película o a sus padres, lo único que le interesaba era el sexo oral. Los dos varones y nosotras dos. Ella me lo hizo a mí,

pero cuando me tocó vomité encima de ella. Después, en los juegos de mamá y papá, como siempre tuve la voz muy grave, me tocaba ser el papá. Tuve noviecitos de infancia y llevé una vida heterosexualmente activa hasta los 27 años. Miraba a las mujeres de otra manera, andaba con amigas, estaba etiquetada desde los 15 años como lesbiana por la sociedad. Cuando empecé mi vida lésbica, casi a los 29 años, cesé mi vida heterosexual. Fue en el mismo tiempo en que me mudé para mi casa.

¿Viviste algún conflicto por eso?

Desde el punto de vista social, sí. Como lesbiana tuve momentos a gusto y regulares, como ahora; me pasó en todas las etapas. Pero tenía sembrado el miedo a los hombres. Tenía relaciones con hombres, pero con mucho miedo; sobre todo si estaba encerrada en un cuarto o las ventanas estaban cerradas o inclinadas. Sentía miedo, por toda la historia que había vivido.

¿Te enamoraste en esa primera relación?

No, era más la necesidad de romper el hielo. Me presentaron a una muchacha con más edad que yo y no fue buena esa primera experiencia, pero aun así me abrió el diapasón y me identifiqué como una mujer lesbiana. No volví a estar con ningún hombre.

¿Esa la marcarías como tu salida del clóset?

Pudiera ser. Nunca me sentí en el clóset; lesbiana y me abrí al mundo, no me escondí nunca. Empezaba una relación lésbica y si ella me decía: “vamos de la mano”, pues vamos de la mano. Sí tuve mucho temor a la hora de andar con una mujer con un estereotipo que la sociedad marca como masculino. Pasaban los camiones del contingente y gritaban: “tortillera”, y yo marcaba la distancia. Puede ser lesbofobia, pensaba que me iban a gritar cosas. Después, cuando llegué al Cenesex, el primer encuentro fue para mí tan fructífero que salí caminando con Niurkita desde el centro casi hasta Malecón. Entré a la red de Mujeres Lesbianas a finales de 2004.

¿Qué hacías hasta ese momento?

Siempre fui muy discriminada, maltratada, me daban golpes. Recibí mucho bullying en la escuela por ser pobre, por ser negra, por andar con ropita zurcida, por ir prácticamente descalza, hasta el preuniversitario. En 8vo grado decidieron becarme. Era mejor estar en la beca que en la casa. A veces me quedaba en la beca los fines de semana para garantizar la comida.

Quería dejar la escuela desde 8vo grado porque me escupían la cara, me halaban los moños, una vez me cortaron el pelo, me daban muchas bofeta-

das. Eso fue en la escuela Louis Saint Michel, en Melena del Sur; después pasé a Sierra Maestra. Ahí había delincuencia y las mujeres eran hombres: a golpes con todo el mundo, te aguantaban y a golpes contigo. Cuatro o cinco mujeres te caían arriba; de Marianao, Pogolotti, La Timba. Una señora que se llamaba Alicia me decía que no dejara la escuela, que tenía una pila de hermanos presos, que se estaba pasando hambre, que por lo menos tenía mi desayuno y almuerquito en la escuela y que allí estaba más tranquila que en mi casa. También estaba ajena a lo que me había pasado en la infancia y no soportaba que me dieran golpes en la escuela. "Haz un esfuerzo, hazlo por tu mamá", me decía Alicia. Y seguí hasta 12 grado, aguantando. El abrigo que usaba se llenaba de sudor, porque no podía lavarlo. Me decían bruta, porque tenía tantos traumas que no asimilaba los conocimientos. Terminé el pre e hice el técnico medio en Estadísticas, en Salud Pública. Empecé mi técnico medio con unas botas de militar con la punta rota y así lo terminé. A veces iba a las actividades de la escuela con la saya de uniforme porque tenía la ropa sucia, pero nunca dejé de estudiar. Nunca repetí grado, a pesar de que sacaba el mínimo de puntos. Fui muy buena en las matemáticas, en la educación física y en los idiomas.

Después empecé a trabajar en estadísticas de salud y pasé cursos. Soy Árbitro Internacional de Atletismo, participé en la Copa del Mundo de 1992 y fui árbitro en los Panamericanos de 1991 en Cuba, también en Centroamericanos, en las provincias. Eso era paralelo a mi trabajo. En los Panamericanos de 1991 fui árbitra destacada y, como estímulo, me dieron la licenciatura en Deporte. Cursaba la licenciatura en San José de las Lajas porque Ciudad Habana no tenía plazas; entonces iba cargando en la espalda jabones y desodorantes para venderlos, sacar un dinero y poder ir y virar. Allí estuve hasta 4to año y seguía arrastrando problemas de autoestima. Tuve que faltar por problemas familiares muy engorrosos y un buen amigo, Andrés, me dijo: "ve a casa de la profesora para que te deje hacer la prueba". Pero me daba pena y, por esa pena, esa prueba y todos los conflictos que tenía en mi familia, dejé la universidad.

Luego hice un semestre de alemán, pasé cursos, no paré de estudiar. Es una fuerza que me da la naturaleza: "lo tuyo es aprender y seguir". Pasé un curso de papier maché, durante dos años. Ahora estudio inglés. Tengo un proyecto que he enviado a varios colaboradores en Latinoamérica, he hecho actividades con este proyecto, es itinerante. Es desde el arte para la comunidad. Ya se han brindado varias casas comunitarias para que el proyecto funcione.

¿Has vivido la lesbofobia?

En Cuba la lesbofobia es muy marcada, lo que no está visible. Se suele ver más el universo trans y el gay, porque están más expuestos. Es una cuestión cultural, que viene trascendiendo en la historia: la mujer es muy marginada,

humillada desde el punto de vista patriarcal y machista. Si le sumas ser lesbiana, del campo, negra, pobre, tener menos capacidad, es mucho más engorroso.

Parte también de que nosotras mismas tenemos temor de abordar nuestra historia y necesidades, nuestras vidas; de que la gente sepa que existimos. Lo nuestro es rebelarnos de manera más pacífica, menos agresiva, pero decir: "aquí estamos". Creo que parte de eso y de que, socialmente, nos permitan abrir ese diapasón, decir que estamos aquí.

La lesbofobia está en todas partes: en instituciones, el trabajo, la casa, entre nosotras mismas, y la bifobia un poco más; las personas bisexuales están aún más marginadas. Hay mucha lesbofobia, la percibo en todos los lugares.

¿Has vivido violencia por lesbofobia?

Física no, pero sí social, estructural, institucional. ¡Es una discriminación tan simbólica! Personalmente, siento mucha lesbofobia a nivel institucional, con otras redes. Debíamos hacer una jornada cubana contra la lesbofobia y la bifobia. A veces nos invitan a actividades cuando hace falta tener representación de la mujer lesbiana, pero no creo que sea desde las vísceras, desde el sentimiento.

¿Qué significó para ti el activismo?

El primer encuentro con la red me marcó mucho, porque, después de tanto tiempo me sentí como en familia. Empezó todo tan suave, tan familiar, tan transparente, fluido. Me di cuenta de que era el lugar indicado, que yo necesitaba esto para romper un montón de estereotipos que tengo de la sociedad. Lesbianas somos muchas, pero muchas desconocen también sus derechos, su identidad, cómo defenderla. Ese día rompí treinta y pico de años de silencio, rompí miedo escénico, rompí tantas cosas... Me ayudaron a vivir.

Cuando me hablaron por primera vez en un taller sobre los derechos sexuales y humanos, las manos me temblaban. Pero cuando los conoces, sabes cómo reaccionar cuando te agrede un policía, una persona en tu trabajo, porque estás defendiendo tus derechos. Para mí, activismo era oposición, resistencia; pero los talleres me dieron las herramientas y me enseñaron, me abrieron muchos caminos.

No impongo mi criterio, simplemente ofrezco las herramientas que he ganado para deconstruir el imaginario social, desaprender muchas cosas y poder decírselas a las personas; me abrió incluso el camino hasta con mi familia y el diálogo con mis vecinos. Siempre estoy haciendo activismo.

¿Qué pasa con los derechos de las mujeres lesbianas?

Son vulnerados desde el punto de vista social, machista. Hay misoginia. Todo parte de una construcción histórica y decir feminismo en Cuba ya es ha-

blar de ideología, de disidencia, de estar en contra... ¡No! Yo estoy en contra de un montón de aspectos y soy disidente frente a lo que está en contra de las mujeres lesbianas y bisexuales. Hago resistencia a esas cosas y soy una mujer revolucionaria, socialista, que nació, vivió y se crió en la Revolución. Defiendo los derechos que ya conozco.

Entre los derechos necesarios están la atención ginecostétrica sensibilizada y la reproducción asistida, porque usamos vías locas para tener hijos, a veces nos sacrificamos y para lograrlo estamos con un hombre. También necesitamos la adopción, el matrimonio igualitario, una ley que ampare nuestros patrimonios como pareja y la herencia. Tengo mucha esperanza y muchas expectativas positivas con eso.

Tenemos que hacer mucho ruido para que nos sientan, para que sepan que estamos, que somos. Las mujeres lesbianas no tenemos espacios amigables. En el Cine Acapulco realizamos una peña cultural, hace ya más de tres años. Es el primer lugar donde se logró insertar el transformismo masculino —que también es muy discriminado— e invitamos a artistas de todas las manifestaciones del arte. No tenemos un sitio de encuentro, de recreo, y cuando hay un espacio de lesbianas, lo dirigen gays o heterosexuales. No hay espacios asesorados o, al menos, guiados por mujeres lesbianas, que le den un discurso menos agresivo en temas de música, sin videos sexistas. Hay espacios a los que somos invitadas, pero no son nuestros.

¿Cómo entras al transformismo masculino, cómo te ha ido?

Empecé hace 10 años. Había una peña en el Cenex y me fui colocando. Hacíamos el “Café literario” y el “Café con filo”, llevábamos té, café, leíamos libros, alguien tocaba guitarra, recitábamos poesía. Un día en la pérgola del Centro hice una peña y trasladamos para allá el “Café literario”. Invitábamos a trans y empecé haciendo declamaciones, con la ropa de mi cuñado, maquillada con lápiz. Después de un año me retiré, me sentía un poco tímida. Hace cuatro o cinco años empecé a actuar en algunos espacios a los que me invitaban, fui enriqueciendo mi personaje y después empezó la peña en el cine Acapulco y nos invitaron al festival del transformismo.

Es muy difícil el transformismo masculino, creo que es parte de la discriminación. El transformismo femenino es muy bueno, visible, elige sus espacios. Para insertarnos nosotras ha sido con mucha súplica. Los espacios LGBTI y discotecas gay connotadas en La Habana y en Cuba no nos apoyan. Se han hecho talleres de enseñanza artística en el tema del transformismo y nunca nos invitan. Yo lo pongo en las redes, digo que nos discriminan y lo coloco como lesbofobia. Realmente no somos muchas, conozco a Andy Michel, a Gladita¹,

¹ SE REFIERE A GLADYS EUGENIA MARTÍNEZ PALOMO, ENTREVISTADA EN LA PÁGINA 63 DE ESTE LIBRO.

de Camagüey, que se siente muy discriminada allá. Es muy difícil, nos pagan menos. En Las Tunas, Belkys me habló de muchachas que actúan entre ellas mismas. En La Habana tuve la oportunidad de intercambiar e hicimos un festival en Santa Clara. Fuimos un grupo para allá, actuamos con lo que teníamos y nos llevamos todos los premios. Para mí tuvo un impacto muy grande que me dieran un premio a la obra de la vida, un premio a las cosas que he defendido.

¿Cuál es tu motivación para hacer transformismo?

Alberto es un pedacito de masculinidad, un hombre que Argelia ha construido con el público. Un hombre natural, que no es patriarcal ni machista, sin etiqueta: no es gay, no es heterosexual. Es un hombre, simplemente; un ser humano. Argelia le presta su cuerpo para que artísticamente defienda a la mujer y rompa esquemas. Este transformismo es un arma que sirve a la mujer cubana para defender sus derechos. Quien me conoce como Alberto piensa que detrás de ese Alberto saldrá una Alberta, que me voy a quitar el maquillaje y será igual. O sea, la construcción que hay con el transformismo masculino es que somos machos, varones, fuertes. Y no importa que lo sea, lo que vale es que hay una mujer detrás.

¿Dónde está el maquillaje masculino? Empezamos con aceite de romero, que es caro, o harina de pan quemada, como polvo facial. Tuvimos que cortarnos el cabello e importar la crema buena, porque aquí ni la vamos a encontrar. No tengo —artísticamente— salario, ni dinero para el vestuario. Gracias a las donaciones, a las entrevistas, a lo que subimos a las redes, hemos podido avanzar. El transformismo nos ha posibilitado participar en coloquios, aunque también hemos sido manipuladas. He actuado en lugares donde no nos pagan, pero lo hago no por publicidad ni propaganda, sino porque es una representación de derechos.

Muchas mujeres han dejado de hacer transformismo por los impagos. Yo quiero que el transformismo forme parte de mi poder adquisitivo, pero no siempre puedo. En Las Vegas, por ejemplo, no me pagan, allí yo vivo de lo que el público me pone y gasto 40 o 50 pesos en un carro, porque vivo en lo último de Párraga. En el cuarteto que más marcó el transformismo masculino en Cuba, ninguna teníamos vestuario, nos prestábamos la ropa, pasamos mucho trabajo. En los bares gays de La Habana, nos daban los días y los horarios en que no iba nadie, como los domingos, de una a cinco de la mañana.

Cuenta un poco de tu proyecto...

Afrodiversa nace desde la necesidad de concientizar y visibilizar a las mujeres negras, lesbianas y bisexuales desde sus orígenes, su historia, su impronta y llevarlo desde el transformismo a la comunidad. Es un proyecto itinerante, co-

laborador, educativo–cultural. Tenemos un grupo de personas colaboradoras, presentamos ponencias, hacemos talleres, meditación, cine debates, promoción de salud. Todo desde el arte.

¿Hay violencia en las relaciones entre mujeres lesbianas?

Sí, ¡cómo no! Hay violencia física, verbal, sexual. Recientemente terminé una investigación. Hice una encuesta a 30 mujeres. Como resultado, la violencia física es bastante elevada, por el hecho de asumirse roles binarios y tradicionales dentro de la pareja. Las violencias más marcadas son la física, la exclusión, el encierro, la humillación y la ofensa. La mujer lesbiana recibe violencia por la cultura, de la sociedad, en la calle, centros nocturnos, instituciones de salud, en el trabajo, entre nosotras mismas, de los padres.

¿Cómo deconstruir la lesbofobia?

Tenemos que pronunciarlos constantemente, hacer activismo siempre. Lejos de pedir que nos acepten, decir “aquí estoy”, “voy”, “estoy haciendo”, “ya hice”, pronunciarlos cada día más. La encuesta también demostró que estamos detrás del margen de la mujer, reflejó que hay mucho miedo a hablar. No nos ayudamos con esconder cosas que nos pasan y todavía estamos escondiendo un montón de vulneraciones; hay muchas mujeres en el campo que son golpeadas. Y no voy a enfocarme en el tema religioso, del pecado original, que pasa por todas las religiones.

Lo importante es que lesbianas y bisexuales nos sigamos pronunciando, dando qué hacer, qué decir, qué pensar y en cada espacio que estemos, hacer activismo, visibilizarnos, jugar roles de empoderamiento, de fuerza. No todo es miedo.

Adicta a vivir con orgullo

Ángela Laksmi, *psicóloga*



Por Lirians Gordillo Piña / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Ángela Laksmi sonríe como una mujer libre y conversar con ella es como entrar al bosque con la Caperucita Roja, lista para enfrentar al lobo. Ella no tiene —no quiere— un solo camino ni una sola respuesta. Por eso esta entrevista contiene una parte de la Ángela que se deja provocar en una tarde de abril de 2019. Pero al día siguiente o al momento de esta lectura, ella ya no es la misma y sus respuestas pudieran variar porque practica el ejercicio de “no acomodarse” y aprendió algo nuevo, surgió una pregunta en su vida o huye de alguna etiqueta que pretende encerrarla. Ángela sabe lo que no quiere y tiene varias certezas que siempre lleva consigo. Su curiosidad por la humanidad y su profundo sentido de la justicia le han forjado un carácter que la impulsa a vivir con orgullo, amar a su medida y luchar por un mundo más *original*

¿Qué es para ti ser una mujer lesbiana?

Realmente no me interesa mucho la cuestión de la etiqueta, pero en general la asumo porque es un modo de estar en el mundo y de luchar. Cuando digo que lo soy o respondo por "lesbiana", hay un cúmulo de significados que estoy transmitiendo y que la gente entiende rápidamente. Si respondo con vergüenza, estaré contribuyendo a que llenemos ese concepto de rasgos negativos; pero si me identifico como lesbiana con naturalidad y hasta orgullo, probablemente estaré contribuyendo a su resignificación en términos positivos.

Identificarse como lesbiana es tomar una posición, y eso tiene efecto en los planos individual y colectivo. Me esfuerzo porque el efecto sea favorable para mí y quienes son como yo, que al final significa que es favorable para todas las personas. Ser lesbiana, para mí, es amar como amo a otra mujer y defender mi derecho a hacerlo.

Me parece que en los últimos tiempos ha habido una explosión de etiquetas para distinguir las sexualidades y los géneros. Aunque me cuesta seguir el ritmo, entiendo que socializar las prácticas e identidades no tradicionales es un elemento necesario en este proceso de garantizar todos los derechos para todas las personas. A la vez, pienso que en lo concreto la diversidad sexual humana supera el propio recurso de inventar etiquetas.

Cuando yo asumo y digo lesbiana o tortillera, lo digo precisamente porque necesita ser dicho y sin vergüenza, con orgullo, de forma válida y, en ese sentido, claro que es político y más cuando lo haces de forma colectiva; es un modo de validar una experiencia de vida.

Entonces, ¿cómo tú te abrazarías?

Yo creo que practico el ejercicio de no acomodarme. Ya no me es más fácil acomodarme. Supongo que el erotismo está tan culturalmente mediatizado como todo, pero hay que ponerlo sobre la mesa también y mirarlo con ojo crítico.

No me funciona aquello de enamorarse de las almas entendiéndolas como algo separado de los cuerpos. Las personas para mí no son esencialmente peenes o vulvas, pero también son todo eso; ese rasgo se integra en el todo que es la persona, pero no es el que define que me resulte atractiva. La forma de los cuerpos es importante para mí, solo que hasta ahora mis gustos no se ajustan necesariamente a los mandatos de belleza.

Puede que parezca un trabalenguas, espero que no. Probablemente haya muchos factores inconscientes determinando cuáles personas me erotizan y me enamoran, pero hay algunos que sí puedo nombrar: me encantan las personas que tratan de despojarse de los estereotipos para estar cómodas en su piel, las personas que luchan por la justicia social, la gente que tiene pasiones

en su vida, que sabe poner límites y defender su espacio. La mayoría de mis amistades son así, por lo que hace falta un algo más para que surja la chispa de atracción y eso imagino que tiene que ver con esas determinaciones que me están veladas, con la magia, con los milagros...

Por este proceso por el que has tenido que pasar, ¿qué es lo que agradeces y qué es lo que lamentas?

Una sale del clóset todos los días, en diferentes espacios, pero hasta he llegado a disfrutarlo, y eso se relaciona con la experiencia de trabajo, que me ha mostrado las consecuencias de vivir con miedo, con el apoyo de mis amistades, con mi visión del mundo y también con mi carácter de imponerme.

No crecer pensando que tenemos algo desviado o erróneo respecto a la sexualidad es, por desgracia, un privilegio heterosexual, y yo lo tuve. No fue necesario para mí crear mecanismos de defensa para lidiar con las ofensas, para esconderme, no tuve que aceptar noviazgos con personas que no me resultarían atractivas, no sufrí bullying en la escuela por estas causas, no me desarrollé cargando el peso del rechazo, ni acumulando las heridas que te va haciendo el mundo cuando estás fuera de la norma cisheterosexual.

Creo que el hecho de que tuviera una sexualidad, vamos a decir no tradicional, ya a los 30 años, en mi caso fue una ventaja, porque contaba con muchas más herramientas y con muchas menos heridas. Probablemente tenga que agradecer eso.

Quizás el interés cognoscitivo por todas las temáticas de la sexualidad ayudó y, además, estar rodeada de personas LGBTIQ+ por mi práctica profesional, acompañarlas en esos procesos de afirmación de sus identidades y también a los padres en los procesos de duelo, hace que una vaya ganando en valentía para la vida cuando trabaja con las personas trans; cuando las ves pasando por tantas cosas terribles, tratando de afirmar su identidad, de configurarla sin referentes o con muy pocos y contra todo. Las personas florecen con coraje y creo que se me pegó. Eso, sin dudas, lo agradezco.

En este sentido es un poco incongruente estarse escondiendo. Una ve las consecuencias de la culpa, de dejarse llevar por todas las expectativas que la gente tiene sobre ti. Hay ciertas personas que se acomodan y encuentran ciertos niveles de bienestar viviendo escondidas, pero caminar hacia la libertad no tiene comparación.

Yo entiendo los temores, sobre todo cuando uno tiene menos edad, pero no hay nada como vivir con orgullo lo que una es. En mi caso, me ha traído tanto bienestar, que puedo decir que me he hecho adicta a vivir con orgullo. Yo creo que va por ahí. A mí es lo que me ha salvado: el orgullo.

La vida, cuando una la vive sin ser quien es en todos los espacios, es una vida fea. Y eso es lo que yo le diría a la gente: pa'fuera, fuera del clóset, porque el

tiempo pasa, la familia se adapta, las expectativas se ajustan, las madres y los padres gestionan sus procesos de crisis, avanzan más o menos, pero tú tienes que avanzar; encuentras caminos por el camino, encuentras pareja, grupo. Lo que vas a crecer, cuando no te sientes como un error, es muy diferente.

¿Qué te gustaría construir en los próximos años?

Ahora mismo estoy saliendo de una fase donde puse en pausa muchos proyectos o mis expectativas en lo profesional, porque tenía el propósito de vivir en otro país. Cuando estuve un tiempito fuera, descubrí que lo que más me interesa, y lo que más placer me da, tiene que ver con mi profesión y la lucha por la igualdad de las mujeres, las niñas, las personas LGBTIQ.

Estas son las causas que más me mueven, aunque muchas otras luchas me puedan interesar. Cuando decidí quedarme en Cuba —que es otra decisión súper complicada para todos los jóvenes y personas de mi edad en estos momentos— fue, sobre todo, porque me gusta mi trabajo y quiero hacerlo por la gente que me es más cercana.

Como acabo de salir de esta fase, me siento como si fuera un manantial, donde siempre está brotando agua y no sé para donde irá. Es lo que siento, quizás porque voy a cumplir 33 y esta época de la vida es diferente. Me siento más preparada; los saberes un poco más firmes. Y me siento diferente, como con muchos deseos de hacer, planificarme con muchas cosas que tienen que ver con mi profesión o con lo que yo tengo para dar. Estoy encaminando algunos proyectos, están andando y vamos a ver.

¿Qué problemáticas y demandas de las mujeres lesbianas y bisexuales cubanas te preocupan?

Cuando miro a las mujeres lesbianas, quizás a las de mayor edad, siento que ellas tienen un dolor. Dolores tenemos todes, pero vienen con un dolor, o complejos.

Que las personas vivan esperando que les digan que no, que las maltraten, que les digan que están mal, es algo muy duro. Me parte el corazón cuando me dicen: “A nosotros en el barrio nos tratan muy bien y nos quieren porque nos damos a respetar”. Y cuando pregunto “¿cómo te das a respetar?”, me responden: “yo no cojo a mi pareja de la mano en mi barrio” y eso me duele, literalmente.

Porque, más allá de que Salud Pública nos excluya de sus protocolos para la reproducción, más allá de que tengas que irte de la escuela porque no soportas más el bullying, o de que te miren mal en todos lados o incluso te agreden verbal y físicamente, en lo que pienso mucho es en cómo ha calado todo ese maltrato en muchas de nosotras haciéndonos pensar que, en efecto, tenemos algo mal. Es un dolor que se ve con los ojos y me da rabia, así lo describiría, y eso

lo he notado mucho más en mujeres de 40 o 50 años, esas que me han abierto el camino a mí.

Hay que hacer algo por las personas que ahora están sintiendo eso, pensando así. Creo que, con políticas que ayuden a desmontar los prejuicios en la población, iremos mejorando.

¿Cómo crees que se pueda fortalecer el activismo de mujeres lesbianas?

No sé qué es lo que está pasando, pero si miras bien el “activismo no institucional” está creciendo y diversificándose. En medio del proceso de reforma constitucional, en las redes sociales vimos iniciativas lideradas por mujeres, como 68 Va, Por el matrimonio igualitario en Cuba, también están las actividades que hacen las integrantes de Clandestinas, Abriendo Brechas de Colores coordinado por cuatro mujeres y ahora conocí del grupo Nosotrxs. Las actividades que realizamos no se han quedado en internet, que ya eso sería válido; hay trabajo en las comunidades, iniciativas de todo tipo.

Lo mismo puedo decirte del “activismo institucional”, la Red de mujeres lesbianas y bisexuales es cada vez más fuerte, solo hay que ver a las Isabelas de Santiago de Cuba, el modo en que crecen.

Puede que se me queden mujeres y proyectos fuera, ese es el riesgo de mencionar, pero en cualquier caso para mí es algo impactante. Me hace sentir fuerte, esperanzada.

Me encanta lo que está sucediendo y me interesa mucho que haya nexos de trabajo, pero yo no quiero que ningún grupo subsuma a otro. Me interesa mucho lo que se está dando desde pensamientos que tienen muchos puntos en común, pero me encanta lo que nos hace diferentes... Creo necesario que tengamos espacios de encuentro y, a la vez, hay que cuidar las identidades de cada colectiva.

Has vinculado el activismo como mujer lesbiana con el feminismo. ¿Por qué?

Es que yo soy una mujer y estoy de mi parte, recordando la frase de Maya Angelou. Creo que el feminismo es estar de parte de la emancipación de todos los seres humanos. De las cosas que el feminismo o los feminismos tienen para aportar, se pueden nutrir todos los movimientos LGBTIQ+, todos los movimientos por la justicia social.

Por ejemplo, ese de erradicar el patriarcado, que es lo que significa para mí feminismo radical, de mover los cimientos y reconstruir, que a veces parece una cosa utópica, es el horizonte. Eso nos sirve a todes. Lo digo sin ser una estudiosa sistemática o disciplinada del feminismo, que conste: es lo que me parece a mí. Creo que hay que estudiar y entender. Ahora el feminismo puede aportar mucho a la comunidad LGBTIQ+.

“Mi corazón sigue siendo sincero”

Deisy Llópez Ricardo, *gastrónomica jubilada*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Fotos: Carolina Vilches

Por mucho tiempo los sinsabores la acecharon, pero Deisy Llópez Ricardo se sobrepuso a cada uno y aprendió a sortearlos como si emprendiera una carrera de obstáculos, para llegar victoriosa al final.

Nació y vive en Bayamo, ciudad a más de 740 kilómetros de la capital cubana, donde casi sola tuvo que abrirse camino en la vida. Trabajó por 25 años como gastronómica en diferentes restaurantes y luchó con optimismo por su autonomía y su salud, cuando sobrevino el diagnóstico de un cáncer de mama. “He aprendido que la vida hay que asimilarla como vengá”, asegura esta mujer que transmite mucha paz y familiaridad mientras habla.

“Tuve una niñez complicada”, confiesa. “Mi mamá se divorció de mi papá y tuvo hijos de dos matrimonios: del primero, una niña y un varón; y del segundo, mi hermano y yo; los dos somos homosexuales”, resume como carta de presentación.

“El varón del primer matrimonio cayó preso y mi mamá le dio un vuelco total a su vida: se volvió alcohólica. Éramos niños, a la casa iban hombres, y eso conllevó que mi hermano y yo sufriéramos acoso sexual, tocamientos. No me violaron en ese tiempo porque siempre fui ‘galluíta’. Lo enfrentaba todo con mucho valor y la gente se limitaba”.

¿Quiénes eran tus amistades, las personas en quienes tú podías confiar?

Mamá no nos dejaba salir a ninguna parte, porque vivíamos en condiciones demasiado humildes, no teníamos nada. Ella se sacrificaba y se iba uno o dos meses movilizada para obtener algún electrodoméstico. Se pasó dos meses en un campo trabajando y le dieron un televisor. Nuestra hermana mayor nos cuidaba. Mi papá, que era panadero, iba todos los días, nos llevaba uno o dos panes y nos daba vueltas.

¿Hasta qué nivel estudiaste?

Hasta 12 grado. Cuando terminé, me llegó la carrera de licenciatura en Matemática, pero no pude cogerla porque no tenía ni ropa ni zapatos para presentarme en la Universidad. Aprendí a coser y hacía mis costuritas; mi hermano y yo las vendíamos. Matriculé un curso de mecanografía para ver si podía trabajar de recepcionista, pero no encontré nada. Me fui a la agricultura a recoger papas, porque ofertaban unos cursos en Alemania. Allá trabajabas, estudiabas y regresabas con dinero para comprar una casa, con todos los equipos adentro. Pero, a los 15 días de estar recogiendo papas, suspendieron los cursos. Me presenté para ingresar en unos contingentes de la construcción en La Habana; así tenías derecho a una vivienda. Como era mujer, no me aceptaron. Al cabo de los años se incluyó a ambos sexos, pero en el tiempo que yo quise, no pude. Entonces ofertaron un curso de técnico en gastronomía a personas graduadas de 12 grado, sin ningún vínculo laboral ni estudiantil. Lo aprobé con muy buenas notas, alcancé el cuarto lugar en el escalafón.

Estudiaba gastronomía y por la noche matriculé, en una escuela de Artes manuales, tejido a macramé. Mi hermano estaba en último nivel y en el tiempo libre hacíamos manualidades para pagar los gastos del hogar. Mi objetivo era estudiar la licenciatura. Ahí me tuve que frenar porque trabajaba en un restaurante y me autorizaban solo seis meses. Decidí quedarme como técnico medio y trabajé muchísimos años como capitana de salón, después como cajera y actualmente estoy jubilada por enfermedad.

¿En qué momento te reconoces como mujer lesbiana?

Salía con mi hermano, veía a gays, lesbianas y sentía atracción hacia ellas, pero no me atrevía. Quería estar segura de lo que deseaba o no, porque a uno le

inculcan que un hombre y una mujer forman una familia. Antes de aceptar que era lesbiana, tuve novios, pero no me sentía bien con ellos. En 12 grado me di besitos con muchachas, pero nunca llegamos a intimar, tenía 17 años.

Una muchacha y yo fuimos a la Isla de la Juventud, porque decían que había trabajo. Nos quedamos en casa de unas amistades, allí hicimos el amor. Me sentí divina y dije: "ahora sí sé que soy lesbiana". Cuando llegué a Bayamo, mi familia decía que estábamos juntas y lo negué todo. Sabía que la reacción de mi mamá y mi hermano iba a ser negativa y no les dije nada. Salía y les mentía. Me vigilaron y supieron dónde estaba. Mi mamá me dio golpes y mi hermano me sujetó para que me diera. Me tuvieron dos días sin tomar agua ni comer; cada vez que salían, me dejaban encerrada con candado. Tenía 18 años, era mayor de edad, era prácticamente independiente, ayudaba en todo. Los amigos gays de mi hermano hablaron con él para que me apoyara y mi hermano decía que no quería que yo sufriera lo mismo que él.

¿Tú mamá sabía que él era gay?

Sí, y a él lo aceptaba, era el varón, el preferido. A mi hermano le celebraban los cumpleaños, tiene colecciones de fotos, y a mí me tiraron una solita de cuando era niña y porque mi hermana tuvo un novio que era fotógrafo.

¿Además de lo que hizo, tu mamá te dijo algo?

Me dijo: "Yo no te quiero". Después todo fue cogiendo su nivel. Me fui para casa de mi pareja y comencé a trabajar. Esa relación duró tres años y medio, porque ella me traicionó. Luego me enamoré de una vecina que era jinetera. Como me fue mal en esas dos relaciones, no quería seguir con mujeres.

Hice el amor con uno de mis antiguos novios y tampoco me gustó. De esa primera y única relación salí embarazada de mellizos. Me había hecho la regulación y seguía con los mismos síntomas, fui al médico y me dijo: "estás embarazada". Tuve que ir al salón y hacerme el legrado.

Después estuve con una muchacha de Santa Clara, regresé a mi casa, mi mamá fallece y mi hermano dijo que el único heredero era él. Tuve que ir a fiscalía provincial. Senté a la familia. Mi papá me dijo: "tú mamá antes de morir dijo que esa casa era tuya y de tu hermano". Muchas personas hablaron con él y fue cuando aceptó darme la mitad de la casa. Seguí ahorrando y en ese pedazo hice mi casita.

Al morir mi mamá, no sabía ni freírme un huevo, tuve que aprender, empezar de cero. Valga que tuve compañeras y compañeros buenísimos, que me apoyaban; una administradora que desde que comencé a trabajar hasta ahora, que me jubilaron, me apoyó en todo. Después de ese momento organicé más mi vida, mi economía era más estable y decidí tener un hijo, por producción independiente, para ponerle de primero mi apellido. Tenía 21 años.

Tuve relaciones con un compañero de trabajo, pero no salí embarazada. Después tuve una pareja que se enfermó, fui a verla a Santiago y me violaron. Cogí una máquina a las cuatro y media de la mañana. El chofer de la máquina me violó, me amenazó con un revólver. Vi que había una máquina de la policía y le dije: "allí está la policía" y me contestó: "si gritas, te mato". Me quedé sin habla. Después me llevó al lugar que me tenía que llevar. Cuando mi pareja me vio, me rajé a dar gritos. Me dijo: "te violaron, se te nota en el rostro". Le respondí: "primera y última vez que vengo a Santiago". Y pensé: ojalá no quede embarazada, porque sería un recuerdo totalmente trágico. Cuando me pasó eso, desistí de tener un hijo.

Más tarde tuve el problema de los senos. Después del embarazo que había interrumpido, cada vez que me apretaba los senos me salía un líquido; los médicos me decían que era normal. En 2011 me encontraron cuatro nódulos, dos en cada seno. Me hicieron pruebas de todo tipo y una prueba BAAF. Parece que pinchaban siempre donde no estaba el nódulo y daba solo presencia de lípido. En mi trabajo dieron una fiesta y, jugando, una de las muchachas me dio un apretón tremendo y el seno al otro día se puso de todos los colores. El apretón fue lo que provocó que eso se pusiera grande y creciera a diario, tanto que, cuando me hicieron todos los análisis, me dijeron: "no puedes seguir trabajando". Me dio tumor en fase III B en 2016. Recibí terapias, radiaciones, se me cayó dos veces el pelo. El cáncer mío era fulminante, de los que se diseminan con mayor facilidad. Para mí que algo sobrenatural me ayudó a seguir viva, porque todas las biopsias dieron con metástasis; hubo que raspar.

¿Cómo describes la lesbofobia, según lo que tú has vivido?

Es miedo a las mujeres lesbianas. Al principio, cuando empecé a trabajar, todas éramos jóvenes y existía mucha lesbofobia. Nunca tuve miedo, me sentía decidida a enfrentar la vida como yo era, no me quedaba callada con nada y cada vez que criticaban y decían algo malo de las mujeres lesbianas, yo me les paraba delante y decía: "tienen que respetar el criterio de las demás, cada persona tiene derecho a escoger, a elegir su sexualidad de manera responsable y placentera, tienen que respetarles sus derechos".

¿Vives sola o con tu pareja?

Con ella. La conocí en agosto de 2015. Yo estaba chequeándome, ya no estaba trabajando y me puse mal. Le dije: "mira Judith, si tú quieres, haz tu vida; si tienes algún sueño o algo que vivir, haz tu vida porque a mí me tocó vivir esto. Entonces me contestó: "yo voy a estar contigo hasta donde tenga que llegar". Llevamos más de dos años y vivimos en mi casa.

¿Y cómo llegas a la red de mujeres lesbianas?

En 2013 ya era promotora de salud y fui propuesta para ser la coordinadora, pero tenía el trabajo, el sindicato y mucha carga. Propuse a otra compañera, a Idalia, que tenía una amplia experiencia. Yo siempre fui tímida y no me desenvolvía muy bien, aunque conocía a todas las de Bayamo.

Somos una gran familia. En las redes he recibido un apoyo incondicional, espiritual y económico de todas las muchachitas lesbianas del país. Con mi problema de enfermedad, se llovían visitándome, preocupadas por lo que me faltaba o necesitaba.

En lo personal, ¿qué aprendizajes te ha dado la red?

Antes era una persona rencorosa y eso cambió. Las muchachitas me decían: "tienes que aprender a perdonar ese rencor que tienes hacia algunas personas, verás qué bien te vas a sentir" y así mismo es.

Ese rencor ¿por qué era?

Si alguien me hacía daño, no quería saber de esa persona...

¿Quién te hizo daño?

Principalmente la familia y alguna pareja de violencia extrema, pareja lesbiana. A todas las perdoné. Todas las personas que yo consideraba enemigas, todas fueron a visitarme, las acepté en mi casa, conversamos.

¿Hay algo que no hayas podido hacer de lo que has querido?

Mi anhelo era estudiar. Cuando estaba trabajando, quería cursar una licenciatura en Contabilidad, pasar los cursos que daban en Santiago, pero tampoco pude porque trabajaba días alternos y la administradora podía autorizarme un día, no todos los sábados. Por lo demás, todo lo que he sentido lo he dicho.

¿Qué necesitan las mujeres lesbianas?

Hay muchas personas de la nueva generación que desean que se apruebe el matrimonio igualitario, la reproducción asistida, porque ellas tienen otros objetivos. Yo ya no me voy a casar, pero me gustaría que otras personas realizaran ese deseo. Si hubiera existido la reproducción asistida, no habría tenido que exponerme a nada.

¿Cómo percibes a las mujeres lesbianas de ahora?

Hay diferentes grupos. La mayoría son bisexuales, les gusta la vida fácil, adquirir las nuevas tecnologías con mayor facilidad y otras cosas. También conozco padres que les hacen la vida difícil a esas personas jóvenes. Entonces ellas

deciden tener un novio aparentemente para que le dé la posibilidad de salir, recrearse. Buscan un gay de aspecto masculino y salen, como si fueran pareja.

¿Crees que ha cambiado el nivel de rechazo y la lesbofobia hacia las mujeres lesbianas?

Ha cambiado bastante, al menos en Bayamo. En mi trabajo hay un colectivo maravilloso, conocen a mi pareja y la aceptan. En la vecindad pensaba que muchos vecinos no me aceptaban. No voy a casa de nadie, pero saludo siempre. Llevo 24 años viviendo allí. Sin embargo, sé que han comentado que a mi pareja y a mí no nos cambian por nadie. No sabía que tenían ese criterio tan elevado, ese es un buen paso.

¿En qué espacio notas más el rechazo?

Mi hermana dice que ella no es homofóbica, ni transfóbica, ni lesbofóbica; pero en el fondo sí lo es porque tiene dos nietos y viven con el chanchullito ese de “no pongas la mano así”, “no hagas eso, que es de pájaro”. Si tienes un hermano gay y una hermana lesbiana, ¿cómo le vas a decir eso al niño? También dice maricón, tortillera. Para mí eso es repudio a las lesbianas y se lo digo, que debe cambiar el léxico, que diga gay o lesbiana...

Cuando me pusieron el primer suero de la quimioterapia, todo el mundo pensó que yo me iba a morir y empezaron a preguntar: “¿qué vas a hacer con la casa?”. Les dije: “caballero, ustedes no se ponen en mi piel, voy a recibir un tratamiento y no sé cómo mi cuerpo lo asimilará. No es para que me estén preguntando a quién le voy a dejar la casa, a quién mis equipos, a quién el resto”.

¿Te consideras una mujer feliz?

Sí, con algunas cosas buenas y otras malas. He aprendido que la vida hay que asimilarla como venga, porque es muy difícil organizarla como una quiere. Hay que ser flexible, aunque te cueste trabajo, para poder sobrellevar una situación, por muy difícil que sea.

Quiero transmitir este mensaje: a veces olvidamos que el tiempo no se detiene, que la vida se nos puede ir en cualquier momento, que los seres que amamos y apreciamos tampoco duran para siempre. Por eso hay que decir a tiempo: te quiero, te amo, te necesito, te respeto, te apoyo; en el momento oportuno, antes de que sea tarde. Por eso yo sonrío siempre. No porque me vaya todo bien en la vida; sonrío porque pasé mucho tiempo triste y la verdad me cansé de andar buscando culpables por todo lo malo que hacía, por eso continué sonriendo. Esa es mi mejor arma para conquistar lo que quiero, porque a pesar de tantas tragedias, mi corazón sigue siendo sincero.

“Quiero que nos miren a todas por igual”

Gladys Eugenia Martínez Palomo, *transformista*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Carolina Vilches

No se anda con rodeos y es directa cuando habla. Conversa en tono afable y moderado, pero no evade ninguna pregunta o tema, por complicado que parezca. Gladys Eugenia Martínez Palomo (Gladita) empezó muy temprano a conquistar su independencia. En ese camino ha trabajado duro, desde los 18 años, en varios puestos de trabajo. Pero ningún oficio, posiblemente, le dé más satisfacción que el transformismo. Ese no es todavía un arte del que pueda vivir profesionalmente, de forma permanente, pero sí le ha llevado a ganar varios premios y visitar escenarios dentro y fuera de su ciudad natal, Camagüey, donde aún reside, a unos 530 kilómetros de la capital cubana.

Allí Gladita es conocida también porque coordina el grupo de mujeres lesbianas Las Gladiadoras, “donde luchamos por nuestros derechos sexuales”, asegura.

Su casa en el No 141 de la calle Palma, donde vive con su pareja de muchos años, es una de las que se transforma cada 17 de mayo, Día contra la Homofobia y la Transfobia en Cuba. Junto a los colores de la bandera arcoíris, que nunca falta, la fachada del inmueble exhibe telas y carteles donde pueden leerse mensajes como estos: "La homosexualidad no es una enfermedad, la homofobia sí", "ámame como soy"...

¿Qué ha sido lo más difícil para ti, como mujer lesbiana?

¡Tantas cosas! Desde niña, mi familia y mi mamá no me entendían. Sufrí agresiones de mis dos hermanos por problemas familiares. Tengo dos hermanos varones, mayores que yo. Soy la más pequeña, la única mujer.

Cuando niña me enamoré de mi mejor amiguita. A los 15 años mis padres se divorciaron. Yo no concebía eso y ella se peleó conmigo, porque le escribí una cartica enamorándola. Cogí una soga e intenté ahorcarme, pero se partió el tubo del baño. Cogí las pastillas de mi hermano, Convulsin de 100 mg, y me las tomé, pero en mi letargo mi mamá llegó, me llevó al médico y me hicieron un lavado de estómago. Nunca dije el motivo, me llevaron al psiquiatra y me preguntaban por qué había hecho eso. Nunca tuve el valor de decir nada.

¿Seguiste estudiando?

Sí. Me fui para el pre tras ella, pero no me gustaba el pre, tuve que dejarlo y a los 18 años empecé a trabajar en los ferrocarriles. Mi papá me quitó la pensión. Allí comencé una relación con una muchacha. Surgieron comentarios y esas cosas. El jefe estaba enamorado de mí. Yo era mensajera y él me llamaba a su oficina como para darme documentos y lo que hacía era enamorarme. Le di las quejas a mi mamá; ella fue y lo puso..., ya usted sabe cómo...

¿Acoso laboral y sexual...?

No fue solo esa vez. En 1991 pedí un curso de auxiliar de estación y me dijeron que no me fuera, que era buena trabajadora, era procesadora de datos. Increíblemente, a los dos meses me aplicaron idoneidad; después de decir que era buena trabajadora, me dicen que tenía llegadas tardes de tres minutos y errores en el pago que no eran míos, eran de mi jefe que, cuando yo estaba de vacaciones, de certificado o movilizada por las milicias, hacía mi trabajo, se confundía y ponía error de Gladita con su letra.

Apelé al órgano de justicia del trabajo y gané, con las pruebas. Todo estaba a mi favor. Entonces la administración apeló y el abogado perdió el juicio. Cuando fui a reclamar, el abogado me dijo: "no pierdas tu dinero, tienes toda tu razón, pero esto no tiene marcha atrás".

Una vez fui a Santa Marta a llevar queso, con la que era mujer de mi hermano. Estábamos tomando y me sentí mal, quise irme y ella le dijo al de la máquina: "llévala para la casa". Él se desvió hacia una pista desolada, me bajó del carro, me dio golpes y me violó. Yo había aprendido defensa personal, pero no tenía fuerzas para responderle. No le conté nada de eso a mis hermanos, porque me dio miedo que fuera a haber otro problema más grande.

Descubriste muy temprano que estabas enamorada de una muchacha, pero también tuviste parejas masculinas.

Era por el temor al qué dirán. Iba a casa de ella cuando tenía mi noviecito y ella me decía: "no lo vayas a ver, déjalo embarcado" y entonces me quedaba en su casa, me sentía mejor allí.

¿Cuándo lo supo tu familia?

Tuve una pareja que, cuando nos peleamos, le escribió una carta a mi mamá diciéndole que yo era lesbiana.

¿Vivías con ella?

Sí.

¿Hasta qué momento?

Hasta que me casé con un gay. Ambos pusimos 1.500 pesos. Era un arreglo porque él trabajaba y los padres tampoco sabían nada. Nos casamos. Mi mamá decidió que el sueño de ella era verme vestida de novia. Después surgió el divorcio, ella quiso otra vez ponerme freno, pero ya yo la había complacido y ahí me puse más rebelde.

¿Cuándo determinas que quieres hacer tu vida?

Había perdido el trabajo y con 45 pesos empecé a buscar platanitos en Baraguá, en Ciego de Ávila. Reunía dinerito, iba al mercado, compraba arroz para revenderlo y ganarme una peseta, y esa peseta la fui guardando y fui agrandando el saquito de arroz, hasta que me compré un cuarto en Camagüey. Cuando me quedé sin trabajo, no se me olvida que no tuve qué comer y las lágrimas se me salían, iba comiendo entre locos y pobres por cafeterías estatales. Muchas personas tenían su situación también. Hablo de 1991, 1993, años que fueron muy críticos, en pleno Periodo Especial ¹.

¹ NOMBRE CON EL QUE SE CONOCE EN CUBA LA CRISIS ECONÓMICA INICIADA EN LA PASADA DÉCADA DE LOS NOVENTA.

También dormí en un calabozo sin ser culpable de nada. Un día salí a despejarme, pasé por un restaurante y cabaret que se llama La Volanta y unos amigos me dijeron: "China entra" —los que me conocían me decían China. Estuve 20 minutos nada más, bailé con un gay amigo mío y oí: "allá afuera está la policía y nos van a cargar". Todos eran gays y había dos lesbianas que se besaron en el lugar donde se bailaba. Cuando llegué a la puerta del restaurante, le dije el administrador al policía: "ella también". Ese policía que había entrenado karate conmigo, sacó el spray y me dijo: "Gladys, o te montas o ya tú sabes". Todos los gays y las lesbianas que estaban me decían: "China monta" y yo respondía: "no he hecho nada". Nos llevaron para la segunda unidad de la policía, dormí en un calabozo en una cama de piedra. Al otro día, cuando nos fueron a soltar, me pidieron mi nombre. "Eso es que te hacen una tarjeta; cuando tienes otro problema, te ponen una foto y peligrosidad", me explicó un gay.

¿Te dieron alguna explicación de por qué te detuvieron?

No.

¿Tú presumes que es porque allí había muchas personas homosexuales?

Sí. Cuando íbamos al parque Agramonte, donde nos reuníamos todos, de momento decían: "a correr que llegó la policía". Era la policía vestida de civil. Llegaban en una guaguüita, no querían que nos reuniéramos en el parque Agramonte. Nos veíamos allí para conversar.

Mujeres lesbianas y hombres homosexuales... ¿había heterosexuales también?

Nosotros nada más. Había heterosexuales, pero en otros bancos. Recogíamos entre todos cinco o tres pesos y comprábamos una botellita de vino, conversábamos y pasábamos el tiempo. Pero había que correr cuando la policía llegaba porque nos daban golpes si no lo hacíamos. Hasta que nos ahuyentaron a todos y ahí más nadie se reunió. Era para que no fuéramos más al parque y lo lograron.

Una vez estábamos en el parque del Gallo, sentados, éramos gays y lesbianas conversando, tomando vino, pasando el rato y vinieron cinco hombres, vestidos de civil y le dijeron a uno de los gay: "carné de identidad". Él dijo: "carné de identidad no, identifíquese porque usted está vestido de civil". "Ah, no me va a dar el carné de identidad", le contestó y allí mismo le metió un galletazo. Era un gay muy fuerte, no se dejó agredir y le cayeron cinco arriba. Él se caía, se levantaba. Entonces vino la policía, lo cogieron, lo esposaron y se lo llevaron para el sector de la calle República, le dieron galletazos esposado. Nosotras dábamos

golpes en el buró y les pedíamos que no le dieran así, que él no había hecho nada, y que íbamos a caminar todo eso. Pero parece que lo llamaron y le buscaron alguna vuelta para que no hiciera ninguna acusación. Eso debe haber sido 1994.

¿Cómo reanudas tu vida?

En el cuartico que compré, empecé a vivir con mi pareja. Ya mi mamá me aceptaba; empezó a aceptarme poco a poco, vio que no podía conmigo, que no tenía remedio. Fue más cariñosa, me fue comprendiendo hasta llegar al punto en que fue una madre impresionante.

¿Y tus hermanos?

Mis hermanos me aceptaron también.

¿Qué pasó entonces?

Después de unos años, mi pareja y yo nos separamos. Cuando conocí a mi pareja actual, nos mudamos de ahí. Permuté para acercarme a mi mamá, que venía a darme vueltecitas. Andábamos ella detrás de mí o yo detrás de ella.

A la casa nueva había que hacerle todo y lo hicimos. Allí hubo que poner techo, paredes, piso, baño, puertas, para qué contar... Como no teníamos buena economía para pagar la mano de obra, mi pareja se puso a ayudar a los albañiles, hizo mucha fuerza. Ella se hizo una hernia discal y tuvo que operarse.

Después permutamos casi frente a mi mamá y la casa estaba en ruinas también. Volvimos a la construcción y como ya no teníamos dinero para pagarle al albañil, ella aprendió. Pero se buscó otra operación de columna y fue tan trabajosa que le lastimaron el nervio ciático, quedó coja.

¿Cómo se te ocurrió hacer transformismo?

Comencé en la década de los noventa. En una fiestecita particular estaban actuando unos gays y le pedí la ropa a un amigo mío. Con un lápiz de ceja me maquillé. Mi personaje se llama Andy Michel. Actuaba en casas particulares y en varios clubs de Camagüey. Un día fui a una matiné de un club y un muchacho me comentó que iba a hacer un concurso: "Míster lesbiana" y me invitó para que actuara. Fue en 2014 y gané el certamen. Hago varios cantantes: Marc Anthony, Marco Antonio Solís, en un teatro hice de Rafael. En Santiago de Cuba también me filmaron para un documental que se llama Quba.

¿Hay varias lesbianas en Camagüey que hacen transformismo?

Unas pocas.

¿Cómo te vinculas con la red de mujeres lesbianas y entras al activismo?

Una activista trans fue a la casa y me habló de las redes. Me habló de que debía coordinar la de Camagüey. A mí me gustan todas esas cosas. Fui en 2014 a un encuentro en el hotel Plaza, en La Habana. Allí nos impartieron temas sobre VIH, sida, cómo prevenir las infecciones. Luego fui a Santa Clara y supe lo que era la red. En 2014 fui al encuentro de la red de personas trans y en 2015 participé en el Taller de la red de mujeres lesbianas y bisexuales.

¿Qué te ha dado el activismo, haber estado en un grupo?

Mucho, porque cada día me siento más valiente. No le tengo miedo a nada y quiero luchar por lograr el matrimonio igualitario, la reproducción asistida, la adopción, que respeten nuestros derechos.

¿Alguna vez tuviste una conversación franca con tu mamá?

No, siempre sentí aquel respeto, pero mi pareja sí hablaba con ella. Totalmente diferente a todo lo que yo viví. Ella fue con mi mamá como una hija.

¿Sientes que eres una mujer aceptada?

Parte y parte, porque hay muchas personas en la sociedad que sí me aceptan, hay otras que no.

¿Hay mucha homofobia en Camagüey?

Sí. Una vez fuimos a un lugar público, éramos cuatro y estábamos cerca de la Plaza de los Trabajadores. A la hora de salir, encendieron la luz y uno que no era dependiente dijo: “vamos, que esto se acabó”. Lo dijo de una forma que nos sentimos como si estuvieran botando basura.

Salieron detrás de nosotras y provocaron una discusión en la calle. Le dije al dependiente: “llama a la policía porque nos van a agredir”. La policía vino: a ellos los dejaron ir y a nosotras nos querían poner una multa. Gracias al empoderamiento que tengo, dije que no iba a firmar ninguna multa, que iba a donde tuviera que ir y, si quería, que me condujera. Yo hablaba con el policía y él me miraba de manera desagradable, con repugnancia. Me tuteó, me levantó la mano, como provocando. Le dije: “¿por qué nos pone la multa a nosotras y los deja ir a ellos, si yo mandé a llamar a la policía? Nos dijo que ya les había impuesto una multa a ellos, pero era mentira.

¿El grupo tiene facilidad para reunirse, hay algún local, alguna disposición por parte de instituciones?

Cuando la Federación de Mujeres Cubanas nos ha citado para alguna actividad nada más. Las reuniones las hago en mi casa. Somos 13, se van y vienen.

Ahora no hay muchachas jóvenes. Busqué a mis amistades y empezamos a reunirnos, así formamos el grupo. Tenemos mucha comunicación entre todas: cuando no me llaman a mí, yo las llamo, van a mi casa.

¿Cómo ves la vida actual de las mujeres lesbianas en Camagüey?

Muy mal. Siempre que hemos ido a un evento, que he tenido oportunidad, he dicho que en Camagüey hace mucha falta la Jornada cubana contra la Homofobia², para que las personas se sensibilicen un poco y no nos repriman tanto. Hay personas jóvenes que dicen que no tienen prejuicios, pero hay muchas que sí. Y si es la policía, me parece que mucho más.

¿Qué se puede hacer desde los espacios de las mujeres lesbianas?

En Camagüey no hay un lugar donde reunirse, que es donde coges el empoderamiento, la fuerza, para que nos conozcan. Una lesbiana que esté perdida por ahí no sale porque no tiene a dónde ir, igual que los gay. Hay una fiesta particular que a casi nadie le gusta porque no tenemos economía, pero conozco lugares estatales en otras provincias que tienen un espacio para personas LGBT. Quizás no sea en todas, pero hay provincias que tienen espacios donde puedes ir, compartir con tus amistades, conversar.

¿Por qué el nombre de Las Gladiadoras?

Por todo lo que hay que luchar, por eso nos pusimos así.

¿Hoy por hoy, te consideras una mujer feliz?

No del todo: me falta el matrimonio igualitario. Sería muy injusto que mi pareja, que vendió su casa para construir la mía, no tenga derecho a la casa que también es de ella y de nadie más. Quiero ponerla como copropietaria o hacer un testamento a su favor, porque es muy duro que me pase algo y venga alguien de mi familia, que no puso ni un granito de arena, y haya un problema.

¿Cómo y con quién vives ahora?

Vivo con mi pareja desde hace 15 años. Vivimos solas, ambas construimos la casa, sin depender de nadie.

¿Alguna vez quisiste tener hijos?

No, pero siempre hay un intruso. Cuando mi mamá estaba ingresada en el hospital, la gente nos preguntaba “¿son hermanas?” y nosotras por pena de-

² TIEMPO DESPUÉS DE ESTA ENTREVISTA, CAMAGÜEY FUE SEDE EN MAYO DE 2018 DE LA XII JORNADA CUBANA CONTRA LA HOMOFOBIA Y LA TRANSFOBIA.

cíamos que sí. Después preguntaban si teníamos hijos. Mi pareja, que se cansó de eso, un día le dijo a mi mamá: "Gladys, cuando nos vuelvan a preguntar yo voy a decir que somos pareja", y mi mamá le dijo: "sí hija, sí".

¿Algún sueño que tengas, algo que te gustaría ver realizado?

Lograr que nos respeten, quiero que nos miren a todas por igual; que haya aceptación y se eliminen los prejuicios; que cuando vaya por la calle no me sienta mal mirada.

“Somos seres humanos con los mismos derechos”

Isel Calzadilla Acosta, *enfermera*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Isel Calzadilla Acosta (1964) es una mujer muy conocida en el ámbito del activismo lésbico cubano. Nacida en Santiago de Cuba, en el oriente del país, su nombre es referencia obligada cuando se habla del tema en la nación del Caribe. Licenciada en Enfermería, Isel es la fundadora de Las Isabelas, el primer grupo de mujeres lesbianas del país, creado en 2002, cuando todavía era muy incipiente la organización de activistas a favor de los derechos de la comunidad LGBTI en torno al Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex). Lejos de la capital, ella impulsó ese primer embrión de lo que es hoy la Red de Mujeres Lesbianas y Bisexuales, que ya sumaba, al cierre de 2018, unos 11 grupos en todo el país.

De su madre, una mujer muy trabajadora y luchadora, aprendió esas cualidades que le han dado fuerzas para avanzar. “Me encaminó por la vida, con buenas costumbres”, asegura.

Desde niña sintió que no era como todas las niñas: “yo tenía otras inclinaciones, era un poco bandolera, me encaramaba en una mata de Cañandonga como si fuera una escalerita”, relata. Desde temprano también se sintió cautivada por otras muchachas. “En la secundaria, sentí atracción por una compañera que estudiaba conmigo. Yo tenía el pelo largo, me ponía una hebilla muy bonita y a ella le encantaba quitármela, eso me enfurecía. Así comenzó nuestra amistad. En la escuela al campo nos poníamos a oír la radio, novelas y programas de esa época. Empecé una especie de romance con ella. Era muy joven, tenía 12 años, había mucha desinformación y solo tenía referencia de mi mamá, que decía que en la cuadra había una marimacha. La escuchaba, pero no asumía que lo que sentía tenía que ver con eso”.

Luego, en el preuniversitario, sobrevino el conflicto. “Mi amiga me mandó una carta, en amarga hora: en vez de leerla y botarla, la dejé en un libro y fue el gran problema de mi vida. La carta decía que nos íbamos a ver para ir al cine, que ella me quería mucho. Mi mamá la leyó. Cuando salí del baño fue terrible, me dijo que eso no podía ser, porque me rechazarían. Me hizo prometerle que nunca más vería a esa muchacha. Era muy jovencita y acepté, le dije llorando y pataleando que nunca más la vería. Ahí terminó la historia”.

Su amiga se casó y se fue a vivir a Granma, mientras Isel continuó sus estudios, entre nuevas amistades. “Un muchacho que me caía muy bien fue mi primer novio, me enamoré porque conmigo fue muy bueno, nunca se propasó, íbamos al cine y él me cuidaba, me llevaba hasta la puerta de mi casa”, detalla.

“Luego empecé a estudiar Medicina y en la universidad todo fue diferente. Parece que aquella ruptura me afectó mucho, porque yo quería a esa muchacha y la recordaba todo el tiempo. No me sentía feliz, aunque tratara de aparentarlo con mi mamá y ante el mundo.

“En primer año de universidad terminé el romance con el muchacho. Me sentí muy mal y pienso que un gran estrés me causó problemas de salud, sentía tristeza, no tenía ilusión, esa alegría que me empujara a seguir adelante.

“En el segundo año fui a la playa con mis compañeras y vi a aquella muchacha con el esposo y la niñita de ambos. Fue emocionante, ni imaginábamos que nos íbamos a encontrar. Me dio la dirección de su casa. Pasó una semana y me fui a verla. Recomenzó todo, pero más fuerte, porque teníamos más edad.

“Comprendí lo que yo quería. Cuando volví a verla me dio una alegría en el alma. A las dos nos pasó lo mismo. Ella conversaba mucho conmigo y me dijo: ‘lo más grande que me ha pasado es tener a mi hijita, tienes que casarte

para que tu mamá no pelee y nosotras nos vamos a ver cuando podamos, llevaremos esas dos formas sin que nadie lo sepa. Yo acepté.

“Luego conocí a un muchacho; era una maravilla, pero no me gustaba ni tenía que ver conmigo. Me casé con él a los 22 años. Era marino mercante y viajaba. Pensé: me conviene, se pasa un año o dos fuera, y voy a estar casada, pero libre. Pero el matrimonio duró como dos meses; yo no podía, era un sacrificio y sentía que iba a explotar ¿Por qué estoy haciendo algo que no quiero?, me dije. Él era buenísimo y cariñoso, pero no aguanté. Recogí mis cosas y volví a mi casa.

“Después conocí a una muchacha que trabajaba en el aeropuerto y nos hicimos pareja. Todo clandestino porque ella y su exmarido vivían en la misma casa y tenían una hija de 10 años. Fue una historia bonita, pero calladita, cada cual por su lado. Mi mamá siguió con la matraquilla, entonces apareció un muchacho que trabajaba con mi prima, un buen hombre, y con ese también me casé. Dos bodas. Tenía 25 años”.

Por sus problemas de salud, Isel había pedido una licencia en la Universidad. “Entonces decidí estudiar y hacerme enfermera. Salí embarazada, tuve mi niño y el matrimonio duró un año, estirándolo mucho. Cuando nació mi hijo, estuve de Licencia de Maternidad, después me volví a incorporar, trabajaba en el Hospital Infantil y seguía la relación con la muchacha del aeropuerto”.

Tras el segundo divorcio, su mamá la siguió presionando para que se casara nuevamente. Isel, sin embargo, estaba decidida a hacer su vida. “Le dije que no quería estar con hombres. ‘No quiero que vengas aquí con ninguna mujer, la gente va a hablar’, me contestó. Seguí trabajando como enfermera, con mi niño y aquella relación, que duró seis años. Siempre me ha gustado la estabilidad”.

¿Cómo lo tomó la familia?

El que fue mi esposo no quiso saber de mí, ni del niño. Sus padres me atendían, le llevaban cositas al niño, lo sacaban a pasear al parque. Después él empezó a relacionarse y poco a poco tuvimos una relación de amistad. Al hijo lo atiende perfectamente, ante cualquier situación. Aquella etapa fue muy mala para mi vida y la de mi hijo; mi mamá, cuando se peleaba conmigo, me decía: “esa vida que tienes de andar con mujeres no puede ser” y mi hijo la oía. Fue negativo por la forma en que ella lo decía; pienso que mi hijo debe tener algún trauma, aunque yo lo enseñé, pasó cursos de promotor de salud y desde chiquitico le enseñamos que el mundo es diverso. Actualmente mi hijo se lleva de lo mejor con todas las muchachas del grupo, con amigas transexuales. Mi casa es un desfile de personas y no le veo ningún prejuicio. Se lleva bien con mi pareja, pero nunca me ha preguntado.

¿Cómo surge la idea de Las Isabelas?

En Santiago, el Boulevard era el lugar donde las personas de la comunidad LGBTI se sentaban a conversar. Por la noche era un lugar de encuentro. Un día un vecino me vio allí y le dijo a mi mamá: “tu hija está yendo al Boulevard”. Fue una bomba atómica; decían: “ese parque es de lesbianas y maricones”, todo el mundo sabía que a quien se sentaba ahí lo etiquetaban. Le dije a mi mamá: “me siento porque es un lugar libre”. Parece que ella se fue dando cuenta de que no podía conmigo.

Sentada en el Boulevard fui viendo lo diferente que era todo. Conocí a una muchacha médica y a otra psicóloga; empezamos a hablar de salud y sugerí hacer un encuentro en mi casa, hablar de la importancia de conocer el cuerpo. Eso fue por 1999. Propuse hacer un grupo, buscar muchachitas que quisieran unirse a nosotras.

Mi mamá vio que eran personas profesionales y buenas. Todas eran lesbianas y tenían su pareja, nos íbamos al Boulevard o para “La Isabelica”, un café donde los trabajadores eran muy desprejuiciados, nos atendían muy bien, tomábamos un café, conversábamos, oíamos música y empezamos a pensar en hacer un grupo y celebrar los cumpleaños, ayudarnos. Yo visitaba el Centro de Promoción de Salud de Santiago y hablé con la doctora Kenia Mora, jefa del programa de VIH de la provincia, y con Yoire Ferrer, el educador del programa sobre el VIH. Allí nos acogieron de lo mejor, pues estaban buscando personas que quisieran hacerse promotoras de salud. Le dije a la doctora Kenia: “soy lesbiana y quisiera que otras pasaran estos cursos, queremos aprender”. Pasamos el curso de promotores de salud y eso hizo que la doctora Kenia pensara en las muchachas lesbianas también. Sacaron un librito, muy sencillito, donde incluyeron las relaciones lésbicas. Si queríamos formar un grupo, necesitábamos a alguien que nos ayudara. En la revista Somos jóvenes leí un artículo que hablaba del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) y otro sobre mujeres lesbianas. Entonces le escribí a la doctora Mariela Castro y le conté que teníamos un grupo, pero no sabíamos qué hacer, que necesitábamos ayuda para formarnos.

¿Qué reacción tuvo la carta?

Al mes y pico respondieron que se había analizado mi carta e irían especialistas a conocer el grupo, que ya estaba creado. Por entonces íbamos juntas a la playa, hacíamos cumpleaños, nos hicimos promotoras de salud, estábamos conociendo. En 2003, las doctoras Ada Alfonso y Celia Sarduy, del Cenesex, estuvieron en Santiago y conocieron a las muchachas. Ellas lograron que nos sintiéramos muy bien, pudimos hablar de lo que nos interesaba. Después nos convocaron a los talleres en La Habana, para capacitarnos.

No sabíamos cómo llamar al grupo y surgió una lista enorme de propuestas. Una dijo: “vamos a ponerle La Isabelica, en honor al lugar donde nos reuníamos”. Pero en ese momento Norma Guillart¹ fue a conocernos y nos dijo que podía tomarse como plagio. Entonces a otra se le ocurrió “Las Isabelas”, que se parece, y todas estuvieron de acuerdo.

Las Isabelas lleva muchos años de trabajo, por el grupo han pasado cantidad de muchachas: unas se han ido de la provincia, del país, de la ciudad; otras no han querido seguir porque ya no tienen ese objetivo, las hay que están trabajando de cuentapropistas. Nos fuimos ayudando, conociendo, se hizo una hermandad. Las Isabelas se ha caracterizado porque todas somos amigas. Han pasado incidentes, porque nadie es perfecto, pero se ha tratado de mantener siempre la unión. Ahora han entrado unas 10 muchachas nuevas. Hay que seguir trabajando para luchar contra la violencia, la discriminación, conocer nuestros derechos. Muchas me han dicho: “le agradezco a Las Isabelas porque conocí muchas cosas y me ha ayudado en mi vida”. Entonces quiere decir que sí son necesarios estos grupos.

¿Y qué le agradeces tú a Las Isabelas?

Que soy mejor persona, más humana. Cada vez que llegan a mi casa y me dicen “tengo tal problema”, trato de ayudarlas a encontrar una solución. Somos una familia, me han enseñado que es muy bonito este tipo de amistad entre mujeres y que si uno mantiene esos valores, es duradera. Es bonito estar en un lugar y tener una amiga en quien confiar, saber que puedo contar con otras muchachas en otras partes de Cuba o del mundo.

¿Tú mamá te aceptó?

Mi mamá murió hace 10 años y nunca me aceptó. Si me hubiese entendido, qué lindo hubiese sido todo. Pero no le pude cambiar la forma de pensar y traté de que no se mortificara con mi vida, pero eso me dolió y me duele actualmente.

¿Crees que el activismo de las mujeres lesbianas es visible, dónde lo ubicarías?

Ha ido saliendo del clóset, a pesar de tantos prejuicios. Los talleres y el trabajo que el Cenesex ha hecho con nosotras y con los grupos que se han formado en la isla ayudan a que una se empodere y luche por lo que quiere y lo que es. Cada cual tiene que aportar su granito de arena para que esta sociedad sea más desprejuiciada.

¹ LA PSICÓLOGA NORMA GUILLART CREÓ Y COORDINÓ EN LA HABANA EL GRUPO DE MUJERES LESBIANAS OREMI.

¿Consideras que las mujeres lesbianas necesitan un esfuerzo extra para ganarse el respeto?

Claro que sí, porque siempre dicen las mismas palabras: “Ella es lesbiana..., pero trabaja bien, cumple bien, vamos a tener en cuenta eso porque es muy buena en lo que está haciendo”. Luego, pasa cualquier cosa y vienen los problemas: de pronto no eres idónea, sin tener en cuenta que eres un ser humano, una mujer a la que le hace falta el trabajo.

¿Cuáles son esos problemas?

Hay muchos prejuicios, homofobia. Personas que dicen que te aceptan, pero es mentira. Muchas muchachas no tienen el valor de decir “soy lesbiana”, de empoderarse y decir: “este es el camino que quiero, voy a luchar, no estoy haciendo nada ilegal, nada malo”. Les falta el valor. También hay que estudiar mucho para poder reclamar; si conoces, eso te ayuda a ver por dónde vas. Cuando no sabes, te puedes ahogar y dar vueltas en el mismo lugar, sin salir. Han sido muy buenos los talleres de capacitación del Cenesex, porque entonces ya no piensas igual, compartes con otras muchachas del país que tienen problemas parecidos a los tuyos, cada cual dice: “ah, pero yo puedo ir por este camino y puedo salir de esta situación”.

¿Cómo se expresa la lesbofobia?

Un ejemplo: en la cuadra donde una vive, las personas se llevan contigo, pero después comentan: “ella es lesbiana, mira la gente que va a su casa”. En el centro de trabajo, a muchas muchachas los compañeros las han tratado bien y, cuando se enteran que son lesbianas, ahí mismo vienen problemas. En mi caso, estuve en un centro del Ministerio del Interior (Minint), impartí un curso como profesora de defensa personal y primeros auxilios; fui karateca muchos años y combinaba esa vocación con mi profesión de enfermera, daba las dos asignaturas y mi trabajo fue impecable. Un día fuimos a trabajar a Contra maestre y me saludaron dos muchachas lesbianas que habían pasado por el grupo. Cuando regresamos a Santiago, aunque el director había hablado conmigo para promoverme a un cargo, tuvieron una reunión y me dijeron que no me iban a dar el cargo porque tenía amistades no acordes a lo que ellos querían. Hice una carta, esa fue mi primera gran batalla, decidirme a escribir y formar ruido. Sería 2004 o 2005. Reclamé al director de la escuela, pero luego se desintegró el grupo que iba a hacer ese trabajo y todo se quedó ahí. Fue mi primer problema en la vida, con esa escuela.

En Santiago, el nivel de machismo y homofobia es grande, aunque hemos avanzado. Ya no hay ese rechazo tan fuerte que sentíamos como grupo, cuando íbamos a un lugar y no podíamos decir que éramos lesbianas porque nos

cerraban las puertas. Nos presentábamos como promotoras de salud y por ahí empezamos a hacer las actividades. Nos vinculamos a la peña de la cantante Altica Sánchez, en El Ateneo Cultural. Los jueves se reunía gente de la comunidad LGBTI y los sábados iba todo el mundo. Altica nos dio la posibilidad de incorporarnos a la peña, decía: “aquí tenemos a las muchachas del proyecto Santiago”, nunca se decía la palabra lesbiana. La peña fue muy importante, fue la forma en que la gente nos fue aceptando y después les decíamos que éramos un grupo de mujeres lesbianas.

¿Cuándo lo dicen por primera vez?

Cuando nos vinculamos con la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). En 2010 fui a ver a Surina, entonces secretaria de la FMC en Santiago. Me presenté y le expliqué lo que hacíamos, de nuestro activismo en la comunidad, defendiendo nuestros derechos. Se brindó a ayudarnos, hicimos un plan de actividades y se estableció una buena relación. Hicimos encuentros en la FMC y el memorial Vilma Espín, otro lugar maravilloso. Cuando salimos de esos dos centros, en todas las demás actividades, nos presentamos como un grupo de mujeres lesbianas.

¿Por qué crees que es importante visibilizar a las mujeres lesbianas?

Porque somos seres humanos con los mismos derechos de todo el mundo y nuestros derechos están vulnerados. No podemos ir libremente, todavía hay centros nocturnos en este país a los que se entra por parejas de un hombre y una mujer; y hay que protestar porque dos mujeres también son una pareja.

¿En Las Isabelas solo hay mujeres lesbianas?

Se han acercado personas heterosexuales que quieren pertenecer al grupo, porque piensan que es una injusticia lo que pasa con nosotras. Participan en las actividades y van con nosotras a los desfiles del 17 de mayo. Hay un muchacho gay y una muchacha transexual. Tenemos las puertas abiertas para quien desee unirse y nos ha dado muy buenos resultados. Hace poco hicimos un panel en la escuela de educadoras de círculos infantiles y llevamos al muchacho gay, la transexual y dos mujeres lesbianas; hablamos de las historias de vida, cómo te miran, del nivel de violencia, todo.

Esas personas tienen otros puntos de vista sobre lo mismo por lo que nosotras estamos luchando y sus opiniones nos ayudan a hacer una mejor estrategia de incidencia, enriquecen nuestro trabajo. Se sienten felices de participar con nosotras y van sabiendo lo que pasa a nivel de la sociedad con las personas de la comunidad LGBT. Conversamos, se van instruyendo y están de nuestro lado. Luego conversan con sus familias o en la escuela de sus hijos y así más personas conocen y divulgan lo que realmente pasa en nuestra comunidad.

¿Cuáles son hoy las demandas de Las Isabelas?

La adopción, la reproducción asistida. El matrimonio igualitario, que cada cual se pueda casar si quiere hacerlo. Muchas tienen su pareja estable y quieren un bebé para tener su familia. Se reclaman espacios amigables. Cuando nos reunimos todas, abogan por espacios propios, nuestros. No importa que nos clasifiquen como un gueto, es un lugar donde una se sienta feliz, contenta, donde se pueda hablar libremente. Tratamos de que todas las personas vayan a los lugares públicos, pero no es lo mismo; cuando estamos en un lugar donde somos y pensamos parecido, una se siente con más libertad y tranquilidad. En Santiago no sé dónde se están encontrando; hay tres o cuatro lugares abiertos, a donde todo el mundo puede ir, pero la mujer lesbiana no está acudiendo a esos lugares. Nos hemos quedado rezagadas, sin sitios para divertirnos. En estos momentos las lesbianas carecen de lugar.

¿Percibes la diferencia entre la homofobia y la lesbofobia, entre el rechazo que pueden sentir los homosexuales y las mujeres lesbianas?

Nosotras recibimos más rechazo, incluso, que las personas transexuales, que tienen más problemas que nosotras. La gente sigue con ese prejuicio de discriminar a la lesbiana por su condición. Hay que ser muy fuerte para sobreponerse, pasar y decir: "este es mi espacio, yo soy un ser humano, tengo los mismos derechos". Pero no todas actúan así, algunas se retraen, se apartan. La Jornada contra la Homofobia y la Transfobia debiera incluir también la palabra Lesbofobia, claro que sí. Ese término existe, hay que incluirlo porque nosotras existimos y nos hace daño. Si la jornada es para ampararnos a todos, ¿por qué no estamos incluidas?

¿Cuáles han sido tus batallas personales como lesbiana?

Mi propia madre, mis vecinos. Con todos los talleres que he pasado, aún con mis conocimientos y mi valor, había lugares donde yo no decía que era lesbiana, porque hacerlo implicaba sentirme mal, que me iban a cuestionar, a rechazar. Optaba por no decir nada, sentía que era una gran batalla cambiarles la mente a algunas personas. Es muy difícil: yo misma me sentía presa en ese momento. Cuando fui profesora en ese centro del Minint, antes del incidente que conté, un día estaba dando clases en un lugar público con los alumnos y la doctora Viviana, una fundadora de Las Isabelas, iba pasando un poco lejos y me saludó. Yo viré la cara, me hice la que no la había visto. Nadie lo notó. Ahí me di cuenta y me dije: hasta cuándo tengo que vivir con esta zozobra de no poder saludar a personas que son como yo por el qué dirán, o porque me van a botar, o me van a rechazar.

La lesbofobia interiorizada...

Sí, así es. Viviana se reía conmigo: "tanto curso, tanto taller y mira nosotras lo que nos volvemos", porque ella también era objeto de eso mismo.

¿Esa batalla la has vencido?

No, todavía hay lugares donde no me puedo sentir plenamente, aunque he logrado mucho. Vamos a los encuentros, a la playa, llevamos la bandera de Las Isabelas y la gente pregunta: “¿quiénes son Las Isabelas?”. Les contamos y algunas personas se nos suman, otras se alejan. Hay quienes más o menos aceptan, otras se van y es para esas personas que se van que tenemos que seguir el trabajo, para ayudar a que vayan pensando un poquito diferente.

¿Trabajan con otras y otros activistas?

He conocido un grupo de mujeres estadounidenses que trabajan en apoyo a Cuba y contra el bloqueo. El intercambio de Las Isabelas con ellas nos ha permitido visibilizar fuera de Cuba el trabajo de las redes, que no se conoce.

Invitada por este grupo de personas, tuve la oportunidad de ir a Estados Unidos, participé con una ponencia que se tituló “Las Isabelas y el VIH”, en LASA, en Nueva York. Pude unirme con otras personas LGBT que habían llevado ponencias y he ido conociendo cómo se trabaja el activismo en otros países. Fui a Seattle con el grupo de mujeres estadounidenses, visitamos varios estados, comunidades de mujeres lesbianas, estuvimos en la Universidad de Washington con grupos LGBT, con grupos latinos. Participé en la velada por los hechos de Orlando, representando a Cuba, y luego me uní a la Caravana de los Pastores por la Paz; fui la primera lesbiana en unirse a esa caravana y ser cubana me abrió las puertas. Pude hablar de la red de mujeres lesbianas de Cuba por todo el oeste de los Estados Unidos, para dar a conocer lo que hacemos.

¿Te sientes satisfecha con lo que has realizado?

Me siento feliz de haber hecho algo importante para la mujer lesbiana en Cuba, porque a raíz de Las Isabelas nos hemos podido visibilizar un poco más y cada día hay muchachas que se unen a nuevos grupos; eso va abriendo los caminos. Me queda pendiente seguir luchando porque las mujeres lesbianas tengamos un lugar mejor en este país, mejores condiciones para nuestros objetivos de trabajo, cargos importantes. En lo personal, estoy feliz con mi hijo, con mi pareja que está cumpliendo misión en Venezuela. El reto más grande es tener mi casa como quiero tenerla, pues ha sido un lugar de encuentro y tengo muchas ideas con el grupo y nuestra comunidad. El Centro Oscar Arnulfo Romero me acaba de otorgar un proyecto que se llama “Mujeres emprendedoras” y me han dado un fondo para restaurar mi casa y montar exposiciones de mujeres, invitar a otras personas para conocer sus historias de vida. Es un lugar mío, pero servirá para nuestro grupo. Un espacio social que quiero que todas las personas conozcan y sepan que existe. Voy a poner la bandera de la diversidad en la puerta, en la ventana. Será un lugar donde todo el mundo pase y sepa.

“Soy libre dentro de mí”

María de la Caridad Jorge, *portera en El Mejunje*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Carolina Vilches

María de la Caridad Jorge es una mujer fuerte, en muchos sentidos. A la vista es corpulenta, de carácter aplomado, muy firme. Pero también hay en ella una fuerza no visible: la que ha tenido desde pequeña para sobrevivir situaciones adversas, levantarse y crecer como persona.

Ella es todo un personaje en la ciudad de Santa Clara, ciudad a más de 270 kilómetros de la capital cubana, donde mucha gente la conoce. “Soy cubana, por sobre todas las cosas, ciento por ciento. Una mujer lesbiana, la portera taquillera de El Mejunje, donde trabajo hace 27 años. Soy activista y militante del Partido Comunista”, declara, como carta de presentación, la coordinadora de “Labrys”, la red de mujeres lesbianas de Santa Clara.

Única niña y la menor de cinco hermanos, María supo que era lesbiana desde los siete años de edad. “Desde mi niñez tenía una novia en mi fantasía: los niños se enamoran de su mamá y yo me enamoré de la mía”, dice, sin

ocultar su admiración: “¡La miraba y la hallaba tan bella!”, cierra la frase con una sonrisa en los labios y humedad en los ojos, mientras evoca la figura de su madre, una presencia muy valiosa en su vida.

“A los ocho años, mi mamá me llevó a una psicóloga muy buena, que le dijo: su hija no tiene ninguna enfermedad, no tiene nada; es normal, igual que otras”. Pero el resto del mundo no lo vio así y María sufrió por eso muchas veces.

“Cuando terminé la escuela primaria, a mi mamá la llamaron para que revisara mi expediente. Una maestra de mi cuadra le enseñó lo que la directora había escrito: que yo era una niña lesbiana —puso “tortillera”—, que jugaba con los varones y era masculina. ¡Todo eso en mi expediente escolar! Mi mamá empezó a llorar, a dar gritos y yo, sentadita en el piso, me asusté mucho y lloré también por verla así. Esa maestra borró todo y puso una opinión diferente, pero ese dolor nos lo hicieron pasar a mi mamá y a mí, que era una niña y no tenía que pagar por eso. Aunque una niña o un niño tengan otra forma de ser, diferente a la que está habituada la gente, no hay que avergonzar a su mamá, a su familia”.

En medio de tantas presiones, ocultarse fue su opción. “Era muy difícil, en aquella época, declararse homosexual. Eso era vetado, se oía el desprecio, el rechazo; no les llamaban gays ni lesbianas: “tortilleras” y “maricones”. Tuve miedo de perder a mi mamá, mi familia, mis amigas, mi entorno, mis vecinas y viví con eso adentro hasta los 19 años, cuando ya no pude más. Tuve parejas hombres, pero no sentía nada por ellos. Me casé a los 16 años para aparentar ante la sociedad y me divorcié un año después”.

María huyó de todo, de alguna forma, al matricular un curso para trabajar como textilera cooperante a Checoslovaquia, entre 1982 y 1986. Allí tuvo su primera relación con una mujer, otra alumna de Santiago de Cuba. “Fue maravilloso”, dice. “Logré lo que tanto había añorado y tuve un amor muy lindo con ella”.

Los problemas, sin embargo, no terminaban. Las cubanas vivían en apartamentos compartidos y María convivía con otras dos: una era su amiga, la entendía; pero la otra no y a María ni se le ocurría decírselo.

“Si la jefa te veía mucho con mujeres, era un problema. Le dijo a mi compañera de cuarto que teníamos que separar las camas, porque dos mujeres no podían dormir juntas. Y resulta que dormíamos juntas porque mi amiga tenía mucho miedo a todo. Yo había sufrido situaciones duras en la vida, era un poco más fuerte y rebelde; aun teniendo miedo, me enfrentaba a cualquier problema.

“Me preguntaron por qué no estaba con un hombre y tuve que hacerlo obligada para que no me mandaran a Cuba. Yo quería estar allí, me sentía

libre, estaba fuera de mi familia y podía hacer lo que sentía. Tuve relaciones con mujeres checas, eslovacas, húngaras, alemanas. Allá era diferente en aquella época, no como aquí, donde te cuestionaban si te veían mucho con una amiguita”.

Al regreso de Checoslovaquia, María decidió no vivir más en la mentira. “Senté a mi mamá y se lo dije. Ese día lloramos mucho las dos. Fue muy fuerte, pero lindo; ella me entendió. Le dije que podía irme de la casa si ella quería y, todo lo contrario, me pidió quedarme para protegerme y que no cayera presa. En aquel momento sí se llevaban presa a la gente por ser lesbiana: les habrían las habitaciones en los hoteles y las metían cuatro años presas por peligrosidad. No sé cuántas veces, estando en el parque, me recogieron con los gays y las lesbianas. Nos tenían encerrados durante horas en un camión y nos soltaban por la circunvalación. Teníamos que regresar a pie, pero nosotros de aquello hacíamos una fiesta, nos reíamos, gozábamos, jugábamos, en fin...”

Aquella primera historia de amor de María no sobrevivió mucho tiempo. Aunque quisieron reanudarla en Cuba y lo intentaron, una parte de la familia de su novia se opuso fuertemente, la otra no. “La madre me atendió muy bien, su papá y su hermanito también, pero la abuela no. Mi pareja sufrió, quería irse conmigo, pero preferí evitarle un problema con su familia, que con tanto amor me recibió. Su hermano era gay, me lo confesó estando yo de visita en Santiago, e hicimos una empatía muy linda”, relata.

En la propia familia de María las fuerzas estaban divididas. “Mi papá no me quería ni ver, dijo que tenía que irme de la casa; pero mi mamá no lo permitió, ella siempre me amparó. Mis hermanos no se atrevieron a decirme nada, pero había desprecio; no me rechazaban totalmente, pero era mal vista, estaba marcada por todo lo que hacía, aunque fuera lo más pequeño. Cuando se nace lesbiana o gay, quien primero te marca es tu propia familia, no la gente de la calle. Si en tu casa te sientes amparado, no importa la calle. La familia es fundamental; por eso siempre digo: cuiden la infancia, es lo más importante para un ser humano. De tu infancia depende lo que serás de mayor”.

VIOLENCIAS MÚLTIPLES

Además de vivir la lesbofobia como discriminación específica, María ha lidiado con otras expresiones de la violencia machista. De pequeña, la situación en su casa tampoco era fácil. “Fui una niña violada muchas veces. Éramos muy pobres: mi mamá lavaba para la calle, mi papá ganaba 111 pesos para mantenernos y yo, con 9 años, iba al campo a buscar leche para ayudar.

Los hombres se aprovechaban, me tocaban y me hacían cosas feas. Nunca lo dije por miedo, por seguir ayudando, porque había mucha necesidad. Dependía de mi madre, la amaba y necesitaba; fue mi amiga, madre, hermana, compañera, todo. Ella estaba enferma del corazón y yo vivía pendiente de no hacerle daño. Pensaba que, si le decía algo, la dañaría”.

El entorno familiar masculino era igualmente complejo. “A los 10 años, vi a mi papá tocando a una niña y lo boté de mi casa. Me paré delante de mi mamá y le dije: ‘si no lo botas a él, me voy yo’ y le conté lo que vi. Ella se separó, pero luego él volvió arrepentido, lloró mucho y ella me dijo: ‘es tu papá, yo no quiero otro hombre aquí’; entonces lo acepté.

“Tenía un hermano esquizofrénico y me daba golpes con toallas mojadas. Era mayor que yo y me daba en la cara, por donde me cogiera, hasta un día que no aguanté más, me reviré y le dije: ‘mátame o te mato’. Era demasiado el abuso. Hay gente que se destruye con eso, pero yo me hice más fuerte. Esperé a crecer y me defendí. Nunca más me volvió a tocar ninguno de ellos, porque vivía con cuatro hombres en mi casa; tres hermanos y mi papá.

Otro episodio difícil sobrevino cuando regresó de Checoslovaquia, empezó a trabajar en la textilera y un jefe la amenazó con sacarla de la plaza si no se acostaba con él. María se negó y dejó de ir. El director, preocupado por sus ausencias, supo lo que pasaba y salió a buscarla. “Se llamaba Angelito, no recuerdo su apellido; vino a mi casa y se lo agradezco con el alma. Me dijo: ‘usted va a trabajar de nuevo y Dios lo libre a él de volver a decirle algo; usted es mi mejor trabajadora’. Se molestó porque aquello era injusto. Pero al final no me sentí cómoda y me fui; el otro siempre trataba de marcarme con el trabajo”, recuerda.

¿Vivías ya con tu pareja, en tu casa?

Sí y nadie podía decir nada. “Esta es su casa y estás aquí, gústele a alguien o no”, decía mi mamá. Era radical en ese aspecto, muy buena madre, supo defenderme siendo una mujer que no estudió ni se preparó. La madre no se tiene que preparar, solo ser madre; dejarse llevar por el corazón y amar a sus hijos es lo importante. No tiene que ser psicóloga ni nada. Yo tenía una comunicación linda con ella.

¿Y has vivido situaciones de lesbofobia?

Muchas: pedradas en la calle, escándalos, de todo vivimos gays y lesbianas en Cuba, años atrás. Ahora caminamos por la calle y no pasa nada; quizá un comentario, una risita. Pero antes nos tiraban piedras; a mí me hincharon un tobillo con un seboruco que, de haberme dado en la cabeza, me hubiera matado. Pasaban los hombres en camiones a trabajar y gritaban, decían horrores,

daba vergüenza. Era despreciable, te abochornaban en los lugares, te obligaban a entrar a un cabaret con saya, con un hombre. Tenía que disfrazarme y buscarme un gay que me acompañara. ¡Qué estupidez, hasta qué punto llegó la sociedad a hacernos daño por gusto!

En todos lados hay lesbofobia, hasta en El Mejunje. Siempre hay gente que desprecia, de una manera u otra, dicen cosas, te echan para un lado porque eres mujer y mucho más a las lesbianas, porque esta es una sociedad muy patriarcal. Hasta los gays desprecian a las lesbianas, nos dicen asquerosas.

¿Cómo es tu carácter?

Muy fuerte, ese es mi problema. Digo las cosas como son y, si tengo la razón, voy hasta el fin. Soy violenta en ese aspecto, pero no le permito a un hombre que me soquete, ni soporto abusos de ningún tipo, ya aguanté bastantes. Ahora es palo a palo, lo siento. Pero también soy amor, cariño, apegada a mi familia, a mi pareja —a quien amo—, a mis amigas, a la gente que quiero y sé que están haciendo mucho por este país y por estas cosas de nosotras.

OTRA VIDA

Con la salida del trabajo, María volvió al banco del parque que tan bien la conocía hasta que, en 1991, el centro cultural El Mejunje le dio un nuevo giro a su existencia. Silverio ¹ había logrado abrir ese local después de luchar mucho por tenerlo. “Mi amor es El Mejunje, yo renací y crecí ahí. Trabajé tres años gratis y al tercero me hicieron el contrato de trabajadora fija, cobrando. Es como una isla en este país, el lugar donde todas las personas somos iguales. Allí la gente joven besa a los gays y a las lesbianas, se ríen y juegan”.

¿La militancia del Partido la obtuviste estando en El Mejunje?

Silverio me preguntó si quería pertenecer al Partido Comunista de Cuba. “¿Estás loco?”, le dije. “Soy lesbiana, practico la religión yoruba; me gustaría, soy revolucionaria, me crié con mi mamá que también lo fue, que pasó armas para el Escambray y nunca pidió un reconocimiento por eso; amo al Che, pero no sueño con eso, es imposible”, le expliqué. Él me propuso, escribí una autobiografía donde aclaré que soy religiosa y lesbiana, que no iba a dejar de serlo por el Partido y así me aceptaron. Soy la secretaria del núcleo del Partido en El

¹ RAMÓN SILVERIO ES ACTOR Y RECONOCIDA FIGURA DE LA CULTURA CUBANA, FUNDADOR Y DIRECTOR DE EL MEJUNJE, CENTRO SOCIAL Y CULTURAL DE LA CIUDAD DE SANTA CLARA, A UNOS 270 KILÓMETROS DE LA HABANA Y UNO DE LOS PRIMEROS PROYECTOS QUE SE PROPUSO TRABAJAR POR LA INCLUSIÓN DE LAS PERSONAS, SIN DISTINCIÓN DE SEXO, ORIENTACIÓN SEXUAL, IDENTIDAD DE GÉNERO, EDAD, GUSTOS CULTURALES U OTROS.

Mejunje y el Guiñol y todos mis compañeros me entienden, hablar sobre homosexualidad y lesbianismo es para ellos normal. Dicen: "hay que respetarlos y darles sus derechos". Esos viejecitos están "escapaos", a veces son mayores y te entienden más fácil. Son más comprensivos porque no tienen miedo, están definidos, saben que han creado cosas lindas para este país. Cuando ves a una persona con ese odio hacia los homosexuales es porque no está segura de sí, o porque no es nadie y quiere sobresalir.

¿Cuándo y cómo te vinculas al activismo?

Empecé tarde. Del Cenesex (Centro Nacional de Educación Sexual) vino una compañera y habló conmigo para crear una red de mujeres lesbianas, pero no lo tomé muy en serio, no me interesé. Después, a los muchos años, apareció una muchacha en mi casa, era softbolista y la estaban echando a un lado por lesbiana. Le indicaron que fuera al Cenesex y regresó también con la idea de la red. Le dije: "busca a las muchachas y yo monto la red". Así surgió "Labrys", hace cinco años. Le fuimos dando forma, hicimos un logotipo, buscamos el nombre adecuado y aquí estamos trabajando.

"Labrys" tiene una peña en El Mejunje donde hablamos sobre salud, de cómo las mujeres se tienen que cuidar, las infecciones de transmisión sexual de las que hay que protegerse. Hablo del Cenesex, socializo información de los talleres. No estamos sentadas, sin hacer nada; pero a veces no dan el espacio y lo utilizan para algún espectáculo gay. La jornada se llama "contra la homofobia y la transfobia", la lesbofobia se fue del parque porque no le interesa a nadie.

Nos cuesta más trabajo todo ¿En qué hemos avanzado? Hablamos, decimos, pedimos, pero ¿qué hemos visto como resultado? No hemos dado un paso adelante, ni medio. De "Labrys" se han ido un montón de muchachitas, ¿qué activismo estamos haciendo? A veces ni nos mencionan. Lo bueno son los talleres de capacitación, donde tanto se aprende.

¿Por qué las lesbianas son menos visibles entre las redes de activismo?

No hay un solo plegable de mujeres; afiches, solo los de las dos tacitas y los dos blúmeres. ¿Por qué no hacen otros con dos mujeres de la mano, dándose un beso, donde se vea que se quieren, se gustan, por qué no? No he visto todavía un plegable sobre salud para nosotras, solo el que estoy haciendo para "Labrys". ¿Dónde están los libros, los estudios de los médicos? La mujer lesbiana no existe, no entiendo por qué no publican cada año un artículo en la revista Sexología y Sociedad, para que la mujer lesbiana se pueda interesar. La visibilidad es necesaria para que la mujer lesbiana que está en el clóset comprenda que no comete ningún pecado, que lo que siente es normal; para ayudar a que la familia y la sociedad lo entiendan también. Es importante hacernos visibles

para que la vida se nos haga un poquito mejor, un poquito igual a la de todo el mundo.

¿Las muchachas de la red hacen espectáculos de transformismo?

Ya se han quitado todas, por eso mismo, porque hay dinero para pagarles a los transformistas gay, pero a las transformistas lesbianas no. Te estoy diciendo que todavía hay muchas cosas que hacer y si no eres fuerte...

¿Cuáles son las demandas de las lesbianas en la red de Santa Clara?

Las mismas de todo el país: más atención, que nos ayuden a hacer el trabajo, a tener más posibilidades. No hay lugares donde reunirnos, sentarnos a conversar, compartir serenamente, darnos un beso y reírnos. Tenemos muchas necesidades, sobre todo de que se hagan campañas. Necesitamos derechos.

¿Viven discriminación laboral?

Claro. Creo que a los gays les dan más rápido un trabajo que a nosotras. Las mujeres lesbianas y las trans tenemos ese problema, es muy difícil que nos den trabajo por nuestra apariencia, que cuenta mucho para el trabajo, para tratarte, saludarte; hay mucho irrespeto. En el grupo una muchacha necesita trabajar y le pedí a la Mora averiguar en la florería si había plaza. Le dijeron: "sí, ven cuando quieras". La muchacha fue, pero se dieron cuenta de que es lesbiana y le dijeron que no hay plaza y se acabó. A la Mora sí se la iban a dar porque no se le ve.

¿En relación con la salud, has tenido dificultades?

No he tenido problemas ni he sentido que un médico me haya despreciado o atendido mal. Soy una paciente de oncología, con problemas de tiroides, diabetes y nunca he sentido que un médico o una enfermera me haya maltratado. Al contrario, hasta en un hospital militar estuve grave y me atendían con amor.

¿Qué piensas sobre el matrimonio, la adopción, la fecundación asistida?

El matrimonio es importante para las mujeres lesbianas. Yo misma, el día que me muera, ¿cómo dejo a la Mora? Después de tantos años juntas y tanto tiempo de amor, la dejo desamparada: ella no obtendría ningún retiro, no tiene derecho a nada mío. Puede llegar la familia y decir: "esto es mío y para ella nada". Así pasa. Ella debe tener derecho sobre mis cosas, por lo menos las que yo le quiera dar: mi retiro, parte de lo poco que tengo. Por eso me gustaría casarme con ella.

¿Alguna vez quisiste tener hijos?

Estuve embarazada a los 19 años y lo perdí, creo que fue bueno para mí porque no sentía la necesidad de la maternidad; tenía necesidad de paternidad. Soy lesbiana; dentro de mí hay un hombre, pero soy una mujer, no quiero dejar de serlo tampoco. Si vuelvo a nacer quiero ser mujer de nuevo, aunque vuelva a tener un hombre por dentro.

Hay lesbianas con necesidad de tener niños, de ser madres también. No es mi caso, pero el de otras sí; deberían darles el derecho a que adopten o tengan sus niños ¿Es imposible eso? A la persona hay que medirla por su comportamiento, no por su vida sexual.

¿Y los hijos de tu pareja?

Son mis niños: los atiendo, los cuido, reunimos el dinerito y les compramos las cositas, son dos varones. Los fines de semana viven conmigo. El más chiquito viene más, es un niño con retraso, con problemas de agresividad a sí mismo. Tiene 13 añitos, es muy generoso.

¿Vives sola con la Mora?

Vivo con mi hermano, el mayor, que tiene 73 años y jamás se le ocurre hablarme de ese tema. Llevo siete años con mi pareja. La Mora tiene su casita, pero duerme todas las noches conmigo. Recuerdo una sola vez que, sentados a la mesa, mi hermano me dijo: "las personas, para ser lo que son, no tienen que aparentarlo". Le respondí: "todo el mundo no piensa igual" y más nunca se tocó ese tema. Al contrario, cuando no la ve, dice: "¿y la Mora?, ¿y qué milagro que no ha venido?". Todo normal, integrado a la familia.

¿Entre las propias mujeres lesbianas hay autocensura?

Cuesta mucho ejercer el activismo porque estamos muy estigmatizadas. Se supone que la mujer es de la casa, la familia, de atender a los hijos. Y cuando una mujer no es así, arde Troya.

¿Se aprende a identificar violencia entre parejas de mujeres?

Sí, en los talleres se aprende. Cuando fui joven tuve parejas a las que maltraté, las hice ser sumisas a mí porque yo cumplía un rol de hombre, patriarcal, el que nos han impuesto desde que nacemos y que aún se impone; algún día cambiará. A mí me han servido mucho los talleres para eso. Aprendí que tan mujer que soy y lesbiana, cómo voy a maltratar a una mujer, si yo creo que el amor más lindo que hay es entre dos mujeres. Nos tenemos que querer nosotras mismas, ya que no nos quiere la sociedad, ¿cómo nos vamos a maltratar, abusar una de la otra, con maltrato psicológico, con golpes...? Ahora comprendo los errores que cometí.

¿Qué esperas de esta historia que cuentas?

Me gustaría que este libro sirviera a muchas mujeres que todavía tienen miedo a salir del clóset y hacer su vida. Cada ser humano tiene el derecho de ser libre y vivir como quiera. Que salga, tenga su pareja, viva feliz, trabaje en su sociedad, en su país.

¿Y tú cómo vives tu condición de mujer lesbiana?

Tengo mucho sufrimiento dentro, pero estoy plena porque soy libre. Ser lesbiana no es un pecado, eso es una mentira de la iglesia. Si Dios es amor y ama a todo el mundo por igual, lo acepta como es. Ahora nadie me puede estigmatizar ni decir nada. No me pueden marcar. Soy libre dentro de mí, no tengo miedo.

En el camino de la coherencia

Elaine Saralegui, *pastora*



Por Lirians Gordillo Piña / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Elaine Saralegui (Matanzas, 1977) creció en una familia atea y, como ella misma asegura, esa fue la primera de sus salidas del clóset. Desde entonces ha abierto muchas puertas como mujer de fe, lesbiana, activista por los derechos de las personas LGBTIQ (lesbianas, gays, bisexuales, transgénero, intersexuales y queers), pastora y fundadora de la Iglesia de la Comunidad Metropolitana (ICM) en Cuba.

¿Qué recuerdas de tu salida del clóset?

La gente dice: "Hay un evento en que recuerdo mi salida del clóset"; pero yo siento que, en sociedades heterosexistas, una está saliendo del clóset todo el tiempo. Y eso tienes que hacerlo de manera muy consciente y crítica, más cuando haces activismo.

Recuerdo la primera vez que dije: “Yo soy lesbiana”, aunque a mí no me gustan las etiquetas, porque para mí la sexualidad es fluida. Y decir “soy lesbiana” es adoptar también una manera de vivir de acuerdo a una etiqueta de cómo la sociedad entiende o cómo las mismas mujeres lesbianas se entienden en su comunidad. A mí me gusta salirme de todo eso y romper esos esquemas; por lo tanto, solamente lo digo en el momento en que estoy haciendo activismo. Cuando no, mi propia vida habla.

Pero bueno, recuerdo que estábamos en un evento, debe haber sido en 2013, quizás 2012. Se habían reunido pastoras, estudiantes del seminario y líderes religiosos; muchos éramos gays y lesbianas que todavía no habíamos salido del clóset en nuestras comunidades. Y, por supuesto, todos éramos amigos y amigas; habíamos estudiado juntos, teníamos contactos de trabajo en el mundo ecuménico. Recuerdo que esa fue la primera vez que, ante mi grupo de amistades, y a mí misma, sobre todo, dije: “yo soy lesbiana”. Y recuerdo que lo dije muy bajito. Cuando una dice eso, está hablando en un tono de voz y de pronto eso lo dice bajito. Esa fue la primera vez.

A partir de ahí, como que sales y te vuelves a meter en el clóset. O sea, sales dentro de tu grupo, donde te sientes bien, y después, en el momento de estar ante la familia, vuelves y te metes en el clóset; en el momento de estar en el seminario, una vuelve y se mete; en el mundo social, una vuelve y se mete, y una está constantemente en esa salida y entrada.

Recuerdo que, en ese momento, una gran amiga de la infancia, que era la esposa del pastor de la iglesia, quería hacer un grupo en la iglesia de personas gays, lesbianas y bisexuales. Un grupo que gestó lo que hoy sería la ICM. Ella me propuso que coordináramos el grupo, pero yo no estaba preparada para asumir mi identidad delante de la comunidad. Porque hacer ese grupo era visibilizarme; aunque la gente siempre sabe, no habla del tema. Recuerdo que el primer sábado no fui, no fue nadie, y ella se quedó sola esperando.

¿Qué te ayudó en este proceso?

Una vez que empezamos el grupo, comencé a tener un liderazgo en estas cuestiones y a conocer más sobre activismo, sobre la necesidad de tomar conciencia de que la sexualidad no está en la vida privada, sino que está en la vida pública, que es donde se discuten las normas sociales que luego te rigen a ti como ser humano. Ser coherente con mi vida y consciente de que yo era una persona en quien las demás tenían la mirada, me dio más fuerzas para, en todo momento, críticamente, decir: “tengo que ser consciente de quién soy y vivirlo con orgullo, porque si yo le digo a otros que hay que vivirlo así, yo tengo que ser coherente con eso también”. Eso fue lo que más me ayudó.

¿Influyó tu formación teológica?

Quizás no tanto mi formación teológica como mi formación en cuestiones de activismo. El activismo en este mundo religioso tiene que ser más fuerte, más visible; tienes que ser más contundente con tus palabras, con tus acciones, porque estás derribando muros mucho más altos que el social. Son muros religiosos, barreras religiosas que, además, están bien estructuradas en un libro sagrado.

¿Qué importancia das a las redes de apoyo en esos momentos?

La comunidad de apoyo es el lugar donde puedes ser tú realmente. Una se está poniendo siempre ropajes en su vida cotidiana, en su vida social, y se comporta de acuerdo al lugar donde esté, muchas veces porque peligra su integridad psicológica y física.

Mi vida, mi salida y mi proceso con mi familia, con la sociedad, con las personas que me rodean pueden alumbrar las salidas de otras personas que viven con mucho miedo. Siempre digo que a las personas de la comunidad LGBT la sociedad las convierte en histéricas y neuróticas porque están todo el tiempo cambiando en sus casas, frente a sus familiares, en el trabajo, incluso delante de amigos, para poderse proteger y no recibir bullying o rechazo. Imagínate que tú tengas que estar todo el tiempo pensando en las palabras correctas para no ser descubierta. Hay personas que han sido agredidas físicamente en las calles, por su orientación sexual.

Los grupos de apoyo en las comunidades religiosas son diferentes, porque siempre hay un rechazo más recrudescido, tienes que hacer una deconstrucción teológica y hermenéutica de los textos bíblicos.

¿Cuánto afecta la lesbofobia interiorizada?

La mujer lesbiana se construye, primeramente, como una trasgresora, como una mujer machorra, camiona, tuerca, que generalmente debe vestirse como un hombre, y quizás eso de alguna manera haya sido un tabú para algunas mujeres que tienen miedo de que las cataloguen de esa forma. Y de ahí surge esa lesbofobia y ese rechazo a estas mujeres trasgresoras.

Igualmente, hay mujeres lesbianas repitiendo los estereotipos masculinos respecto a cómo se están relacionando afectivamente con sus parejas. El machismo y el patriarcado los están llevando a su vida y a sus relaciones. Por ejemplo: relaciones en las que siempre tiene que haber una activa y una pasiva, donde la activa es la proveedora del hogar o la familia e implica además el uso de la violencia. La otra se viste muy femenino, tiene que usar tacones, maquillarse mucho, tiene que ser "salsosa", buena en la cama. Ahora mismo hay ciertas mujeres lesbianas que se están comportando de esa manera, que no están

trasgrediendo el género, sino que se están ubicando en lo que la sociedad ha construido como el género masculino. Otras mujeres, lesbianas, no están viendo el género de esta manera binaria, dual.

¿Por qué sucede esto?

Es más fácil. Además, recibes menos rechazo y te estás ubicando en un grupo de poder. Asumir el poder masculino da ciertas comodidades sociales: voy a ser respetada, tener los privilegios que recibe el varón en la sociedad. Pero para tener esos privilegios tienes que usurparlos de otra persona, o pisotear los privilegios de otras personas.

Es una necesidad de ser ubicada. Eso pasa con las trans, que luego de ser operadas, ya no se consideran trans, sino mujeres. Pero con todo el estereotipo que conlleva ser una mujer para que la vista de la sociedad no esté sobre ellas y pasar desapercibidas. En el caso de las mujeres lesbianas es por una cuestión de poder.

¿Cuáles crees que sean los asuntos no saldados para las mujeres lesbianas y bisexuales hoy día?

Quizás lo que pueda ser para mí una deuda no tiene que serlo para otras personas. Uno de los asuntos es cómo se está viendo la sexualidad en la familia.

Hoy, normalmente, las personas creen que la familia son dos personas con descendencia. Pero las personas LGBTI, como han vivido en la periferia, han creado sus propios espacios y normas. Hay muchas personas trasgrediendo las reglas sociales. Hay quienes quieren casarse, aunque yo pienso que la cuestión del matrimonio, de alguna manera, hace que se sostengan ciertas reglas morales y éticas de cómo la sociedad, y sobre todo la familia, debe relacionarse. Hay personas que no entienden el matrimonio, no lo quieren y desean trasgredir precisamente eso. Hay mujeres lesbianas que no necesitan o no quieren tener descendencia y otras sí. Pero los derechos tienen que estar para todo el mundo.

Otra cuestión es el desconocimiento que hay en la salud pública en cuanto a las necesidades de las mujeres lesbianas, sus padecimientos, su manera de tener orgasmos, relaciones homoeróticas, homoafectivas. Me pregunto: ¿cómo se enferma la mujer lesbiana?, ¿qué enfermedades puede contraer?, ¿cómo puede protegerse?, ¿cómo adquiere el VIH?... hay un vacío en todo esto. Es un poco complicado, porque también hay personas trans que son lesbianas. Y el vacío es aún mayor.

La reproducción asistida es un derecho que las mujeres lesbianas están demandando, sobre todo las nuevas generaciones. Las que quieren tener descendencia buscan maneras de hacerlo. En medio de la desesperación y por no tener un sistema de salud que les garantice la maternidad, acuden a fertilizaciones

por su cuenta. A veces buscando a un amigo gay o un hombre que no quiera involucrarse con ese niño. Entonces, estamos en riesgo de contraer cualquier enfermedad o infección, incluso rompiendo la ley, porque la salud pública no nos garantiza este derecho.

Está de igual forma la cuestión de romper o trasgredir el género. Eres una persona transgénero cuando rompes con la definición de mujer y las funciones que socialmente se le atribuyen: darle placer a un hombre, vestirse de cierta manera, comportarte de cierta manera y, además, tener descendencia.

Hablar contigo, como me pasó con Raquel Suárez¹, es conversar con una mujer que tiene una misión.

Raquel es mi mejor amiga. Para nosotras, que somos personas de fe, nada es fortuito. Estoy convencida de que Dios nos llama a una misión determinada. Por ejemplo, yo siempre dije que quería ser la piedra en el zapato del pastor. Dios de alguna manera me llamó, estoy convencida de eso, aunque soy una cristiana rara, no soy fanática; pero siempre veo las señales de Dios en mi camino, como yo entiendo a Dios.

Recuerdo que había terminado mi carrera en el Seminario Evangélico de Teología (SET) en Matanzas, estaba en la maestría y teníamos el grupo ABC² sólido. Me di cuenta de que nuestro grupo no iba a tener un pastor o una pastora que estuviera con ellos todos el tiempo y me dije que esa era mi misión. Ahí decidí ser pastora.

Pienso que he tenido mayores libertades y oportunidades porque no provengo de una familia cristiana; por lo tanto, he sido trasgresora en mi familia atea y comunista, donde no entienden estas cuestiones. Esa también fue una salida del clóset. No fui criada en la iglesia; yo llegué a la iglesia de una manera crítica y eso ayudó mucho en mi formación.

Después de haber tenido contacto con el Centro Memorial Dr. Martin Luther King (CMMLK) es que vengo a tener un ministerio en la iglesia. El Luther King fue mi primera escuela. Eso me ayudó muchísimo. Luego entro al seminario, ya con todo este background, y entonces llegó el activismo de una manera súper casual a mi vida –bueno, casual no, Dios lo puso en mi camino. Dios va poniendo las piezas y la vida se encarga de colocarlas en su lugar en los momentos precisos. Y yo aparecí en ese momento. No es mi trabajo, es el trabajo de muchas otras personas; lo que aparecí cuando ya todo estaba más consolidado.

¹ RAQUEL SUÁREZ, PASTORA DE LA IGLESIA EBENEZER, EN MARIANAO, LA HABANA, ENTREVISTADA TAMBIÉN PARA ESTE LIBRO EN LA PÁGINA 34.

² EL PROYECTO ABRIENDO BRECHAS DE COLORES (ABC) TRABAJA A FAVOR DE LOS DERECHOS DE LAS PERSONAS TRANSGÉNERO Y HOMOSEXUALES EN EL ÁMBITO RELIGIOSO. SURGIDA EN LA PROVINCIA DE MATANZAS, LA INICIATIVA REÚNE ACTIVISTAS Y PERSONAS DE FE EN PROYECTOS ECUMÉNICOS Y SOCIOCULTURALES.

¿Cómo se posiciona ICM en el ámbito religioso y cómo ves su estado? ¿Qué retos te ha traído?

ICM se constituyó por una necesidad, a partir del activismo. Nos dimos cuenta de que en algunas iglesias, que hasta el momento se llamaban inclusivas, no había una real apertura. Tú entrabas, pero “de eso no se habla, eso no se dice, eso no se toca”.

En un inicio éramos un grupo muy diverso, con personas de otras religiones y ateos. No pensábamos hacer una denominación en Cuba, pero como nuestros proyectos eran muy grandes, necesitábamos una denominación que avalara nuestro trabajo. Y sabíamos que en nuestras comunidades el paso iba a ser más lento. Buscándonos muchos problemas, quizás en 10 años podríamos romper con todas las barreras y hubiera funcionado, pero no podíamos esperar tanto tiempo, porque había un montón de gente que necesitaba un aquí y ahora; sobre todo la comunidad trans, que primeramente trasgrede desde la visualidad. Por eso decidimos hacer ICM, para dar apoyo a estas personas excluidas en el ámbito religioso que lo necesitaban.

Desde un inicio quisimos hacer una iglesia realmente trasgresora, donde todas las personas pudieran llegar con sus identidades y no tuvieran que esconder nada. Queríamos que pudieran venir personas de otras religiones y que miembros de nuestra iglesia puedan ir a otra iglesia.

¿Problemas? Nos hemos buscado muchísimos. Lo bueno es que empezamos todo esto siendo, la mayoría, líderes ecuménicos. Llevábamos tiempo en la iglesia y eso nos ayudó mucho, nos abrió puertas, incluso individualmente. Pero a la par se nos han cerrado muchas otras. Hemos tocado puertas a iglesias supuestamente abiertas y hemos tenido problemas, a pesar de aparentar ser inclusivas.

Ustedes han tratado de unir fe, religión y sociedad. ¿Por qué crees importante romper estas barreras?

Primeramente, la barrera en nuestro país ha existido y existe producto de la cuestión del marxismo y de cómo se ha visto la religión, que yo digo que necesariamente no ha sido malo, porque gracias a eso la iglesia no está en las agendas públicas decidiendo cuestiones como el aborto, por ejemplo. En ese momento fue necesario hacerlo, en el contexto latinoamericano de los años 50 y 70 del siglo pasado, en plena Guerra Fría. Pero ahora hay un problema, porque la gente de las iglesias, como sociedad, necesitamos igualmente ser escuchados. Y en esta relación hay que tener ciertos pares, porque si no, la iglesia fundamentalista se va a meter en las decisiones y en los diálogos públicos, y eso es muy peligroso. El fundamentalismo religioso es muy peligroso.

Por otra parte, en cuestiones de sexualidad ha sido el cristianismo occidental el que ha validado toda la moral y cómo la sociedad ha entendido

la sexualidad. Aunque tú seas atea y tu gobierno laico, se mantiene ese colonialismo de la religión a nivel cultural. Por ejemplo, "contra natura" es un término religioso, al menos sistematizado desde la religión. Las personas de fe estamos doblemente afectadas porque toda esta construcción que existe en la sociedad está avalada, además, en el texto bíblico.

¿Cuáles son tus proyectos de vida en los próximos cinco años?

Quiero tener familia, estoy pensando en tener un bebé. Apareció una persona en mi vida y vamos a tener un proyecto de maternidad juntas. De este año no debe pasar. Esto puede limitar mi misión de pastorado, muchas cuestiones de trabajo. Mi pareja dice que eso me va a cambiar el ritmo, pero no me va a limitar. Está el deseo de hacer ICM en otros lugares; por ahora no podemos por cuestiones tan sencillas como economía o que tenemos que poner un líder preparado en cuestiones pastorales, de sexualidad y de activismo. En cinco años no visualizo tanta expansión de ICM en el país, que ojalá se pudiera, aunque pudiéramos tener un mayor reconocimiento, una personalidad jurídica, iglesias –la gente necesita lugares donde reunirse y no los tenemos-. Tenemos sueños con la comunidad transgénero, con la comunidad LGBT, con la familia, con las mujeres violentadas y niños violentados, con ancianos. Veo nuestro trabajo enfocado a la educación de todo el mundo. Que a nuestras comunidades vengan todo tipo de personas, no solo LGBTI. Así me veo en cinco años. Con los proyectos y mi vida más estables.

¿Cómo confluyen tu trabajo y tu vida privada?

Es muy difícil mantener la línea entre el espacio privado y el espacio de trabajo, porque soy pastora; por lo tanto, te pueden tocar en cualquier momento la puerta. Trato de poner límite en cuanto a ciertos espacios; por ejemplo, las amistades. Cuando eres la pastora, casi siempre están esperando que seas la pastora de todo el mundo, incluso de tus amistades. Pero no puedes tener preferencias.

Aunque trato de romper con el estereotipo de pastora, es muy difícil. Si eres una pastora que vas a la discoteca, tomas y fumas, no eres una pastora tan respetable. Se trata de buscar el equilibrio y lograr respeto.

Si estamos tratando de cambiar las cosas y mantenemos un discurso, tenemos que ser coherentes en nuestra vida con ese discurso, en todo momento. Con la manera en que nos relacionamos, también; y la persona que te acompaña tiene que entenderte. La cuestión de fe no es un conflicto, porque a nuestra comunidad vienen personas ateas, de la comunidad budista o afrocubana. Pero sí lo es si mi pareja no comparte mis ideales

sociales, lo que yo defiendo. La persona que esté conmigo tiene que dormir conmigo y acompañarme en la lucha.

¿Cuál es tu virtud más útil y tu defecto más inoportuno?

El defecto mío es la intolerancia a ciertas cosas. Cuando se trata de cuestiones de justicia, de manipulación de Dios, soy intolerante. Creo que, a la vez, es una virtud también, en dependencia del momento, porque es lo que me ha ayudado a decir no ante cuestiones en que debería decir que sí. Y, cuando digo no, es no.

Otra virtud pudiera ser trabajar con alianzas. No podemos estar solos en la lucha. Hay otras muchas luchas que comulgan con la nuestra, aunque nuestros principios religiosos y de fe sean diferentes. Es una cuestión de principios, pero si quienes quieran aliarse no coinciden con nuestros principios, entonces no. Y ahí aparece de nuevo la intolerancia. Yo me doy cuenta de que, en mi caso, es algo visceral.

“Somos invisibles en la sociedad”

Mariana Gil Jiménez, *estudiante universitaria*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Carolina Vilches

Repartida en afectos y tiempos entre Cuba y España, Mariana Gil Jiménez vive las dinámicas de una familia binacional. Hija de una cubana y un español, ha radicado en los últimos años en la ciudad de Santa Clara, a más de 276 kilómetros de la capital cubana, donde cursa la licenciatura en Filología.

Ella tuvo muy claro, desde temprano, su homosexualidad, que emergió de la fantasía infantil. “Cuando tenía tres años, en España, una prima que también es lesbiana nos regaló dos películas: *Matilda*, sobre una niña que le gustaba leer y desarrollaba poderes imaginarios, esa me acercó al mundo de la lectura. Y *La princesa Mononoke*, que es un dibujo Manga. Sobre los seis años, no sé si tenía conocimiento o dominio de la palabra, pero le dije a mi hermana: ‘Yo creo que soy lesbiana porque me gusta Mononoke’. Fue algo rotundo, estaba convencida”, relata.

Algo que la marcó mucho fue su primera menstruación, a los 10 años de edad, que recuerda como caer de pronto en “la condición de femineidad”. “Fue algo muy brusco. Ese momento revertió completamente mi personalidad”, sostiene.

El contexto cubano también hacía su parte. “Me sentía muy mal. No digo que el machismo no exista en todas partes del mundo, porque sí existe; pero lo que vi aquí fue una hipérbolo. El hecho de que una tenía que usar uniforme, saya, y esos chiquillos, tan insoportables, hablando con vulgaridad de las cuestiones de sexo y no sé qué... era muy violento. A lo mejor si hubiera crecido en Cuba, lo vería normal, aunque estuviera en contra. También había otra cosa: la presión de la familia en Cuba. Por ejemplo, mi tía abuela me decía que cuándo iba a tener noviecito... ¿por qué, si a los 12 años todavía eres una niña?... y a los 15, también. ¿Por qué tienes que tener pareja?, si todavía ni siquiera sabes qué eres tú”.

Para Mariana Gil se trata de algo que va más allá de las cuestiones de género, incluso de orientación sexual. “Va de cómo se sexualiza la infancia y se rompe ese vínculo. Los niños tienen su ritmo y no se les puede violentar, no hay por qué quemar etapas. Con la educación de las niñas pasa también: esta niña con saya corta, que constantemente juguetea con los varones, la llamada ‘salsa’. Eran cosas que me chocaban mucho. Más allá de lo erótico, no me gustaba como cultura. Cada vez que me preguntaban por el novio, decía que estaba estudiando, que no tenía cabeza para eso, que tenía que hacer cosas más importantes”.

¿Cuándo te planteas con seriedad tu homosexualidad?

A los 15 años. Por dos motivos: uno, porque leí una novela muy fuerte para mi edad, Lolita ¹ y ese mismo verano leí la antología Nosotras dos ². Terminé el pre y fui a España ese verano, después de siete años sin ir. Cuando regresé, empecé la universidad. No sé por qué me hice la idea de que iba a tener que experimentar, por decirlo de alguna manera, con lo que hubiera en ese momento.

Era algo para lo que me había preparado. Y me vine a topa con una muchacha profesora, aquí en Santa Clara. Yo no sabía que ella había estado flirteando con mi hermana. La cuestión es que empezamos a coincidir mucho en los lugares y pensé que ella me servía para lanzarme. Lo único que hicimos fue besarnos, pero ese hecho fue la certeza de sentirme atraída por una mujer, de saber que esa posibilidad no me generaba asco ni nada. Supe que era una realidad.

¹ *LOLITA*, NOVELA DEL ESCRITOR DE ORIGEN RUSO VLADIMIR NABOKOV, PUBLICADA POR PRIMERA VEZ EN 1955, NARRA LA OBSESIÓN SEXUAL DE UN HOMBRE DE MEDIANA EDAD POR UNA NIÑA DE 12 AÑOS.

² *NOSOTRAS DOS*. ANTOLOGÍA HOMOEROTICA FEMENINA (EDICIONES UNIÓN, 2012) ES EL PRIMER VOLUMEN EDITADO EN CUBA QUE COMPILA NARRACIONES SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD Y EL HOMOEROTISMO FEMENINO.

Ese mismo día en que le di un beso, fue literalmente mi salida del clóset. Más tarde, con calma, le conté a mi madre. Ella no tiene un nivel cultural muy alto, pero mi madre las cosas simples las entiende y no le mete más cabeza. Fue como: “bueno, si ya una lo fue —por mi hermana—, esta también; no hay ningún problema”. Pero mi padre lo ha llevado muy mal. Él, que se supone era muy abierto y tal, pues no.

Para la próxima vez, me propuse estar más preparada y fue cuando me pasó algo en la Universidad. Una muchacha en el aula me decía que me parecía a una amiga suya. Un día me dijo que iba a mostrarme una foto. En el momento en que la vi, en que la conocí, me dije: “ella es lesbiana”. Y lo era. Estaba con un muchacho hacía dos años y no sabía cómo dejarlo; a medida que pasaba el tiempo se daba cuenta de que a ella yo le gustaba y viceversa. La cuestión es que con ella fue lo mismo, un beso y ya. Me empecé a alejar, porque no dejaba al novio. Ella siguió llamándome, enviándome mensajes, lo típico, pero yo no le contestaba, hasta que me envió un mensaje contándome que estaba empezando a tener algo con una muchacha. Un día fui a caminar con un amigo y, justo cuando llegamos al parque, ella estaba sentada con una muchacha. Qué dolor. Cómo lloré.

¿Cómo se tomaron tu salida del clóset en tu casa, a los 18? ¿Cómo lo viste?

En el caso de mi hermana, noté una fuerte rivalidad. Mi madre lo asumió bastante bien. Mi padre siempre presentó esa dualidad de sí, porque quiero demostrar que soy abierto.

A mi pareja actual la conocí a los 17 años. Ella es mi primera novia, con la que llevo ya un año. La conocí un día que fue a mi casa, que antes de ser un bar, era una especie de galería de arte y vendíamos libros. Tocaron la puerta y era ella preguntando por libros de Psicología. Esa misma semana o semanas después, volvió a pasar por ahí y nos saludamos. Recuerdo que mi padre me dijo: “es muy simpática”. Y fue la primera vez que dije: “yo quisiera una novia como ella”, porque la vi como una muchacha muy alegre, ansiosa por el conocimiento, muy desenfadada.

Pasó el tiempo y, cuando estaba en la Universidad, ella me dijo que me veía pasar. Nunca me di cuenta de que estaba enamorada de mí, ni yo de ella. Ella estaba con una persona en ese momento. Yo me sentía tan ofuscada con lo que había vivido, que estaba cerrada en cuanto a relaciones, bloqueada. No quería saber de novio, ni novia, ni nada.

Ella empezó a tener más confianza conmigo porque nos veíamos en la facultad. A veces me hablaba de su relación. Hasta que un día me dice que ella no era capaz de entender que una persona pudiera amar a más de una. Y yo, por

lo que había vivido, me sonaba mucho y me hice la que no había entendido. No le dije nada y lo dejé pasar. La veía como muy buena amiga, hasta cierto punto le tenía un cariño de hermana. Al final, pasó lo que tenía que pasar. Un domingo me estresé y fui a su casa, a hablar con ella, porque es psicóloga. La peor tarde de mi vida. Incómoda, con una sensación de que sobraba.

Esa tarde me tumbé en la cama y me quedé meditando en los motivos por los que me sentía tan mal, por qué me había sido tan difícil soportar que ella no me diera afecto. Entonces, una cosa fue llevando a la otra, hasta que me di cuenta de que sí me estaba gustando. A partir de ahí, la historia fue mucho más compleja.

Al día siguiente se disculpó conmigo y me confesó que yo le gustaba. Yo tenía una relación de amistad con las dos. No quería romper esa amistad, no quería romper su relación de pareja y como no había estado con nadie, no sabía hasta qué punto sería cierto o no. En fin, le dije que podíamos seguir siendo amigas.

Con el tiempo, ellas rompieron y nosotras empezamos una relación. Para mi padre, aceptar que tenía novia, que no le iba a dar nietos en el momento presente, fue un golpe muy duro. Tanto que ha pasado un año y todavía no lo traga. Este año ha sido muy difícil. Estoy yendo a un psicólogo, sobre todo para ver cómo ayudo a mi familia, viéndome a mí como individuo.

El día que comencé mi vida sexual, mi padre lo supo. Entonces él me dio un sermón de cómo en las relaciones de hoy las personas se acaban de conocer y ya se acuestan. Y tuve mis inseguridades, de si realmente lo había hecho bien, mal, rápido, lento...

Hoy vivimos juntas en su casa. Camino con ella de mano por Santa Clara y tengo muy claro que no estoy haciendo nada indebido delante de nadie, tengo muy clara mi posición. Lo mismo con el tema de los besos.

En casa siempre me están diciendo que si Mengano o Fulano vienen a contar que me estoy besando con mi novia... Pero si es la hija de otro con un chico, no es problema; dos chicas y de pronto es un escándalo. Mi padre, por esa parte, es muy prejuicioso.

Antes tenía una relación muy abierta y comunicativa con mi padre, y ahora ¿qué pasa? Esto me lo explicó el psicólogo: que ellos ahora se están dando cuenta de que no soy un ser manipulable, que no soy la hija que ellos querían, que soy quien soy. Y que, evidentemente, mi orientación sexual, mi carrera, como yo enfoque mi vida, con hijos o sin hijos, con gatos o sin gatos, aquí o en China... todo eso depende de mí. Y eso a ellos les choca mucho todavía.

¿Cómo percibes la cuestión de la mujer lesbiana en tu realidad y cómo lo vives tú?

Percibo que hay un coqueteo en cuanto a la libertad de expresión, o en cuanto a la libertad de información. Incluso, con lo que es la divulgación. No veo que

se consiga nada con las marchas de los 17 de mayo —y ya he ido a dos—, lo único que percibo es mucho ruido y pocas nueces. Es lo que veo: que en apariencia se dice que sí se puede uno manifestar, que hay un coqueteo con la tolerancia, pero no hay aceptación y tampoco visibilidad. ¿Cuántas parejas conozco yo que llevan años y no caminan dándose la mano o un beso? Con familias que se avergüenzan, con padres cultos que no aceptaron a sus hijas.

En España, a mi misma prima de 33 años, la madre no la acepta. Son cuestiones a nivel global. Pero se pueden empezar a modificar las cosas desde lugares. No se puede aspirar a un cambio total en días o algunos años, porque no es verdad. Eso no ocurre así, es progresivo. Tampoco creo que debamos palearlo. Siempre dicen: “la gente no está preparada para eso”. La gente no estaba preparada para una primera guerra mundial y luego vino una segunda. Seamos realistas. La gente muchas veces no está preparada para tener hijos, se quedan embarazados y lo enfrentan. No es cuestión de preparación. No hay nada que preparar. No estamos hablando de algo agresivo para la vida.

¿Crees que hay censura o autocensura?

De las dos. Censura por la familia, que pesa mucho. Los amigos, en nuestras edades sobre todo, que todavía somos jóvenes. Pesa mucho en la sociedad el tema del trabajo. De si eres estudiante o no. En mi facultad nadie nos saluda. Eso es terrible. En la facultad de mi pareja, muchos profesores no me conocen, pero me saludan. Mi claustro lo podéis quemar completo.

Mi hermana es un ejemplo clásico de autocensura. No tengo que ir muy lejos. Aparentemente, mi madre lo ha recibido bien en ambos casos. Mi padre, a su manera, lo ha asumido. Pero yo lo vivo muy diferente a como lo ha vivido mi hermana. Las actitudes son distintas. Parte del individuo. Tienes que ver también tu vida cómo la quieres llevar y saber cuál es tu derecho como ser humano, cuestiones básicas.

Yo tengo muy claro que cualquier expresión de amor es permitida, siempre y cuando no violente la privacidad ajena. Ese es el otro punto, uno tiene que cultivarse. Siempre hay que partir del respeto hacia los demás, pero hacia una misma también, que muchas veces nos olvidamos. Porque la autocensura es una falta de respeto hacia una misma. En ese momento buscas cualquier tipo de apoyo, ya sea a través de la lectura, del cine... buscas información. Cuando ya conoces las cosas, en la medida en que vas conociendo unas, vas investigando otras y eres consciente de tus deberes, como cualquier persona, cualquier ciudadano.

Y ese es el punto: romperás cualquier tipo de conflicto en cuanto a tu persona, porque sabrás que te estas conduciendo acorde a cómo te sientes. Sin

violentarte ni reprimirte. A la vez, no estás ofendiendo a nadie. Es imposible que estés ofendiendo a nadie.

Mi hermana considera que una mujer, si no tiene un hijo, está desperdiciada. Es el ejemplo más claro de machismo que yo puedo decirte en mi familia. Yo, con toda honestidad, soy una persona que no me siento segura pensando en tener un hijo. Aún estoy valorando mi vida y mis proyectos de vida, lo que quiero hacer, si en un futuro deseo enriquecer mi carrera con maestrías y doctorados, viajar... nosotras hablamos muchísimo y no nos apresuramos. Es esa posibilidad de dialéctica con la pareja y con uno. No todo es blanco y negro, hay una gama de grises.

Yo sí doy besos, ando de mano, me siento en el pasillo y la gente me mira como indigente. ¿Por qué uno tiene que cohibirse o negar cómo es? ¿Qué es lo que te hace titubear? ¿Qué es lo que piensan? ¿Cómo te conduces? Pienso que el ser humano ha perdido su esencia.

En cuanto al tema de visibilización, es mi proyecto de tesis. Siento que a mi carrera le falta la realidad, la veo por los aires, que ha perdido una conexión antropológica. El tema de mi tesis sería demostrar que en la literatura cubana de hoy lo que existe con el sujeto femenino subalterno lésbico es un tono eufemístico y no un tono de denuncia. Es de las pocas maneras en las que, desde mi carrera, puedo tratar un tema social, intentar modificar el contexto real en el que estoy viviendo. Por ejemplo, en la antología de la que les hablaba, notabas en algunos cuentos un cambio de tono. O sea, te dabas cuenta de que el autor escribía lento y pausado, intentando demostrarte algo, pero en el momento de mostrar una escena explícitamente homosexual o de un beso, me daba cuenta de que el tiempo se aceleraba. Te das cuenta de que el autor se estaba cohibiendo. Y se ve, entonces, la autocensura también en la literatura.

¿Te has insertado en el activismo en Santa Clara?

Me interesa, pero pienso que no hay mucho activismo. Puede sonar fuerte. Voy a decir algo que yo no he vivido, pero otras personas sí. Muchas personas de la red se están yendo porque no hay ningún cambio. El activismo tiene que fomentar el cambio. Supuestamente, tiene que ser arriesgado. Es la realidad.

¿Cómo crees que debe ser el activismo, qué hace falta?

Hace falta mucha sinceridad y espontaneidad. Ser cara dura. Para hacer activismo no se puede ser cohibido. En cuanto a los asuntos feministas, yo soy consciente de que no se trata de formar un matriarcado, porque evidentemente va a haber diferencias. Siempre que haya una supremacía, va a haber un sujeto subalterno y ese no es el objetivo. El objetivo es que haya un equilibrio. En cuestiones de LGBT eso es lo que hace falta. Y visibilizar a partir de cualquier medio.

Es necesario crear conciencia, pero ¿cómo se puede crear conciencia, si no se es visible, si no eres un medio accesible?

La solución no creo que esté en las pancartas, pero sí en algún tipo de movimiento. No se trata de esperar a que los medios vengan a nosotros, sino de irrumpir nosotros en los medios. Hasta donde yo sé, no tenemos espacios en los periódicos, en la radio... En la Casa de la Cultura, tampoco. Ni siquiera tenemos espacios en la Universidad, ni en las escuelas. Somos invisibles en la sociedad. La gente que necesita ayuda o que tenga inquietudes, que quiera acercarse o colaborar, de la orientación que sea, no debería tener ningún impedimento, porque es necesario que lo hagan. Solo a través de ese acercamiento, de ese intercambio, se irán desmitificando todos los prejuicios.

Sufrimos una doble subalternidad: ser mujer y lesbiana. Y si fuera negra, ya sería triple. En el caso de un hombre homosexual, solo necesita tener el derecho de vivir su vida sexual con otro hombre, pero las mujeres tienen que adquirir primero derechos como mujeres. Primero tienen que lograr esa igualdad, disponer de un derecho que es plenamente suyo, como las caricias en público; el derecho de expresarse.

En cuanto al activismo, a mí siempre me ha interesado, pero que yo sienta realmente que estoy haciendo algo. Para mí sería suficiente que se me acerque una sola niña con la cual yo pueda hablar, explicarle, ayudarla. Para mí, ya eso es suficiente.

Hay algo que me preocupa mucho y está pasando en estas últimas generaciones, en las cuales me incluyo, y es que hay una apatía general, un desinterés muy fuerte en cuanto a las cuestiones sociales. Olvídense de lo político, que ya es tan normal que todos quieran desligarse de eso, que ven la política como algo sucio, de lo que no quieren saber... pasa igual en la economía. Pero en cuestiones humanas, sociales, humanistas, hay un desinterés tan grande que me enfada, me indigna que personas de mi edad no se cuestionan nada serio respecto a la vida. Es esa preocupación humana, que seamos conscientes de que estamos rodeados de seres humanos.

Otro punto que quiero destacar. Hablo como una niña que fue, en su momento, católica. Lo que veo con la religión es un fanatismo muy fuerte. No sé si soy atea. Una de las cuestiones que me pregunto es por qué los muchachos de hoy día se ven involucrados en congregaciones religiosas, repitiendo dogmas, sin ser conscientes de lo que están diciendo. Para mí es muy chocante. Son tan radicales en su forma de pensar: para ellos es una ofensa ser cuestionados, pero sí se sienten en el derecho de cuestionarlo a uno.

Hay mucho flujo de información a nivel global por el tema de las redes sociales y demasiadas cosas se divulgan. Ya no hay vida privada. Esto hace que las personas se crean que saben mucho, pero no saben nada. Se creen que ya lo

saben todo y que ya no hay nada nuevo que decir o añadir. Todo es muy superficial, se habla por arribita, no se profundiza.

No podemos pensar solamente en lograr la aprobación del matrimonio y luego, ya, abajo las manos. Es una realidad. Pero también es una realidad que se necesitan incentivos, porque si uno está constantemente divulgando información, yendo por delante, enfrentando las circunstancias, la familia, la sociedad, con desconocidos, hacen falta algunos estímulos, que se vayan reconociendo algunos derechos, al menos paulatinamente.

“Lo normal no existe”

Mildred Ileana O’ Bourke, *periodista*



Por Terea de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Sara Más

Si una palabra la define, es que Mildred Ileana O’ Bourke es una persona empeñada. “Cuando me propongo algo, trato de hacerlo. Desde siempre, tal vez por el ego familiar, aprendí que las barreras hay que derrumbarlas o saltarlas; es lo que he hecho toda mi vida”, asegura esta mujer que no se hizo periodista por el camino más corto, sino por el de múltiples lances y aprendizajes. “Estudí mucho, hasta el otro día, y sigo estudiando. Pasé mucho trabajo para llegar a la carrera y fui caminando, con mucho esfuerzo”, sostiene Mildred, de 67 años y ya jubilada de la radio cubana, pero muy activa en las redes sociales, sobre todo en *Facebook*.

“Empecé a trabajar en una imprenta del Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR) del Partido, junto a personas maravillosas, de las que aprendí mucho sobre la vida. Para mí fue una escuela. Por las noches me iba al periódico *Trabajadores* a aprender la corrección de prensa, lo que me

permitió después pasar a la Industria Básica como correctora y empezar a estudiar Periodismo, en 1979". Así comenzó la carrera universitaria, con 27 años, en el curso para trabajadores, y luego llegó a la COCO, la emisora de radio capitalina donde trascurrió el resto de su vida profesional.

¿De dónde eres, dónde naciste?

Soy de un pueblito que se llama Guaro, entre Cueto y Mayarí, por la ruta del Chan Chan, en Holguín. Era como un pueblo cowboy. Ahí estaba la compañía de los estadounidenses, la United Fruit Sugar Company, y era un pueblo que tenía vida, clubes a donde iban las mejores orquestas. Ahí estudié hasta sexto grado y mi madre fue mi primera maestra. Después hice la secundaria en Mayarí, cogiendo "botella" en la carretera, hasta que decidimos venir a esta casa en La Habana, que era de nuestra familia. La construyó la arquitecta Silvia O'Bourke, prima hermana de mi papá. Mi procedencia no es de una familia pobre, pero sí de personas sencillas, de unos padres que me enseñaron educación y valores. Éramos cuatro hermanos: el menor se graduó de físico-nuclear, pero murió a los 28 años. Mi hermana mayor fue la única que no quiso estudiar nada; la segunda es médico y vive en los Estados Unidos con mis dos únicos sobrinos; yo soy la tercera.

¿La cubana es una sociedad homofóbica y, en particular, lesbofóbica?

No puedo decir que con el grado de violencia de otras sociedades, pero sí hay homofobia, muy profundo, muy por debajo a veces se percibe esa sensación. Si digo públicamente que soy lesbiana, siento que me observan para ver cómo me comporto. Hay reacciones y no solo hacia las lesbianas; lo veo hacia las personas trans, que es peor, porque se ven las expresiones en la calle. No es como hace una década atrás, creo que se van haciendo los cambios necesarios, poco a poco. Pero se mantiene, sobre todo, en una población ya envejecida, a la que de alguna manera le cuesta trabajo romper con eso. Las personas jóvenes tienen otros niveles de pensamiento. Puede ser que, inclusive, mantengan esas opiniones, pero son más receptivas, lo cogen suave. En el fondo, a lo mejor, su propio medio les haya enseñado que eso es malo.

¿Has vivido discriminación por ser lesbiana?

No directamente; quizás por mi manera de ser, porque no me oculté; quizás porque mi medio familiar no me fue adverso, salvo mi hermana mayor quien, lastimosamente —que en paz descanse—, me hizo mucho fuego con ese tema. Lo simpático es que se hacía amiga de mis parejas. Era contradictorio. Mi madre era una mujer virtuosa, con una gran inteligencia, y nunca se entrometió en la vida de sus hijos, ni permitía que un hijo le hablara mal del otro.

Yo entré en esta casa con una muchacha de la mano; les dije a mis padres que de ese momento en adelante ella iba a vivir con nosotros porque su hermano la había botado de la casa y ya. Vivió ocho años aquí. ¿Qué madre no va a saber, además de que vio cosas que eran de pareja? Pero mi mamá nunca me lo prohibió. En mi casa conviví con mis parejas: una durante ocho años; otra, cinco años. Después tuve una pareja nueve años, hasta que falleció, y por último una pareja virtual, que lo disfruté y también lo sufrí, como todos los amores.

Hablas de una familia atípica, para la media. ¿Qué implica para una persona homosexual contar con el respaldo de su familia?

Mi madre sabía. Conocía a todos sus hijos. Sabía quién era yo —eso es importante— y sabía que no quería perder a ningún hijo. La vida, desgraciadamente, la golpeó. Y sabía —no iba a ser el caso— que si entraba en un problema de enfrentamiento conmigo, yo recogía y me iba. Ella lo sabía perfectamente. Conocía a todos sus hijos al dedillo y nos enseñaron a tener decisiones, a enfrentarnos. Ya te digo, no tuve oposición, excepto con mi hermana mayor, que fue un caso atípico también entre mis hermanos. Lamentablemente, me quedé sin hermanos. Tuve que asumir mi casa, mi familia, todo, sola.

Que la familia te apoye te da una tranquilidad laboral, espiritual. Yo viajaba mucho en ese tiempo y mis parejas se quedaban. Sabían que mi madre y mi padre estaban por encima de todo. Que si había un bocadito, había que partirlo en cuatro y que si había una pizza, igual. Y yo era así con sus familias. Tanto, que ninguna familia me ha olvidado nunca. Eso es elemental.

Además, no concibo a una madre que, por tener un hijo homosexual, lo bote de la casa. Yo puedo entender que haya reglas, pero cuando traes un hijo al mundo, lo tienes que traer con todos los derechos.

Mi mamá era religiosa y, hasta cierto punto, de chiquita, trató de obligarme a ir a la iglesia, pero yo me escapaba para la matiné. Entonces llegó un momento en que ella entendió que sus hijos tenían que decidir si eran ateos o creyentes, o lo que fuera.

No concibo que haya padres que maltraten a sus hijos e hijas porque son lesbianas o gays. Mientras sepas llevar tu relación con respeto hacia los demás, todo está bien. Tienes que respetar el medio donde estás. Si te empiezas a dar golpes con tu pareja, a fajarte, les faltas el respeto a tus padres, a tu familia y a todo el mundo, ¿a dónde vas a parar?. Yo en mi casa no lo permito.

¿Percibes una discriminación diferente hacia las mujeres lesbianas respecto a los hombres homosexuales?

Creo que los hombres son más sufridos que la mujer, amén de los estudios. Generalmente los hombres heterosexuales tienen más tolerancia con las mujeres lesbianas, se sienten menos amenazados.

Personalmente no la he vivido. He sentido cosas por debajo. Como que tú sabes que la persona te está dando un tratamiento diferente, que tiene cierta aprehensión. Por ejemplo, cuando empecé los ejercicios sabía que muchas personas –que me conocen-, cuando diera la espalda, iban a decir “ella es tortillera” y así fue. Inmediatamente lo percibí, pero no le hice caso a eso, me comporté normal, llegué riéndome. Había alumnas que, cuando les tocaba que yo les hiciera masaje, se quitaban. Eso sí se manifiesta.

También es importante cómo te expresas. A veces tengo que ponerle carácter a alguien en el barrio. En las redes sociales me han dicho tortillera algunas veces. Y yo siempre digo: “tortilleras son las que hacen tortilla. Yo soy mujer orgullosamente lesbiana; si no te gusta, sal de aquí”. Porque te quieren ofender y eso no puede ser. Sí creo que hay un poco más de intolerancia.

Casi todas mis amigas son heterosexuales y saben que conmigo no hay maldad. Una no piensa solo en sexo, únicamente en los momentos en que se da. Por ejemplo, si pienso en mi pareja, la que falleció, ¿qué me iba a imaginar yo que, después de 20 años, siendo mi amiga, esa amistad se iba a transformar en una relación? Y pasó. De todas maneras, hay discriminación.

¿Te consideras activista?

Sí lo soy. Tengo un concepto propio del activismo, por tanto hubo dos razones por las cuales dejé aquel primer grupo de mujeres lesbianas del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex). La primera, porque mi mamá me exigía muchas horas de cuidado en los momentos que había que ir al Cenesex y porque me espanté mucho por cosas que oía, además de que les caí mal a algunas.

Cuando llego a un lugar, me doy cuenta de que soy un poco aplastante; claro que yo me manifiesto y hubo algunas que me empezaron a mirar de reojo. Porque sí lo dije muy claro: “Yo no entiendo que el principal planteamiento de una lesbiana sea que nos busquen un club para nosotras ir”. Entonces, empecé a ver tendencias y yo no fui allí para eso, ni a buscar pareja, ni a meterme en grupos. Eso me decepcionó mucho y me fui para HxD (Humanidad por la Diversidad). Estaba insatisfecha, cansada de ir a encerrarme en un cuarto con el supuesto de que nos estábamos superando, pero ¿para cuándo? Entiendo el activismo de otra manera: lo veo como ir al parque de 12, donde hay un montón de viejas, para hablarles, ... pero nada. Ahí se formó otra vez la incisión: grupito por acá y por allá. Mi vida ha estado ligada a eso. Yo empecé un perfil para hacer activismo. Le dije al del Partido, cuando me pusieron internet, que iba a hacer un blog de lesbianas. Me dijo: “hazlo”.

¿Cómo crees que han tratado los medios estos temas?

¿En Cuba? No creo que bien. Primero, vuelven a aflorar las tendencias y pienso que debe haber capacidad para que cada quien se exprese donde quiera.

Lo que pasa con estas cosas es que, ahora mismo, con el tema de la Constitución, a un grupo que ahora está en las redes le reproducía muchas publicaciones, hasta que vi en lo que se estaba convirtiendo. Y me fui, porque ya no estaba haciendo activismo para la comunidad, sino contra la Constitución y contra la Revolución. Y así han sido otros. Hay un nivel de aprovechamiento. Y yo nunca fui así, ni lo voy a ser. Cuando puedo, ayudo; pero no veo una solidez. Yo no considero el activismo así. Hay que ir buscando espacios para irse manifestando, no solo para besuquearse por la noche en un bar con una novia. Esa es mi opinión y por eso me he quitado. Porque he visto besadas y he visto después la manipulación de eso. Se empiezan a arrimar y dejan que los manipulen. A mí no puede manipularme ni un periodista extranjero, ni nada, ni nadie. Por eso yo hago un activismo muy propio.

La red es un espacio y hay que aprovecharlo. A veces yo misma me pregunto cuántos activistas tienen acceso a internet en estos momentos. Yo creo que muchos, ¿para qué lo emplean?

¿Y qué opinas del matrimonio gay?

Eso no se refrenda en ningún país, se saca por ley. Se sabía que la sociedad no estaba preparada, pero me sorprendió lo preparada que estaba hasta cierto punto. Yo creo que no se sumaron bien las opiniones, porque se contaron las que se expresaron en contra, pero no las pro y las de quienes, como estaban de acuerdo, no se expresaron. Entonces la cuenta dio mal y le buscaron una solución que, personalmente, no creo correcta.

Yo me fajé con una colega que puso en las redes sociales que en la Constitución no podía estar estipulado el matrimonio igualitario porque eso es desagradable y está mal a los ojos de Dios. Y ahí mismo le respondí que era una homofóbica y me ripostó que no, porque ella tenía muchos amigos gays. Le dije que eso era mentira.

¿Crees que es necesario hacer programas de radio para abrir el diálogo?

Sí, porque yo los hice y la gente los escuchaba. Los hice por mí misma. Grabaciones para que la gente preguntara y se quedaban con ganas de saber más. Los hice varias veces y yo creo que tiene que hacerse, lo que pasa es que no todos los periodistas quieren asumíroslos.

Tú ves que hay tantas vidas rotas en la comunidad LGBTI que no se publican, que deben ir a la radio, que es un medio que se oye muchísimo. Entonces, de verdad, ¿dónde está el activismo que se quiere hacer? Y el tema hay que ganarlo con el adulto mayor, porque los abuelos influyen mucho en los nietos y cambiarles esa percepción también es importante.

¿Tienes alguna deuda con tus derechos como mujer lesbiana?

Sí, no por mi caso específico, pero sí por los de muchas amigas mías. Son mujeres lesbianas que quieren tener derecho a la reproducción asistida y tienen que tener relaciones sexuales con hombres para tener un hijo. O el tema de la adopción, que ya yo estoy vieja para eso, pero con veintipico de años hubiera adoptado. Me han gustado los niños toda la vida. La gente no lo entiende, pero me encantan. Yo creo que el Estado sí tiene esa deuda con las mujeres lesbianas, sobre todo la reproducción asistida.

Hay otro tema y es que hay que señalarles a quienes trabajan en Ginecología que las lesbianas necesitan un tratamiento diferente, con todo el cuidado del mundo, por un problema de la estrechez, principalmente. Y si eres homofóbica, no puedes ser ginecóloga. Esa deuda ética la tiene también la Revolución con la comunidad.

¿Cómo desmontar el prejuicio de la homoparentalidad en la adopción?

Hay que promover ese debate en la radio, mostrar a mujeres y hombres homosexuales que han cuidado a niñas y niños, publicar los ejemplos de otros países. Eso tiene que ser programado, pensado, incluirse hasta en proyectos culturales, con hospitales y hogares maternos. Explicarles a las embarazadas que sus hijos pueden ser así. Buscar alianzas. Sentarnos con nuestras iguales. Eso es importante. La televisión no lo hace, que es el medio de los medios, ni la radio promueve esos debates. Fue muy triste para mí, cuando yo ponía esto en Facebook. Si buscas para atrás, encontrarás un escrito así: "Qué pena que algunos de mis colegas viran la cara cuando yo publico estas cosas". No opinan. Hay una clase de temor a no sé qué. Para el chiste, sí; pero para lo otro no se pronuncian. Ahora mismo hay un silencio. "El 68 va" se perdió.

¿Cuáles son los principales estereotipos que priman sobre las lesbianas?

Que son mujeres toscas, promiscuas, incapaces de tener sentimientos maternos, guapetonas, que se fajan en las calles y andan cogiéndose por los moños. Que pueden ser corruptas. Todo lo feo que se pueda pensar y que "si me tocas, ya me estás vacilando".

Yo sí lo digo, he tenido amigas no homosexuales, amigas del corazón que se han emborrachado, las he bañado, vestido y se han acostado a dormir en la cama conmigo. La hija de una de estas señoras que vieron salir de aquí ha venido a dormir conmigo, a mi cama, porque estuve enferma. Son personas humildes, que conocen mi vida.

Pero hay demasiados prejuicios todavía. Es la sociedad. Supuestamente hay que comportarse normal, pero lo normal no existe.

“Estoy muy dispuesta a no perder mi libertad”

Raquel Fernández Garrido, *profesora*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Carolina Vilches

Es profesora de Geografía, una profesión que adora sobre todas las cosas, por ese gusto particular que siente por las personas y la naturaleza. “Soy familiar, romántica y apasionada”, dice Raquel Fernández Garrido, mientras intenta retratarse en una sola frase. Pero acto seguido se define además alegre, “aunque tengo muy mal genio”, aclara. “Un poco impulsiva y muy responsable. Me tomo muy a pecho mi trabajo. Amo la lectura y mi otra pasión es la Geología”, cuenta esta maestra que atesora cajas de rocas recogidas en todos los lugares de Cuba por donde pasa, mezcladas con otras que las amistades le alcanzan de sus viajes por el mundo.

Única hija y la mayor de tres hermanos, Raquel nació en 1960 en Majagua, provincia de Ciego de Ávila, a 426 kilómetros de la capital cubana. Creció a la sombra de ese pueblo, su central azucarero y sus prejuicios, los mismos que aprendió a sortear más de una vez como mujer lesbiana.

“Mi papá era dirigente del Partido, ideológico; en aquel momento no tenían ni salario. Y mi mamá era maestra, fue alfabetizadora, seguidora de su mamá: fundadora de la Federación de Mujeres Cubanas, de los jóvenes rebeldes en Majagua. Se incorporó a todas las tareas del primer período de la Revolución y yo dormía en las reuniones. Viví aquel movimiento revolucionario de la época. A veces no me podían llevar porque soy asmática y me quedaba con alguna vecina o se quedaban conmigo en la casa”, relata, mientras se transporta a sus primeros años de vida. “Mi niñez fue bonita, pero sucedieron cosas que me afectaron hasta hoy”.

Entonces refiere los abusos que padeció de niña, cuando a veces la dejaban al cuidado de un matrimonio de confianza para la familia. “Al señor se le ocurrió engañarme y me tocaba. Llegó al punto de convidar a otros vecinos para que vieran y también me tocaran. Yo tenía 4 o 5 años. De pronto no quería ir al baño; hacía mis necesidades parada, escondida, porque no quería que me tocaran, ni que me bañaran. Una vez me sorprendieron tocando a un muñequito que yo tenía. Mi mamá me preguntó y le dije que eso me lo había enseñado mi abuelo Rodríguez, que era ese señor. A esa casa no volví más”.

Raquel observaba a las niñas de su edad para ver si les pasaba lo mismo, “creía que era un proceso por el que todas pasábamos”. Luego se becó y compartió con otras jóvenes. “Escuchabas historias de sexo tremendas”, recuerda.

Allí se enamoró de una muchacha y le escribió una carta con su historia. “Mi mamá la cogió, me vio metiéndola debajo del colchón. Cuando regresé, a los 15 días, estaba la carta en mi gaveta y las lágrimas habían borrado lo que estaba escrito. Pensé: ya lo sabe, ¿qué hará mi mamá? No hizo nada”.

La vida prosiguió para ella. Con 16 años, Raquel impartió sus primeras clases de Geografía y Apreciación musical como alumna ayudante. “Como me había enamorado de la docencia, al terminar 12 grado, pedí ingresar en el Instituto Pedagógico, en la Unión Soviética, para regresar con un idioma, independizarme y saber quién yo era”. Pero la salud le jugó una mala pasada, faltó a clases en la preparatoria y, al final, se graduó en el Pedagógico de Camagüey. Al graduarse, regresó a Majagua, a la única secundaria básica que había en el pueblo.

¿Cuándo sentiste por primera vez algún tipo de discriminación y lesbofobia?

El director de la secundaria me acosaba; yo era la única mujer que no se había acostado con él. Entonces me enteré que había una plaza en los “Camilitos”¹. Siempre me interesó lo militar y la disciplina.

¹ SE REFIERE A LAS ESCUELAS MILITARES “CAMILO CIENFUEGOS”.

En la evaluación final del curso me dieron R. Exigí explicaciones y me dijeron que me llevaba demasiado bien con mis estudiantes, así lo pusieron en mi expediente y yo lo rompí después.

La secretaria general de la Juventud me dijo que no me querían ahí. Inicié el curso buscando otra plaza y caí en Ceballos 8. Eso fue 1985-86.

El acoso ahí era tremendo, de estudiantes y profesores. No supe de violaciones, pero había mucho abuso. Yo dormía sola en el albergue de los profesores. Ya se estaba acercando el período especial.

¿Y tenías relaciones con hombres?

Estaba en la disyuntiva entre hacer mi vida o complacer a mi papá. Me decidí por mi papá. Me hice novia del profesor de inglés y comenzó el plan de reproducción. Me sentía una prostituta. No pude, no llegué al año. Traté de todas las formas posibles y no salí embarazada. Pensaba que me iba a encontrar al hombre que me quitara “eso”. Había mucha desinformación. Se le llamaba perversión. Yo siempre leí y no encontré nada.

¿Qué querías realmente?

Necesitaba una compañera, tener mi vida. La única referencia positiva que tenía sobre mujeres lesbianas era la de unas señoras que vivían juntas, supuestamente como amigas, y se rumoreaba que eran lesbianas. Yo le pregunté a mi papá y me dijo: “sí lo son, sé que son muy decentes y muy revolucionarias”.

Al primo de una amiga se lo habían llevado para las UMAP², porque parecía homosexual y él dice que en ese momento todavía no lo era. Nosotros hablábamos del tema. A una amiga suya le confesé que era lesbiana, pero que nunca había estado con una muchacha. Después de esa confesión transcurrieron ocho años y a los 29 fue que tuve mi primera relación con una mujer. Al vivir esa experiencia, me juré que nunca más volvería a estar con un hombre.

¿Cómo fueron las reacciones cuando saliste del clóset?

Miriam fue mi primera pareja, con la cual viví 17 años. Hablé con mi hermano menor. Le dije que no era algo pasajero y me apoyó. Después, mi hermano el militar me dijo que no le explicara nada, que yo era su hermana. Los dos me siguieron tratando igual. Incluso el menor me visitaba en casa de Miriam.

² LAS UNIDADES MILITARES DE AYUDA A LA PRODUCCIÓN (UMAP) FUERON CAMPAMENTOS DE TRABAJO A LOS QUE FUERON LLEVADOS, ENTRE 1965 Y 1968, MÁS DE 25.000 JÓVENES HOMOSEXUALES, RELIGIOSOS Y OTROS EN EDAD DE SERVICIO MILITAR, CON LA IDEA DE REINSERTARLOS A LA SOCIEDAD MEDIANTE EL TRABAJO Y LA DISCIPLINA MILITAR.

Mi mamá siempre fue muy dura. Me decía marimacha, que bajara los pies, que no jugara a las bolas. Hablé con ella. Le dije toda la verdad, me eché a llorar con el alma y la abracé. Me separó y me dijo que no se lo dijera a mi padre, que lo iba a matar. Me dio la espalda y se fue.

No me atrevía a decírselo a mi papá. Mi tía —que fue directora de una escuela— tuvo que irse porque comentaban que era lesbiana y mi papá tuvo que cumplir con su deber. Fui a La Habana, a saldar esa deuda con mi primo, quien me dijo que, por culpa de mi papá, mi tía se fue del pueblo y se casó.

Mi papá y yo toda la vida hablamos claro y no le iba a mentir. Teníamos una complicidad tremenda. Le pedí a Miriam que fuera el 31 de diciembre a mi casa y le dije a mi papá que iba una amiga de la que se rumoreaba que era lesbiana. Me dijo que la llevara porque era una persona decente. La llevé todos los fines de año durante 17 años. Él me visitaba en casa de Miriam y me llevaba cosas en el periodo especial. Fue una aceptación sin palabras.

Con mi papá compartí mucho y con mi mamá todavía no compartimos nada. Se ofende, no puedo hablar de eso. Pero es muy buena madre. Siempre está donde nosotros necesitamos que esté.

Esa relación terminó porque Miriam falleció por un tumor. Ella estuvo 11 meses en España, cuando regresó la vi diferente, con lagunas, empezó a cambiar mucho. Era muy presumida y dejó de serlo, era muy dulce y se tornó agria y agresiva con los hijos. Un día me quitó la llave del monedero y tirando mi ropa encima de la cama me dijo que me tenía que ir.

Una de sus amigas me dijo que estaba enferma, había pasado a buscar unas pastillas y empezó a ofender a la gente en la farmacia. La hija estaba trabajando en Ciego y fui, pero no la encontré. Fui a casa de su prima. Estaba en el baño dándole cepillo a cualquier cosa y cuando escuchó mi voz se alegró mucho, pero no era la sonrisa de una persona normal. No pudo conversar, tenía un lenguaje enredado. No sabía quién era yo. Hablaba conmigo de mí. Yo la entendía porque entendía su pensamiento. Había tenido dos convulsiones. Ese día se la iban a llevar al psiquiátrico, yo quería ir y me dijeron que no. Les expliqué que la conocía mejor que ellos, pero no.

El 21 de diciembre fue la tercera convulsión. Después de eso, en el somatón, sí le diagnosticaron lo que era. Y la operaron el 5 de enero. Murió un 23 de enero. Hace 8 años y cuatro días. Ese fue el final. La hija me pidió que organizara el funeral, nadie me acompañó. Ni una amiga. Lo busqué todo, las guaguas, las flores, sin poder levantar los pies y llorando. Le había dicho que si ella moría, la iba a recordar siempre, pero que iba a buscar una compañera después.

Esos 17 años de ustedes, ¿qué fueron para ti?

Una tortura. Ninguna de las dos vivíamos en paz. Convivíamos con el peor enemigo que teníamos: su hijo, que siempre estaba protestando por todo. Un día la situación se puso tan tensa, que cogió a la hermana por el cuello. Lo peor no sucedió porque nunca tocó a Miriam delante de mí.

Me escupía, eructaba, me molestaba con una navaja, cerca de la cara. Me operé el tobillo y el peroné; un día, cuando estaba escogiendo el arroz con el pie apoyado sobre una silla, él me movió la silla, el pie se me cayó, alzó la silla y no me la clavó porque yo me moví. Estaba haciéndonos algo constantemente. Miriam me guardaba la comida y él la botaba. Me zafó los tornillos de la bicicleta, la ponchó, me cogió por el cuello... Me tiró un pomo, fui al policlínico y me hicieron un certificado de lesiones leves. A ese niño lo llevé tres veces a la policía.

¿Cómo te vinculaste al activismo a favor de las mujeres lesbianas?

No soy culta, pero estoy informada. Conocía del trabajo que se venía haciendo desde varios espacios y desde el Centro Nacional de Educación Sexual. En 2007 me enteré de una Jornada contra la Homofobia, pero mi pareja no quiso ir.

En 2012 mi primo me dijo que fuera para La Habana. Llegó la Jornada y me causó un gran impacto. Veía cómo la gente hablaba y me decía: "¿esto no será preparado?". Y después vi que no, porque me entrevistaron y me lo creí. Y vi a Mariela. Cuando regresé a la escuela, me habían descontado los días que no había ido. Yo había hablado con el director y él me había dicho que no habría problemas. Fui a Educación y llevé la foto de la entrevista, que fue lo que me salvó.

Cuando se organizó la Jornada de Ciego de Ávila, ya estábamos articuladas como red. Hubo muchachas de las prisiones interesadas, aunque aún no hemos podido llegar a ellas. Nos costó un poco de trabajo, pero todo salió bien. La directora de promoción de salud nos apoyó mucho. Nos apoya un psicólogo, muy creativo, con muchas ganas de trabajar; no tiene horario. Cuando Mariela llegó, todo mejoró, hubo una gran apertura, hubo un aparente cambio de conciencia; pero después las conciencias se volvieron a cerrar.

Ya tengo otro concepto de lo que es el pasacalle y una periodista lo expresó: es un miracalle. La gente en vez de entrar con nosotros, va a mirar y a reírse de nosotros. De hecho, la foto del periódico es de gente riéndose. No hay conciencia. Todo lleva su tiempo. He aprendido mucho de la hipocresía de muchos profesionales que son lesbofóbicos.

¿Cómo vives hoy tu condición de mujer lesbiana?

La vivo con mucho orgullo y muy plena, como mujer y profesional. También me respetan mucho, la juventud eso lo respeta.

¿Y la lesbofobia cómo se expresa hoy?

La mujer lesbiana que no ha salido del clóset sufre mucho. Incluso, he tenido relaciones que están dentro del clóset. Yo sé bien lo duro que es: si ellas un día se decidieran, tendrán que enfrentar muchas cosas, derrumbar muchos muros, pero se van a sentir mejor con ellas mismas. Hay que quererse una misma. Yo hasta llegué a odiarme, pero soy mejor persona desde que me quiero y sé lo que valgo. Eso me lo han enseñado muchas de las redes que se han formado. Camino con mi cabeza bien alta y me enfrento a cualquier cosa. No me da miedo. Miedo me da no poder explicarles a otras. No importa que no convenza, pero decirles que una también es capaz, haciéndolo desde el respeto, que es lo que más tenemos que mantener; el respeto por la opinión de la otra persona.

¿Percibes diferencias entre las mujeres lesbianas y otras personas LGBTI?

Sí hay. Por ejemplo, he notado que se le da mucha atención a las trans, después a los gay y bueno, debemos estar por ahí.

¿Por qué crees que al activismo lésbico le cueste tanto salir del clóset?

Es que los estereotipos son muy difíciles de borrar. Nosotras mismas seguimos muchos.

¿Cuáles cánones tienen que romper las mujeres lesbianas?

Rompemos el ideal de mujer. La mujer dulce, delicada, dedicada a la familia, los hijos. Yo estoy cada día más orgullosa de ser mujer cubana y lesbiana.

¿Cuáles son los reclamos de las mujeres lesbianas cubanas hoy?

Mi reclamo es la aceptación del cambio del concepto de matrimonio. Que no sea la unión consensual entre un hombre y una mujer. Me parece que muchos cambios vendrán de ahí y será la apertura para todo lo demás. Que me vean respetuosamente, que me vean como pareja. Yo quiero la libertad.

También la reproducción asistida y la adopción. Yo creo que es un derecho que tengo, como mujer, no tener que acostarme con un hombre o con un amigo para tener un hijo.

¿La red que tal está?

Estamos en una crisis, se nos han ido muchachas. Creíamos que, con el paso del tiempo, padres de muchachas de treinta y pico de años iban a aceptarlas, pero no ha sido así. Algunas se están complicando, formando familias y se están alejando un poco. Pero están aprendiendo mucho y sienten apoyo. Las otras redes en el país son otro gran apoyo. A veces mis sobrinos preguntan

cómo conozco gente en Pinar del Río y les digo que por las redes. Eso nos une, nos mantiene conectadas. Yo me siento querida.

¿Existe bullying en las escuelas?, ¿qué es necesario hacer?

Mientras más se conoce de algo, menos se teme. Con la vieja generación no vamos a lograr muchas cosas; la nueva sí tiene la mente más abierta. Hay resoluciones, existen libros. La ley 139 de la educación sexual en las escuelas estaba en los almacenes de Educación y yo la saqué para repartir por las escuelas, pero casi ni se usa. En la metodología hay unidades donde se pueden incluir estos temas, pero a los profesores no les interesa capacitarse tampoco. Ellos se creen que, por ser amigos míos, todo está bien, pero se burlan de otros. La profesora de Español dijo que prefería que su hija fuera puta antes que lesbiana. Como no se dejan capacitar, no hay forma de que llegue el conocimiento. Yo propuse en un evento la Educación para la sexualidad como asignatura, porque hace falta, los muchachos no saben nada, no están preparados para la vida. Empezando porque el profesorado no la promueve. "Párate como un hombre", les dicen a los muchachitos. Tuve un caso en 10mo grado que salvé: todos los estudiantes se metían con él y enfrenté a la clase en una conversación en el aula. Otro muchacho tuvo que dejar la escuela.

¿Eres una mujer feliz?

Soy una mujer feliz y libre. Estoy muy dispuesta a no perder mi libertad, a defenderla. Nos hace sentir muy bien que personas con una orientación sexual diferente nos apoyan. Debemos recibir ese apoyo entre todas. Somos un grupo muy necesario. Sin nosotras, la obra es incompleta.

“Me moría o luchaba por lo que quería”

Yeni Santos Garcés, *campesina*



Por Lirians Gordillo Piña / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Yeni Santos Garcés es una campesina y lo asume con orgullo. Lo que ha logrado como jefa de finca en San Luis, municipio de la provincia Santiago de Cuba, a más de 860 kilómetros de La Habana, dice mucho de quién es, su fuerza vital y empeño por ser feliz. A sus 41 años de edad, Yeni muestra con palabras muy propias las contradicciones de vivir en una sociedad machista y homofóbica, pero sobre todo nos deja la sabiduría de quien aprendió el valor de la autoestima y quiere compartirlo.

Cuando fuiste consciente de ser una mujer lesbiana ¿qué sentiste?

Fue una experiencia amarga, porque yo misma no me aceptaba, me hacía preguntas y las respuestas que tenía eran negativas. ¿Por qué, entre tantos millones de habitantes, yo? Y lloré, lloré mucho. Una de las cosas que me

hizo llorar fue pensar en mi familia, en mi madre, en mi padre. Esa idiosincrasia que se mantiene en nuestro país me hacía daño, pensar en qué dirán, qué voy a hacer con mi vida, qué digo, qué hago... pero sentía esa necesidad. Me moría o luchaba por lo que quería.

¿Cómo fue el proceso de aceptación en tu familia?

Muy difícil. Hace años que me acepté, pero no toda mi familia, en su totalidad, me acepta. De hecho no me preocupa, porque con que yo me ame, tengo. Al principio fue un poco duro para mi mamá, ella tiene una edad un poco avanzada y una manera de pensar diferente. Mi mamá sufrió bastante. Sabía lo que había traído al mundo, me quería como tal, pero no quería abrir los ojos... ella no quería. Yo lamento haberla hecho sufrir, pero cuando me aceptó no me importó nada más. Aparte de que fui haciendo mi vida. Tengo dos hijos y me quieren como soy. Porque una cosa no tapa la otra. Soy lo que soy, soy lesbiana a mucho orgullo y si vuelvo a nacer, vuelvo a serlo; pero el orgullo más grande para mí es ser madre.

Hablas mucho de aceptarte. ¿Qué importancia tiene para la vida de una mujer lesbiana?

Cuando te aceptas, eres capaz de aceptar a los demás. Cuando te amas, eres capaz de amar a los demás. Entonces, yo le recomiendo a los demás que se encierren en un cuarto oscuro y se encuentren en la oscuridad.

Yo, aparte de que soy campesina, he leído muchísimo. Hay un actor muy conocido a nivel internacional que es Charles Chaplin; él escribió una frase que dice algo así: "si tú le sonríes al mundo, el mundo se reirá contigo; pero si le lloras al mundo, el mundo te dejará llorar". Por eso yo les digo a las demás que son como yo, primero, que se amen, que se admiren; que nada en la vida las pueda callar.

¿Cómo llegaste a ser jefa de una finca productora de tabaco en San Luis?

Yo soy una persona letrada, intérprete de lengua y seña, pero es algo que no me gusta. Siempre me gustó la tierra, la vida entera. Y mientras crecí, nunca aprendí a lavar ni a fregar, ni a cocinar; aprendí lo que era trabajar la tierra y andar con una yunta de buey... bueno, en fin, todo lo que tiene que ver con el guajiro.

Un día, un amigo me dijo: "Oye, la mía, hay una tierra que la dejaron, ¿no la vas a solicitar para sembrar tabaco?". Y le dije: "bueno, si me lo fumo, lo cosecho". Pero, con gran suerte, la presidenta de la cooperativa era vecina mía, se llama Yakelin, a ella le agradezco mucho, la verdad, muy buena presidenta. Y le dije que quería la tierra y me la dio diciéndome que sabía que haría algo bueno.

Los campesinos no me creían capaz de alcanzar lo que he logrado hasta ahora con mi pareja, porque éramos dos mujeres y dijeron estas palabras: “dos mujeres a trabajar la tierra: eso es por gusto Yakelin, no pierdas tu tiempo”. Yo les demostré que sí se puede. Yakelin me dio la tierra, cogí pie de monte, empecé de cero, pero mis hijitos nunca se me acostaron sin comer. Algunos campesinos me ayudaron muchísimo. En la cooperativa, después de Yakelin haberse ido, tuve un apoyo divino, pero a los tres meses de haber cogido la tierra, ya aquello no era lo que la gente conocía. Yo amo a ese colectivo de campesinos al que pertenezco, porque ellos me admiran y aprecian.

Me encanta trabajar el tabaco, aunque le diré que lo hacemos con muy pocos recursos, por lo menos en las provincias orientales; porque las vuel-tabajeras lo tienen todo, todo. Es cierto que allá son productores de alta calidad, producen que ¡por Dios! Pero yo me pregunto por qué no nos dan las condiciones para crear una competencia y vean que sí podemos. A veces hay un campesino que quiere sembrar tabaco y no puede porque no hay un sistema de regadío. ¿Usted sabe cómo yo hice la campaña el año pasado? Con una yunta de buey y a jarrito de agua por mata. Y mi tabaco es de máxima calidad, quiere decir que tengo ganas de trabajar y me gusta lo que hago.

Retomando el tema de los derechos de gays y lesbianas del país, la reforma de la Constitución abrió el debate sobre la no discriminación por orientación sexual e identidad de género y la posibilidad del matrimonio para personas del mismo sexo ¿cómo fue tu experiencia?

Bueno, antes del debate, no te voy a decir que no tuve mis cosas con ellos, porque ellos me miraban como si yo tuviera una enfermedad contagiosa. Cuando los campesinos son poco estudiados, no les queda otra opción que trabajar la tierra: de buen corazón, pero de mal pensamiento. Al principio, cuando entré, pasé un poquito de trabajo. Pero luego los fui tratando de convencer de que lo que yo tenía no se contagiaba, de que era algo natural, de que era un ser humano. Poco a poco fui recibiendo la aceptación de todos, pero fui también transmitiendo la igualdad de género. Tú y yo somos iguales. Les puse una comparación para que ellos se dieran cuenta de que somos iguales:

“Cuándo te mueras, ¿dónde te van a enterrar?”, les pregunté. “En el cementerio”, fue la respuesta. “A mí también”, les dije.

En Cuba —no porque lo digan las leyes— estamos en igualdad de derechos. Si tú tienes, yo tengo; si tú puedes, yo puedo. Si nos morimos, nos entierran. Y esa fue mi semilla. Tengo un compañero campesino al que le

decimos Teita, cariñosamente. Desde que entré, tuve un apoyo divino de ese campesino y yo digo, como dicen los religiosos: “que Dios sea quien me lo ayude”, porque él nunca me ha desamparado, ni él ni su esposa. El amor de ese hombre, eso sí se contagió, eso sí es una enfermedad: todo el mundo empezó a quererme. Y yo empecé a sembrar y hacer ver que todo era normal, natural.

El 17 de mayo le voy a decir que en nuestro país ese día, para el campesino, es un problema; para el campesino que no analiza que eso no tiene nada de malo. Somos iguales. Pero esos campesinos —yo los amo a todos— saben definir que ese día es de ellos y mío. Me celebran ese día, me estimulan, me quieren.

Yo también pude asistir a talleres que me fueron enseñando y pude repartir esa experiencia entre todos ellos. Y hoy por hoy tenemos una cooperativa que se llama “La liberación de San Luis”. Ellos estuvieron de acuerdo con el artículo 68 que proponía el matrimonio entre personas del mismo sexo, por lo menos la mayoría.

En mi cooperativa, quizás a uno o dos no hay manera de hacerlos entender. Pero, para aquello, ¿qué son dos personas?: nada. Cuando se debatió ese tema, fue por gusto, pues la mayoría está muy de acuerdo, tanto conmigo como con los gays. Defendí mi parte, como defendí la parte de otros. Les dije: “caballero, mírenme, yo estoy encerrada en un cuerpo que no quiero. Yo quisiera ser como ustedes. Yo quería haber nacido hombre, pero Dios no me mandó. Ellos hubieran querido nacer mujer. No los sancionen ni los critiquen, porque me están haciendo daño a mí”. Y lo mismo puedo entrar yo a ese grupo de campesinos, que puede entrar un gay, que para ellos quien entró fue una persona.

¿Cómo te ves dentro de cinco años? ¿Cuáles son tus sueños para el futuro?

Dinero no quiero; tener salud, sí. Quiero que me den la posibilidad de mostrarle al mundo que, como mujer, se puede hacer un millón de cosas. Quiero ser un ejemplo para las mujeres que dicen “no puedo”. Pero hay algo más: dentro de unos años, yo lo que quiero tener es salud, para enseñarles a los demás cómo se siembra la semillita que yo sembré.

“Lo terrible es que la gente no pueda ser quien es”

Sonia Rivera Valdés, *escritora*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

La primera vez que supo que estaba enamorada de una mujer está contado en “Caer en la cuenta”, en su libro *Las historias prohibidas de Marta Veneranda*, con el cual la escritora Sonia Rivera Valdés ganó en 1997 el Premio Extraordinario de Literatura Hispánica en Estados Unidos, convocado por Casa de las Américas.

“Fue en Nueva York, trabajando en una fábrica. Fue una historia preciosa porque las dos estábamos casadas; yo tenía tres niños y ella también. Empezamos a trabajar en una fábrica poniendo nombres en unas etiquetas y las empacábamos. Yo tenía 28 años y ella era dos años mayor. Nos sentábamos, una al lado de la otra, a hablar de Cuba y de los maridos. Ella estaba muy disgustada con el suyo. Salíamos de trabajar y nos íbamos a conversar a un parque, pero caía la noche y nosotras no nos habíamos ido para las casas”, relata Rivero en uno de sus frecuentes viajes a La Habana. Más que una en-

trevista como la norma indica, esta fue una fluida conversación en la que la reconocida escritora cubana radicada en Estados Unidos transitó entre dos ámbitos que le apasionan y se cruzan: la literatura y la vida. Aunque esta vez abundó más en la existencia misma que en la escritura.

La historia de aquel primer amor hacia una mujer quedó atrapada en el papel y Rivera la rememora como le ocurrió en la vida real. “Una mañana me empiezo a arreglar, lo hacía con mucho cuidado, me acicalaba para irme a trabajar y, como les dije, tengo una capacidad para asimilar las cosas, para darme cuenta...y mirándome al espejo, me digo: “pero ¿por qué me estoy arreglando tanto?”. Era para ella; era así. Nunca nos dijimos nada, nos seguimos viendo y conversábamos.

“Al final del verano se fue con el marido para Washington porque lo trasladaron. Ella tenía más conciencia que yo. Me había contado que, de adolescente, tenía una amiga y ella quería más estar con la amiga que con el novio; que a la madre le había dado un ataque, la hizo arrodillarse y jurarle que no le interesaba la amiga. Ella tenía ese antecedente. Nos separamos y lloramos las dos. Al final ella me dijo que era mejor irse porque todo se iba a complicar. Eso me lo dijo montadas en el *subway*.

“Yo me convencí, además, de que había sido por la situación en que estábamos allí: las dos metidas en aquella fábrica, los muchachos, los maridos que nos disgustaban; fue una cuestión de ocasión. Fue la primera vez que me enamoré de una mujer, pero de esa persona en específico”.

Nacida en La Habana en 1937, Sonia emigró muy joven, en la década de los sesenta, a Estados Unidos, donde desempeñó varios trabajos como obrera de fábrica, estudió y se convirtió en escritora, crítica literaria, de cine y profesora de Literatura, Estudios puertorriqueños y Estudios de la mujer en York College (CUNY, New York). También fundó y dirige la Editorial Campana, desde donde ayuda a promover la cultura latinoamericana en los Estados Unidos. En su obra destacan sus cuentos, recogidos en los libros *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* (1998) e *Historias de mujeres grandes y chiquitas* (2003), además de su novela *Rosas de abolengo* (2011).

“Siempre he tenido una libertad interior, un filtro desinhibido y, sin haber tenido nunca a nadie que me hablara esas cosas, yo me daba cuenta y me di cuenta de que una vecina estaba enamorada de su sobrina. Cuando se lo dije a mi mamá, me dijo: ‘tú siempre, hija, hurgando con el dedito’.

“En la universidad conocí a una muchacha y me enamoré. Cuando me separé de mi marido, lo primero que sentí fue un gran desencanto hacia los hombres, tan profundo que no soportaba la idea de que un hombre me dijera cómo criar a mis hijos o se metiera con ellos; así que subconscientemente los descarté como pareja. Salí con algunos hasta que me enamoré

de ella. Estuvimos juntas siete años. Nos fuimos a Nueva York. Ella me dijo algo que es de lo más bonito que me han dicho en toda la vida. Me separé porque ya no soportaba la relación. Un día llegué a la casa y me dijo: 'Sonia, desde que te fuiste esto no es una casa, es un hueco lleno de cosas'. Fue tremendo, me partió el alma, pero no puedo; cuando siento que se acabó, es así, sea quien sea. Después estuve cuatro años con otra mujer.

"Pero lo importante de todo esto no es estar con mujeres; lo importante es que nunca me sentí culpable. Si me hubiera sentido avergonzada de lo que soy, de mi vida, hubiera tratado de cambiarla, porque para mí es muy importante la imagen que tengo cuando me miro en el espejo, que es con la única persona que tengo que quedar bien".

El lesbianismo y el erotismo han estado presentes en tu obra, ¿por qué?

Cuando escribí los cuentos de "Las historias prohibidas de Marta Veneranda", yo quería hacer un testimonio de emigrantes cubanos y trabajaba, de manera voluntaria, con el Círculo de cultura cubana en Nueva York.

La primera historia "Los ojos lindos de Adela", es la más cercana a mi autobiografía. No es una historia lésbica, es heterosexual. En Nueva York trabajé como en nueve fábricas y escribí ese cuento como testimonio de esa realidad.

"El olor del desenfreno" muchos piensan que es la historia más prohibida. El protagonista es un hombre cubano que siendo niño llegó a Estados Unidos, con la Operación Peter Pan ¹, y tiene un encuentro sexual con una mujer que emana un olor infame que a él, en ese momento, le pareció irresistible.

Una historia lésbica es "Cinco ventanas de un mismo lado". Una mujer casada recibe a su prima que viene de visita desde Cuba y viven un amor intenso. Antes de despedirse, ella le dice que se lo contará al marido y la prima considera que no es necesario revelarlo. Lo que me interesa en esa historia no está relacionado con la sexualidad, sino con lo que piensa la protagonista: que "hay personas que tienen una vida tan desdoblada y otras que viven con tantos dobleces".

El más atrevido de esos cuentos es "La vida manda", por el lenguaje y en específico el lenguaje de cama, que en Cuba es extraordinario y yo quería ponerlo lo más real posible, como es, todo lleno de metáforas.

Mandé el libro al concurso y no pensé jamás que pudiera ganar el Premio; no por el tema, sino por el lenguaje conversacional, coloquial, desenfadado.

¹ MANIOBRA SUBVERSIVA CONTRA CUBA COORDINADA ENTRE EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS, LA AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA (CIA), LA IGLESIA CATÓLICA Y CUBANOS EXILIADOS, POR LA CUAL MÁS DE 14.000 NIÑOS Y NIÑAS FUERON ENVIADOS DE CUBA A ESTADOS UNIDOS. MUCHOS NUNCA VOLVIERON A ENCONTRARSE CON SUS PADRES.

Nunca pensé que estaba haciendo algo novedoso, aquí ya había gente que empezaba con el realismo sucio. Pero es un libro que tiene éxito, cada vez que sacan una nueva edición, desaparece. La primera sorprendida fui yo.

Para mí todo lo que sea tocar el tema del lesbianismo, como otros temas, tiene que ver con la naturaleza humana, con el ser humano.

Lo terrible es que la gente no pueda ser quién es. Las personas transgénero, por ejemplo, nacen y tienen que ser lo que no son, no se sienten cómodas y hay casos trágicos. Todavía en Estados Unidos hay muchos suicidios de adolescentes. Aquí no sé, no tengo estadísticas.

¿Cómo vas a ir en contra de lo que tú eres, de tu esencia, tus sentimientos? Esa es la clave de todo lo que escribo.

Mi hijo mayor tiene 60 años, los jimaguas tienen 58, tengo nueve nietos y seis bisnietos: un familión. Y mis hijos me apoyan, nunca tuve problemas por la manera como los crié. Tengo una nieta que es lesbiana y ella dice que es la única lesbiana de verdad de la familia: cuando era chiquita decía que cuando creciera iba a ser un niño.

La primera vez que regresé a Cuba, después de 14 años, vine con una pareja, me quedé en el cuarto con ella, todo el mundo lo sabía. Habrán hablado, pero siempre he dicho que de mí, si no me van a tocar el trabajo, que hablen. Nunca he querido ocultarme y nunca he tenido problemas.

¿Cómo fue mantener esas relaciones de pareja con mujeres?

Una cosa que descubrí —y para mí fue fortísimo— es que también las relaciones con mujeres son difíciles. Se celaban igual, algunas incluso se celaban de mis hijos.

¿Te has sentido cuestionada, mal mirada?

No, ni en la universidad donde trabajo. Conozco mujeres que se han declarado lesbianas en Nueva York en la década de los ochenta, ante un auditorio de 500 lesbianas; pero lo interesante sería que lo hicieran ante un auditorio de lesbianas y heterosexuales porque, cuando llegan ante un mundo heterosexual, lo esconden.

Yo puedo enamorarme de una mujer muchísimo y comprometerme con eso, pero también me gustan los hombres. Creo que hay que tomar posición por la libertad y la felicidad de cada quien. La aceptación de las personas como son. En una revolución como esta, si no tomas posición por algo, no sirve.

¿Sientes presión social hacia las lesbianas?

He vivido más allá que aquí. Por ejemplo, en Puerto Rico hay mucha represión a las lesbianas, más que a los hombres. Eso es definitivo: existe más pre-

juicio hacia las lesbianas que hacia los hombres gay. Con las mujeres es más difícil. Me acuerdo aquí, en Cuba, por 1986, con un grupo de escritoras, que yo quería empezar una apertura y cada vez que lo decía me respondían que no era el momento. Yo veía que no les iba a pasar nada, eran personas con un prestigio tremendo, con amigos en las más altas categorías, pensaba que íbamos a ayudar mucho si lo hacíamos; pero me decían: “contigo todo, menos eso”.

O sea, que a la hora de tomar una posición ante la realidad de las personas LGBT, no se comprometían.

Era un problema. Las mujeres hemos sufrido miles de años de represión, pero si no nos atrevemos a hacer algo, no avanzamos.

Una vez en Puerto Rico, en una conferencia, estaba con un escritor gay —muy buen escritor— y una mujer se paró y dijo: “yo he notado que hay muy pocas ponencias sobre mujeres” y él respondió: “háganlas ustedes, ¿cuántas ponencias en esta conferencia han presentado las mujeres sobre mujeres?”

Me acuerdo una vez aquí, con Julio Cesar González Pagés, hablando con un estudiante de la universidad de escribir sobre mujeres, nos decía el joven: “pero yo no puedo limitarme al mundo de las mujeres” y Julio le preguntó: “y si escribes sobre los hombres, ¿los hombres piensan que te estás limitando porque escribes sobre hombres?”

El cuestionamiento por la orientación sexual alcanza incluso a las familias, hay quien se pregunta qué tipo de familia puede ser esa...

Es increíble que se cuestionen ciertas cosas. Yo no tuve ningún problema criando a mis hijos. Cuando tenía pareja, ella estaba allí y ellos la llamaban por su nombre, se llevaban bien, compartíamos todo porque mis parejas vivían en mi casa. Soy de la idea de que vivir con la pareja vale la pena.

Tuve una pareja que vivíamos en la misma casa y mandé a hacer una cama con gavetas debajo para guardar las sábanas. Cuando nos separamos y yo me fui de la casa, ella se quedó con mi cama. Entonces Marito, mi hijo mayor, me dijo: “mima, esta nueva cama te la voy a regalar yo para que cuando se forme la próxima bronca, tú te quedes con la cama”.

Todo depende de la relación que tengas con tus hijos. Si están seguros y saben que por nadie vas a sacrificarlos, ellos son felices. Toda la vida mis hijos han deseado que yo esté bien. Marito me dice: “a mí lo que me preocupa es que la pases bien”. Lo único que no soporto es que quien esté conmigo se meta con mis hijos.

¿Eso tiene que ver con la forma en que fuiste educada?

Sí tiene que ver. Fui educada de la manera más irregular del mundo para lo que era Cuba. Ahora estoy escribiendo sobre mi madre: era fuera de serie. No le

gustaba cocinar y ni siquiera le gustaba mandarme a la escuela porque decía que hasta los siete años los niños no podían aprender.

Ella nunca conoció a sus padres porque desde los dos años estuvo en la Beneficencia. Cuando yo tenía seis años, mi abuela paterna dijo: “compren una cartilla porque se va a quedar analfabeta” y me enseñó a leer en la casa. Tan pronto aprendí a leer, leía mucho y me fui a una escolita. Y en cuanto aprendí a escribir, escribí un cuento.

Mi mamá era una persona muy inteligente, con un afán tremendo por la cultura. Murió con 88 años y su afán era saber. Cuando yo tenía 10 años, vivíamos por un pasaje en Centro Habana y una vecina le dijo a mi mamá: “colé café, pero no te di porque tenías una visita y me dio pena molestarte”. Mi mamá le contestó: “¿una visita?, no, la conversación era con Sonia”. Desde muy chiquita ella y yo hablábamos como si yo fuera mayor.

Mi padre y mi madre podían estar sin un centavo, pero de cultura sí no eran pobres, se leía mucho en mi casa. Mi padre era tabaquero y traía los libros de la tabaquería, hablaban constantemente de lo que se leía. El primer libro que mi padre me trajo fue Corazón de Edmundo De Amicis, me lo entregó en las manos y me lo leí; después leí a Stefan Zweig, Veinticuatro horas en la vida de una mujer, Amok, Dostoievski, Tolstoj, Benito Pérez Galdós y mi madre leía poesía. Dejé una colección de las mejores poesías de amor de cada país.

¿Tus hijos nacieron en Cuba?

Sí, y ya dos están repatriados. Yo digo que me los llevé y los traje. Cuando la Operación Peter Pan hubo gente que mandó a los hijos, pero eso a mí no se me ocurrió en la vida. Yo no me iba si no me llevaba a mis hijos y a mi hermano menor. Tuve dos parejas que fueron niñas Peter Pan; eso fue horrible.

¿Alguna vez tu familia o tus hijos te cuestionaron por tu forma de ser?

Jamás y no se cuestionaban nada de verdad porque ellos empezaron a crecer, tenían sus novias, a veces se pasaban rato en el cuarto con sus novias y a mí no me importaba, todos teníamos nuestra manera de ser y se respetaba.

En cuanto a mi esposo, fue un excelente exmarido, me tuvo mucho respeto. Creo que se sintió contento de no haber tenido competencia. Sabía, pero nunca me cuestionó, mantuvimos muy buenas relaciones de amistad.

Saliste de Cuba en 1966 y has estado viniendo desde 1980, ¿has notado cambios con respecto a la población LGBT?

El cambio es más que notable. En 1980 yo venía tal como soy, pero las amigas lesbianas que tengo aquí —que son muchísimas— no se mostraban para nada y cuando les proponía: “hagamos algo, una publicación sobre el tema

para empezar, algo relacionado incluso con literatura lésbica”, no aceptaban. Con respecto a esos años, ahora hay una apertura considerable. ¿Cuándo se concibió que pudiera haber una dulcería de dos muchachas que son pareja? Incluso cuando los homofóbicos protestan, antes era aceptado y hoy es diferente.

Aunque se sigue percibiendo que se acepta mejor a los gays...

Sí. Todavía hay personas que hacen notar la cuestión de las mujeres lesbianas. Hay dos muchachas que compraron un apartamento y el comentario fue: “son dos invertidas las que compraron”. Pero aunque esa fue la expresión utilizada, nadie las ha maltratado y ya mucha gente considera que es un disparate decir esas cosas. Es muy interesante. De todas maneras, yo pensaba que eso ya no se decía.

También ahora muchos fundamentalistas religiosos se están oponiendo al reconocimiento de otros tipos de familia, pero por suerte hay quien responde que la gente tiene derecho a ser feliz.

A veces notamos que las mujeres más dispuestas a hablar de estos temas son mujeres que han pasado por el activismo. ¿Eres activista?

Claro y tiene lógica. En mi caso soy muy activista, pero sobre todo soy una activista cultural. En Estados Unidos he trabajado mucho el activismo cultural con los latinos. Pertenecemos a la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) y donde quiera que hemos estado con esa asociación se incluye los temas que tratan sobre la comunidad LGBT.

Yo he sido activista de muchas maneras, donde quiera que me hayan pedido mi voz, apoyo; ahora mismo hubo ponencias sobre madres lesbianas.

También soy activista política a favor de Cuba, soy activista de todos los lados donde considero que debo estar, me expongo y no me gusta la gente cobarde. La gente que se define una cosa y empieza a hacer activismo, esa es la gente que generalmente se queda y hace. La gente que tiene una posición —lo digo pensando en las personas que a finales de los años 70 y en los 80 del siglo pasado se comprometieron con Cuba—, los que no hicieron más nada, esa gente no sirve. La acción es importante, es como dice Bell Hooks, la feminista afroamericana: “el amor es acción”. Así es, no es solo sentimientos.

“La mayor de todas las violencias es el silencio”

Teresa de Jesús Fernández, *filóloga*



Por Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Filóloga de formación y humanista por esencia, Teresa de Jesús Fernández es, ante todo, una mujer que se compromete profundamente con lo que cree. Apasionada de la literatura y el arte, ha vivido repartida entre la isla de Cerdeña, en Italia, y su entrañable Habana natal, donde ha vuelto a residir de forma permanente, luego de 25 años, desde 2011.

Profesora universitaria, escritora, editora y traductora, su biografía depara un continuo de viajes, retornos, encuentros y rupturas que terminan por situarla, cada vez, en las esencias más humanas, incluida su labor de 2012 a la fecha como coordinadora de la Red de Mujeres Lesbianas y Bisexuales del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex).

Hace mucho tiene clara conciencia de quién es, pero de niña pensó, alguna vez, que había nacido equivocada. Le atraían los “juegos de varones”, las historietas de Batman y Superman, los patines y las bicicletas. Nada de

muñecas ni conversaciones de niñas, asegura. “Quizás por eso, según iba creciendo, pensaba que era rara y algo estaba equivocado”, confiesa.

Desde muy joven tuvo la convicción de que había que exponerse en primera persona para tratar de influir un poquito, lo mínimo que se pueda, en modificar lo que necesita cambiarse. “Si uno no se expone, no se hace nada”, sostiene esta mujer de 58 años.

Pero quizás lo más valioso para ella fue entender, desde joven, que podía hacer sus propias elecciones. “Y lo mejor fue descubrir que, siendo mujer, yo podía enamorarme de una mujer”.

Esa sensación de no encajar, ¿te causó algún problema?

De niña no tanto porque fantaseaba mucho con quien creía ser y eso me entretenía. Fui muy afortunada, tuve padres maravillosos que me dejaron ser yo misma. El conflicto empezó cerca de los 13 años, en la secundaria. Oía a mis compañeros de clase hablar con rechazo de las personas homosexuales —les decían maricones y tortilleras—, de una manera tan desagradable y con un desprecio tan grande que empecé a preocuparme de poder ser nombrada también así, sin estar consciente. Sí notaba que mi objeto del deseo era más una muchacha que en un muchacho y cuando tenía algún noviecito, le decía que sí para después decirle que no; pues nunca en la vida me interesaron.

Sentías libertad en tu casa, ¿y en la escuela?

Ni en la secundaria ni en el pre tuve problemas. Mi grupo era muy sano y no sufrí, realmente. Me di cuenta de que, si me enamoraba, era de una muchacha, pero jamás pensé que eso pudiera realizarse. Elegía ciertas amistades mayores y, andando el tiempo, descubrí que eran personas homosexuales, pero nunca me lo dijeron. Yo era la más pequeña, me cuidaban y protegían. Desde los 14 años andaba con lesbianas y no lo sabía. No tuve ninguna experiencia de acoso, ni de nada.

En el preuniversitario, de vez en cuando, tenía noviecitos que no iban más allá de besos, cogernos las manos y esos escarceos. Eran relaciones fugaces, nunca llegaban a nada, y así mantenía una apariencia de ser como las demás.

¿Y cuándo tuviste tu primera experiencia lésbica?

Me fascinaba una amiga del pre, pero yo era muy tímida. Iba a su casa, estudiábamos, salíamos. Un día, repasando para los exámenes, me senté en el quicio de una ventana. Ella se paró frente a mí y me dio un beso; me impactó, quedé impresionada. Enseguida me dijo: “esto no ha pasado ni va a volver a pasar”. Y algo que habría tenido que entristecerme muchísimo, en realidad me alegró; me di cuenta de que a mí podía besarme una mujer, que dos mujeres

podían acercarse. Si no me dije conscientemente “soy una mujer lesbiana” o “una persona homosexual”, sí me alegré muchísimo. Recuerdo que llegué a mi casa y me miré en el espejo para ver si se me notaba en los labios que una mujer me había besado. Fue de las cosas más lindas que me pasaron. Por supuesto, no tuvimos ninguna relación, fue como ella me dijo: “esto no ha pasado”. Pero supe entonces que algo así iba a suceder en algún momento y, en efecto, en primer año de la carrera tuve mi primera relación.

¿Lo contaste a alguien, a tu familia?

Con 13 años, en la secundaria, un muchacho se me declaraba todos los días y le dije sí para que me dejara tranquila. Le pregunté: “¿si te digo que sí, no te me declaras más?”; él respondió: “¡claro!”. El problema fue luego, cuando quiso visitarme, llevarme a pasear, ... en fin, ser mi novio; y yo no tenía ningún interés en tener un novio. Él iba a mi casa a buscarme y yo mandaba a decir que no estaba; me encerraba en mi cuarto a leer.

Mi papá un día me dijo: “¿por qué eres su novia, si yo estoy más enamorado del croto del jardín que tú de él? Le expliqué y mi padre me dijo algo que en ese momento no entendí: que no estaba obligada a hacer lo que no quería y que en la vida había otros caminos, solo que eran más difíciles y si los elegía, tenía que hacerlo de manera que nunca sufriera por esa elección.

Evidentemente, mi padre me estaba diciendo: tú eres una niña homosexual y no tienes por qué hacerte esa violencia de tener un novio. De eso me di cuenta después, pero esa fue la única conversación que mi papá y yo tuvimos al respecto. Cuando tuve mi primera relación, fue lo más normal del mundo. Fue muy positivo para mí porque después, cuando viví cosas muy desagradables, tuve a mi familia de mi lado, que me protegía. La primera vez que sentí lo que es el acoso fue estando en segundo año de la carrera.

¿Dónde estudiabas entonces?

Estudiaba Licenciatura en Pedagogía. Desde la secundaria era militante de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y en 12 grado era la Secretaria General del Comité de Base de mi aula. En 1978 se hizo una campaña para que jóvenes pre-universitarios y militantes se formaran en el Instituto Superior Pedagógico como maestros profesionales. Solicité esa carrera para poder decirles a los militantes de mi Comité de Base que era necesario inscribirse en el pedagógico. Quería Sociología, pero entonces la carrera estaba cerrada; después pensé en Filología porque toda la vida he sido una lectora impenitente y también me gustaba. En el pedagógico pedí Español y Literatura, para que el sacrificio fuera la mitad.

En segundo año era la representante de Cultura, Deporte y Recreación por la UJC a nivel de Facultad. Pero en 1979 inicia el Proceso de profundización de

la conciencia comunista, liderado por Luis Orlando Domínguez, entonces Secretario General de la UJC a nivel nacional. Como resultado, fueron expulsados estudiantes de las aulas y de la UJC bajo sospecha de ser homosexuales, o catalogados como problemáticos, o por cualquier acusación que pusiera en tela de juicio su integralidad revolucionaria.

Ser religioso u homosexual significaba tener problemas ideológicos, esa espada de Damocles que durante décadas pendía sobre la cabeza de cualquier persona y traía graves consecuencias. En esas circunstancias, a varios de mi curso y a mí nos analizaron por amaneramiento, ni siquiera nos dijeron homosexuales y lesbianas. Fue absurdo.

La reunión se hizo en la facultad, con militantes de todos los años. Te decían lo que opinaban sobre ti y decidían que no reunías las condiciones para seguir militando en la UJC, independientemente de tus cualidades como estudiante, persona y militante. Esa reunión fue un 28 de enero, el de 1980. No había corriente eléctrica, el aula estaba a oscuras y recuerdo que dije que era significativo que un 28 de enero, día del nacimiento de José Martí, se estuviera haciendo una reunión tan injusta y faltara tanto la luz de la justicia, que incluso faltaba hasta la luz eléctrica. Me expulsaron de la UJC y después todos sabían que lo habían hecho porque sospechaban que era lesbiana. Eso me destruyó.

¿Cómo repercutió en tu vida?

Me enfermé, me deprimí mucho, me sangraban las encías, no me sentía capacitada para entrar al aula y enfrentar a las personas, estaba avergonzada. Recuerdo que todo lo que hacía era caminar. Salía de mi casa, en 20 y 5ta avenida, subía y llegaba hasta el pedagógico. Entraba, me sentaba en un banco porque no tenía fuerzas para ir al aula, me levantaba y me volvía a ir caminando. Una vez llegué caminando hasta la Víbora Park.

¿En tu casa sabían lo que te pasaba?

Lo supieron y me apoyaron muchísimo, todos: mis padres, mi hermana mayor. En la facultad donde ella estudiaba hicieron lo mismo. Mi hermana era militante de la UJC, alumna ayudante y defendió a personas de su aula. Tiempo después conocí a un muchacho gay de su aula y me dijo: "ahora entiendo por qué tu hermana me defendió, porque en nosotros también te defendía a ti".

¿Qué pasó después?

Llegaron los exámenes de fin de curso y no tenía derecho a examinar por las ausencias de los días en que no lograba entrar a clases. Mi padre habló con la decana, la profesora Eugenia Escalona, y ella, muy decente —suerte que siempre ha habido personas muy decentes, porque se han cometido muchas injus-

ticias por gusto—, le dijo a mi papá: “voy a dar la autorización para que su hija tenga derecho a los exámenes porque tiene muy buen expediente”. Ella estaba consciente de que yo había pasado un proceso terrible. Le dijo a mi padre que, cuando terminara todos los exámenes, tratará de encontrar una solución, porque seguir allí iba a ser muy difícil para mí. Aprobé con muy buenas notas los dos años cursados, con un acumulado de 4,9 sobre un máximo de 5. Pude matricular Filología y me gradué con óptimos resultados.

¿Cómo reaccionaron tus compañeros de aula ante ese incidente?

Hubo personas que siguieron igual, como eran, y quienes se apartaron. Lo curioso es que algunas, que eran militantes y fueron durísimas durante ese proceso, ni siquiera viven en Cuba e incluso algunas entraron ese mismo año a la Embajada de Perú ¹. El tristemente célebre Luis Orlando Domínguez fue destituido de su cargo por malversación y corrupción.

A mi favor tenía una enseñanza muy importante, vivida en mi propia familia. Cuando sucedían cosas así, mi padre decía que no estaba relacionado con la esencia de la Revolución, sino con las malas personas que en determinados momentos tienen poder. Él siempre ha dicho que la Revolución cubana es el gesto de amor más grande que ha ocurrido en este continente. Como él tenía tanta fe, ha estado siempre tan convencido y es una persona mucho más sabia que yo, pensé que seguro tendría razón y decidí seguir en Cuba. Terminé mi carrera y trabajé dos años de servicio social en el Ministerio de Cultura. Luego me presenté a exámenes de oposición para enseñar español a extranjeros, gané la plaza y me fui a Italia; allí enseñé por 25 años, de 1987 a 2011.

¿No sentías espacio suficiente para hacer tu vida aquí?

Podía no aferrarme a lo que me había pasado y seguir adelante, pero los ochenta todavía eran años de mucha homofobia institucional y social. No sé después, pero hasta 1985 todavía se celebraban las asambleas por la profundización de la conciencia comunista, aunque de manera más positiva. De todas maneras, ser homosexual no solo se convertía en un problema de estigma o rechazo; siempre eras una persona no confiable. Algo absurdo, porque nada tiene que ver tu sexualidad con tu ideología. Sé, como afirma el pensamiento feminista, que lo personal es político; pero la orientación sexual no condiciona la filiación política. Ser lesbiana no me impide ser una mujer de izquierda y creer en los valores de la ideología marxista.

¹ SE REFIERE A LA PENETRACIÓN POR LA FUERZA DE PERSONAS A LA SEDE DIPLOMÁTICA DE PERÚ EN LA HABANA, EN ABRIL DE 1980, CON EL OBJETIVO DE OBTENER ASILO POLÍTICO.

¿Cuándo te conectas con el activismo por los derechos LGBTI?

Fuera de Cuba me integré al activismo social y político, pero antes, en 1986, cuando inauguraron la Escuela internacional de Cine, vino a estudiar una muchacha chicana, Graciela Sánchez. Me contactó y me contó su interés en hacer un documental sobre las personas homosexuales en Cuba, que sería su tesis de graduación de cine. Me pidió mi testimonio. Ese documental se titula No porque lo diga Fidel Castro, por una frase de una de sus entrevistadas. Acepté, pero preferí no mostrar el rostro; no quería que me vieran, aunque era consciente de quién yo era. Lo bueno de lo sucedido en el pedagógico fue que me prometí no negarme nunca más, que tenía derecho a vivir mi vida como soy. Pero en ese momento no tenía ganas de que me señalaran.

Ese documental fue mi primer paso como activista. Hablé de las personas homosexuales, de la importancia de la educación contra la homofobia. Luego repetí una experiencia similar en Cuba, cuando conté parte de mi historia de cara a la cámara para el documental que hicieron en 2013 Lizette Vila e Ingrid León, con el proyecto Palomas, Mujeres...entre el cielo y la tierra, dedicado por completo al tema de las mujeres lesbianas en este país.

IR Y VOLVER

Ya en Italia, Teresa empezó a impartir clases en la facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Sassari, en Cerdeña. Allí se vinculó a organizaciones de la sociedad civil, como la Asociación de amistad Italia-Cuba de Sassari y la ARCI GAY-ARCI LESBICA de la ciudad. "Fui consciente de la importancia y la incidencia que tiene el activismo en la sociedad", asegura.

Aunque lejos, seguía al tanto de Cuba, donde quedaron su familia y su pareja. Un día encontró en Internet el blog del periodista Francisco Rodríguez Cruz, Paquito de Cuba. "Me provocó mucha ilusión. Leer sobre jornadas y debates me llenaba de esperanza. Yo trabajaba y vivía fuera de Cuba, pero nunca me desligué de mi país. Allí estaban sucediendo cosas que a mí me implicaban como mujer lesbiana y activista. Entonces pensé que, si regresaba, había nuevos espacios que me interesaban, más allá de la literatura".

La publicación en Italia del libro *¿Qué nos pasa en la pubertad?* y la visita a Cerdeña de su autora Mariela Castro, directora del Cenesex, fue crucial para Teresa. "Se conversó del libro, del trabajo del Cenesex y las jornadas. Eso me convenció de que sí estaba sucediendo un cambio. En 2011 decidí regresar, definitivamente, sin saber dónde iba a trabajar ni qué iba a hacer, pero quería retornar a mi casa, a mi relación. Hice las maletas y volví".

Cuando llevaba varios meses en Cuba, reorganizando su vida, Teresa se reencontró con Mariela en una conferencia en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y supo por ella que había plazas vacantes en la editorial del Cenesex. Presentó su currículum y comenzó como redactora; luego pasó a dirigir la editorial del centro como especialista principal, hasta enero de 2018.

¿Cómo llegas a las redes de mujeres lesbianas y bisexuales del Cenesex?

En 2012 había cuatro grupos de la red: Santiago de Cuba, La Habana, Cienfuegos y Trinidad, creados en ese orden. Entonces los coordinaba el doctor Alberto Roque, que hacía lo mismo en la red HXD, Humanidad por la Diversidad. Un día la directora me preguntó si podía coordinar la red de lesbianas y bisexuales. Nunca había hecho algo así: sé trabajar en un aula con estudiantes, editar un libro, traducir, pero no había coordinado una red de personas LGBTI, cada cual con su historia de vida. La doctora Ada Alfonso me apoyó y así empecé, con la red de La Habana primero y el resto desde julio de 2012. Ahora hay grupos en 11 provincias; a los iniciales se unieron Granma, Las Tunas, Holguín, Camagüey, Santa Clara, Ciego de Ávila y Pinar del Río.

¿Es diferente lo que viven las mujeres lesbianas respecto a otras redes?

Sí. Cuba es un país machista, como todos los países latinos, africanos, árabes; no es una exclusividad nuestra, ni de la cultura latina. Nos rige la ideología y la cultura del patriarcado, matizado por el proyecto social, pero está ahí, en la conciencia de las personas, en su cultura.

Según esa lógica, un hombre, aunque sea gay, es un hombre y siempre estará favorecido por la marca del cromosoma XY. La mujer está en desventaja en la escala de poder, queda inequitativamente por debajo. Una mujer lesbiana no solo sufre la discriminación que puede ejercer sobre ella un hombre o una mujer heterosexual, también sufre la que puede ejercer sobre ella un hombre gay. Hay mucha misoginia y lesbofobia, incluso, en algunas personas LGBTI, incluidas las propias lesbianas, aunque parezca un sinsentido.

La mujer lesbiana vive bajo tensiones relativas a cómo se construye a sí misma. Muchas lo hacen desde modelos masculinos y eso suele provocar rechazo de todo tipo. Se admira a la mujer bonita, elegante, joven, la representación de lo femenino estilo Barbie y, generalmente, las mujeres lesbianas no siguen ese esquema.

Muchas reivindican lo femenino lésbico, otra manera de ser mujer, sin hacer el juego a lo femenino hegemónico; aunque hay mujeres lesbianas bellísimas, que responden al ideal femenino construido por el patriarcado y pasan sin que la gente las noten, las señalen, libres de estigma.

Pero no es lo que más abunda. Lo frecuente es que se aleje del modelo tradicional de lo femenino, concebido para responder al deseo del hombre, y esa elección debe ser respetada, legitimada como una manera más de ser mujer, como otra adecuación de lo femenino. Eso evitaría el estigma y la manera en que se estereotipa a la lesbiana cuando se la representa en audiovisuales, la televisión, el teatro y, más que todo, en el imaginario popular.

Un problema permanente es su poca visibilidad, que responde a veces a la lesbofobia interiorizada. Vivimos en el terror a ser señaladas, al estigma, a que nos aparten o acosen. Somos las primeras que corremos a escondernos para que se nos vea lo menos posible: no visibilizarte también te protege.

Una mujer lesbiana se educa, socializa y construye en los valores de la cultura heteronormativa y, aunque se rebele, termina siendo parte de ese juego perverso. Sobre ella cae el peso de esa cultura y, por tanto, tiene la sensación de que dentro de la casa está mucho más cómoda. Muchas han sufrido agresiones verbales y físicas, han sido violadas. Si hacemos una estadística, nos quedamos muertas de espanto. Es frecuente que no exista una representación de la mujer lesbiana con la cual ella se sienta reconocida y orgullosa. También hay un uso y abuso del sexo lésbico en la pornografía, en función del consumo masculino.

En el movimiento LGBTI tiene más fuerza la comunidad gay e incluso, pese a tener una vida más precaria, sufrir acoso escolar, abandono familiar y actos de violencia, está más visibilizado el movimiento trans que el lésbico.

¿Cómo describirías el activismo lésbico cubano?

Deprimido, por varias razones. Las lesbianas se retiran de la vida pública, sobre todo cuando han alcanzado un estatus de comodidad, en el cual se sienten protegidas. Dicen: "tengo mi pareja, mi casa, mi trabajo, ¿para qué me voy a meter en eso?"

A veces me preguntan por qué hago activismo, si no me falta nada. ¿Cómo no me falta nada, si no me puedo casar ni adoptar, no tengo derecho a la fecundación asistida, no puedo acogerme a la pensión de mi pareja ni ella a la mía? Durante los 25 años que trabajé en Italia, no pude invitar a mi pareja como hacían mis colegas heterosexuales. No tuve derecho ante las leyes cubanas, ni italianas, a solicitar reunificación familiar, porque nuestra unión no se reconoce, ni tiene la legitimidad de las uniones heterosexuales.

Donde quiera he vivido como ciudadana de segunda categoría, con la obligación de cumplir con los mismos deberes ante la sociedad, pero sin acceder a los mismos derechos que asisten a las personas heterosexuales.

Muchas lesbianas se centran en la tranquilidad que han alcanzado, sin pensar que viven una situación de inequidad social, y renuncian al activismo.

El activismo cubano ha crecido, pero aún le falta fuerza. Si conversas con las activistas, percibes que han cambiado para bien, su manera de expresarse es cualitativamente superior. Pero en cada provincia la red no crece como debería. Asombra que las personas no tomen conciencia de las desventajas que viven, que no sepan que están viviendo a medias, ni hagan nada para cambiarlo.

Estoy convencida de que hay que exponerse, en primera persona, para ayudar a modificar lo que se debe cambiar. Hay que lograr que las lesbianas jóvenes se interesen, tomen conciencia de sus realidades y deseen acercarse a las redes. El activismo requiere de voluntad, interés, esfuerzo, amor, pero también de medios para hacerlo atractivo, divulgar información, visibilizar el trabajo, imprimir folletos, carteles, llegar a las comunidades, mostrar resultados. Las redes necesitan apoyo material para hacer su trabajo.

Los talleres de capacitación son fundamentales; los nuestros y los que organiza el Cenesex con otras redes. Esos espacios aportan sabiduría, herramientas, hacen crecer las posibilidades de transformación, ayudan a trabajar. Claro que aprendes, te fortaleces, se habla desde el conocimiento, pero todavía faltan los resultados. Cada año salen a la luz las mismas reivindicaciones: matrimonio igualitario, adopción, fecundación asistida, visitas conyugales para lesbianas en privación de libertad, espacios de diversión amigables, atención de salud con profesionales sensibilizados, más visibilidad de las mujeres lesbianas en investigaciones. Estas cuestiones siguen pendientes y, de alguna manera, es negativo no tener respuesta alguna.

Todavía la jornada cubana se denomina contra la homofobia y la transfobia, no incluye la lesbofobia; y lo que no se nombra no existe. Los colectivos de lesbianas del mundo reivindican la lesbofobia como una discriminación específica, porque lo es.

¿Cómo la discriminación daña la salud de las mujeres lesbianas?

La discriminación daña a cualquier ser humano a priori. Quien vive sabiendo que es susceptible de ser discriminada, ya tiene una pérdida de salud importante, pues la salud no se refiere solo a enfermedad, es el bienestar emocional, psicológico, físico.

En Cuba todas las personas tenemos derecho a la salud, es un derecho universal, pero no recibimos el mismo trato si los profesionales de la salud no están sensibilizados y son homo-lesbo-transfóbicos.

Muchas lesbianas refieren que han sufrido discriminación o trato inadecuado por prejuicio del personal médico. Cuentan episodios desagradables, sobre todo en la consulta de ginecología, donde a veces se da por hecho que han tenido relaciones sexuales con hombres o que utilizan juguetes sexuales

y, por tanto, no tienen cuidado al examinarlas; cuando en realidad muchas mujeres lesbianas no incluyen la penetración en sus relaciones.

Eso demuestra que los currículos académicos de Medicina y Enfermería necesitan incluir la educación integral de la sexualidad y romper con el esquema binario hombre-mujer, heteronormativo y sexista; ir más allá del enfoque biologicista, aprender que todos los seres humanos somos seres sexuados, cada cual diferente, con su propia biografía de vida, y que todas las orientaciones son normales, posibles.

Por estigma social, lesbofobia y discriminación, las lesbianas viven grandes costos para su salud personal. Algunas no asisten jamás a una consulta de ginecología ni se hacen la prueba citológica. Vivir toda la vida en situación de inequidad social, sin los mismos derechos que tienen las personas heterosexuales, escuchar a la gente preguntarse qué es lo que queremos cuando se celebra la jornada contra la homofobia, saber que a lo largo de toda nuestras vidas sufrimos irrespeto, vulneraciones, maltrato e injusticias no solo te enferma, sino que te impide tener calidad de vida.

¿Qué otros derechos no disfrutan aún las lesbianas?

Las personas LGBTI en Cuba carecemos de un tratamiento equitativo y de dignidad plena como ciudadanos. Todavía sufrimos acoso laboral y escolar. No tenemos la tranquilidad de que, al envejecer, podamos disfrutar de políticas públicas que garanticen la equidad necesaria. Falta que quede claramente legislado que todas las personas tenemos las mismas oportunidades, derechos, garantías, sin ninguna discriminación por orientación sexual e identidad de género. Y, sobre todo, que se pueda hacer valer ante todas las instancias. Falta que se deje de educar en la cultura sexista, heteronormativa y discriminatoria que tanta violencia e inequidad provoca.

¿Existe algún estudio sobre violencia entre mujeres lesbianas?

Hay un vacío sustancial. Se ha escrito muy poco y sobre algunos temas muy puntuales. En la revista Sexología y Sociedad, la doctora Ada Alfonso ha publicado varios artículos, algunos sobre la violencia que sufren las mujeres lesbianas.

Las capacitaciones de la red han sido fundamentales para que las activistas identifiquen y conozcan que sus relaciones de pareja no han estado exentas de violencia, que reproducen en la convivencia muchos de los tipos de violencia que existen en parejas heterosexuales. Sin embargo, falta una investigación real sobre la violencia entre mujeres lesbianas, qué tipo es más frecuente, quién la ejerce, cómo las perjudica y, sobre todo, si son capaces de percibirla.

¿Cuál podría ser el camino posible para el cambio?

La educación es imprescindible. Los prejuicios étnicos, sexuales, ideológicos y religiosos se imponen por la educación: la que dan los padres en casa, la que ofrece la escuela después, la que divulgan los medios de comunicación.

Si nadie le dice a una niña o a un niño que lo heterosexual es lo bueno y lo homosexual es lo peor, no tendrá ningún conflicto ni prejuicio. Si se les enseña a amarse como seres humanos, sean como sean, prescindiendo de identidades de género y orientaciones, crecerán sin prejuicios. Si nadie les dice que una persona blanca es superior y que las demás etnias y colores de la piel son inferiores, no serán racistas; si no les inculcan que una religión es superior a otra, no serán fundamentalistas ni tendrán problemas con las demás religiones. La educación es el mejor de los caminos, pero será largo, porque se trata de deconstruir siglos de ideología patriarcal, racismo e inequidad.

Tampoco valdrá hacerlo si las leyes no lo garantizan. Es la otra senda del camino: promulgar leyes que garanticen un estado de bienestar y de derecho para todas y todos, sin exclusión.

Esa utopía está en las manos de los seres humanos: quienes legislan, crean cine, música, literatura, ciencia. Que tomen conciencia de la necesidad de vivir en una sociedad de justicia y respeto.

¿Qué diferencia hay entre la Teresa sin rostro de aquel primer documental y la que está haciendo este libro?

Menos miedo. Aquella Teresa todavía estaba muy dañada, en un momento específico del país en que ser homosexual declarado era muy negativo, había mucha homofobia institucional y social.

Yo podía exponerme a mí misma, pero no quería exponer a terceras personas. Es uno de los sufrimientos que tenemos las personas homosexuales: crecemos tan convencidas o la sociedad te mete tanto en la cabeza que no eres lo que debes ser, que piensas que tu elección daña a las personas que amas.

¿Cómo no enfermar si tienes sentido de culpa por algo de lo que no debes sentirte culpable? La lesbofobia, la homofobia y la transfobia son tan morbosas que las personas LGBTI llegamos a sentirnos, a veces, responsables de la infelicidad o del daño que podemos causar a quienes amamos.

En aquel momento yo todavía sentía culpa, que mi estigma podía caer sobre mis padres, mis hermanas y hermano. La Teresa de hoy piensa que la única que será infeliz y se dañará soy yo, si me callo; que la única que sufre negándose soy yo. Ahora sé que la mayor de todas las violencias es el silencio y, mientras guardemos silencio, seremos víctimas de violencia.

“Si vuelvo a nacer, soy así”

Vilma Capote Araújo, *sin empleo*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

“Desde la adolescencia supe que iba a ser lesbiana. Sabía que a mí me gustaban las mujeres. Nunca me llamó la atención un varón, jamás. Mis hermanas tenían novios y la única que no tenía novio era yo. Tuve uno cuando estaba de vacaciones en casa de mi tía, en La Habana”, dice tranquilamente, a los 58 años de edad, Vilma Capote Araújo, una cubana de la ciudad de Camagüey, a poco más de 530 kilómetros de la capital cubana.

Lejos estaba ella de imaginar entonces, cuando apenas iniciaba su adolescencia, que le tocaría vivir terribles episodios por amar a otra mujer, por haber nacido y sentir como lesbiana.

Pero Vilma ha logrado sobreponerse a casi todo: el rechazo, la vergüenza, los golpes, la persecución, el acoso, la prisión. Ella misma se siente una guerrera, una mujer fuerte, que ya nadie puede pisotear. Así reconstruye todos los días su existencia y su felicidad.

¿Por qué un novio, si sabías que te gustaban las mujeres?

Por mi familia. Antes se vivía eso: por la familia, por el qué dirán los vecinos y por mi hermano, que vive en Estados Unidos y decía que me mataba; me lo juraba por mi padre.

Eso fue cuando él supo que yo andaba con lesbianas. Yo intenté contra mi vida; o sea, lo hice para que me dejaran tranquila. Me intenté ahorcar porque me tenía la vida vigilada: me llevaba a la escuela, me traía, me azocababa. Estuve en el hospital, malísima, pero gracias a Dios estoy haciendo la historia. Yo no lo hice por matarme, lo hice por lucirme, porque me dejaran en paz. Tendría como 14 años. Mi madre estaba para La Habana con mi hermana. Ella lo sabía, pero mi hermano era el de la voz cantante, y su hija, hoy por hoy, es lesbiana.

¿Estudiaste? ¿Trabajaste? ¿Qué hiciste finalmente?

Estudí hasta el 12 grado. Iba a empezar veterinaria, pero lo dejé al final. Me fui con la que era mi pareja, porque mi hermano me hacía la vida imposible. Nos fuimos para La Habana. Nos quedamos en casa de un primo de ella. Pero mi mamá y mis hermanos me buscaron enseguida, me trajeron otra vez de vuelta. Mi madre fue la que me protegió de ellos, diciendo que yo también era su hija, que había salido por donde mismo salieron ellos... y vine para mi casa. Rompí esa relación y entonces empecé con una muchacha que era casada. Yo tenía entonces 17 años.

Un día, andaba con ella y un amigo suyo, empezamos a tomar y me violaron. A ella más nunca la vi. Yo supe de mí al otro día, a la una de la tarde. No supe qué pasó ni qué me hicieron, porque yo nunca he estado con un hombre. Soy 100% lesbiana. Si muero y vuelvo a nacer, sigo siendo lesbiana. No quiero saber de hombres y, después de ese día, no quiero saber de mujeres casadas.

¿Qué sucedió entonces?

Yo no dije nada hasta los seis meses, cuando se me vio la barriga: había quedado embarazada. Y mi hermano fue a buscarlo...

Unas amigas mías me dieron unas yerbas, pero ya yo me lo sentía y yo adoro a mi hijo, lo amo. Mi hijo vive en Angola, hace ocho años. Estudió inglés y trabajaba aquí de camarero en los hoteles. Está casado con una muchacha de Sancti Spiritus y tienen un niño. Él sabe cómo soy, me ama, me adora. Y sabe que él fue producto de una violación.

Le hice rechazo al principio, mi hermana fue quien lo crió; pero bueno, yo ya después con mi hermana, ahí siempre. Siempre me ocupé de él y viví con esa hermana mía. Esa es mi segunda madre.

Cuando la violación, mi hermano fue a la casa del hombre, porque yo se lo tuve que decir. Ese hombre dijo que él se hacía responsable, además quiso inscribir a mi hijo y yo nunca se lo permití. Mi hijo tiene mis apellidos. A través de mi hermana, escondido de mí, le llevaba cosas al niño. Después mi hermana vivía cerca de él y mi hijo —¡lo que es la sangre!— se escapaba para su casa. Ese hombre falleció. El hermano de mi hijo, hijo de él, sí iba siempre a verlo al círculo infantil. Todo el mundo pensaba que el hermano era el papá. Yo me llevo bien con él.

¿Y los estudios, nunca intentaste continuarlos?

Estaba un poco dislocada por la situación que tenía en mi casa, pero no hacía nada malo, me veía con la que era mi pareja en un parque sentada. Y llegaba la guagüita de la policía y nos recogía. No podíamos estar en un parque ni en ningún lado. Un día uno de la policía me llevó a la oficina que tenía y me dijo: “Yo sé que tú eres pareja de Neri. Las voy a separar, quiero que tú trabajes conmigo: que te vayas a la playa; yo te voy a dar dinero, te voy a ayudar económicamente con el niño; que me digas dónde hacen cuadre”.

Respondí: “Mira, yo no soy policía, yo no hago cuadre, yo no fumo marihuana, yo no hago nada de eso”.

Y me dijo: “Si el día 15 tú no me das la respuesta de que tú vas a trabajar conmigo, yo te voy a poner peligrosidad por homosexual”.

Y así mismo lo hizo. A las cinco de la mañana llegaron a mi casa, porque nunca le fui a decir que iba a trabajar con él. Lo mío era mi pareja, que Dios la tenga en la gloria. Cuando llegaron a la casa, mi mamá estaba para La Habana con mi hermana. Tocaron a la puerta. Yo estaba con mi hijo, no salía casi porque ya la vida mía era con el niño. Cuidándolo. Me dijeron que era para una entrevista y empecé a llorar. Mi hermano, que estaba ahí, me dijo que fuera, que yo no había hecho nada. Ya yo le había dicho a mi familia que el policía me había amenazado. Es verdad que ni estudiaba ni trabajaba, pero mi familia me mantenía. Fui, me vistieron de presa y a los dos días me llevaron a Quilo 7, me hicieron un juicio y me echaron cuatro años. Iba a cumplir 19 años, casi en 1980.

Yo no tenía causa, ni tenía nada. Apelé y mi mamá escribió a La Habana. Cuatro años. En esa época dijeron que quien quisiera salir, tenía que firmar para irse del país. Como tres veces firmé y la última vez a la gente las sacaban arrastradas, tenían que irse. Pero yo y una a la que le dicen La Negra nos quitamos toda la ropa y nos quedamos desnudas. Nos querían sacar, pero a mí ni muerta, porque yo tenía a mi familia aquí. Dijeron después que éramos presas patrióticas y entonces hicieron una segunda planta. La visita era cada seis meses. Estuve un año sin ver a mi familia, no tenía pase. Cumplí

los cuatro años. La prisión que yo viví sí fue una prisión. Sin beneficios. No había condicional, televisores; por cinco minutos te sacaban al sol y para adentro.

Yo me enfermé de los nervios. Llorando todo el tiempo. Me separaron de mi madre y de mi hijo con 19 años y yo no había hecho nada. Me robaron parte de mi juventud, sin yo cometer un crimen.

Mi familia siempre se ocupó mucho de mí, yo tuve buena educación. Paré ahí por lo que me hicieron. Él mismo me lo dijo: por homosexual y porque me quería separar de Neri. A ella la metió como diez días y la sacó. No le hizo nada.

¿Has sufrido lesbofobia?

En mi familia, no tanto de mi mamá y mi hermana; pero por parte de los varones, sí. Sobre todo de ese que se fue, que la hija ahora es lesbiana. Mi hermano me encerraba. Me llevaba a la escuela y me recogía. Cuando único yo podía ver a mi pareja era cuando mi mamá me mandaba a llevar la leche y mi hermano no estaba ahí.

Yo confíé en la cuñada mía y le conté todo. Ella me guardaba las fotos, las cartas y se las enseñó todas a mi hermano. Un día fui a llevar la leche y allá se apareció él. Me dio una tunda que casi me mata. Eso yo sí lo he sufrido.

En la escuela no pasó, lo que sí tenía una amiga que era como si fuera mi hermana y, cuando se enteró de que era lesbiana, no me miró más. Ella me dejó de hablar, algunas parientas, conocidos.

Cuando salí de prisión, salió otra Vilma: guerrera, fuerte, una mujer que ya nadie iba a pisotear. Mi madre me dio donde vivir primero y yo eso lo permuté por otra casa y la fui arreglando poco a poco; ahora está buenísima.

¿Alguna vez pudiste vivir una vida con una pareja estable?

Sí, en mi casa, en mi techo. Ahora vivo con mi madre, hasta el otro día vivía con mi pareja que es clínica, hasta que nos separamos. Ahora empecé con una que tiene mi edad, 58. Mi mamá la aceptó. He visto en otros casos que los gays son los que se quedan con los padres, no son los otros hijos. Ya he visto eso. Mi mamá tiene 96 años y tiene "Vilmitis". Yo la cuido, la baño, ella es mi vida. Si se me muere, yo no sé qué me hago. Lo que pasa es que ella no podía con ellos.

¿En la prisión viviste rechazo?

En las prisiones de mujeres, el 60 por ciento si no lo son, caen por la curiosidad, por necesidad, por probar.

¿Notas al paso de los años algún cambio o progreso hacia las mujeres lesbianas en Cuba?

Yo creo que sí hemos avanzado un poco, porque yo, cuando salí, no podía ser federada¹ y todas las semanas tenía que reportarme ante el jefe de sector. Le dije que no iba a ir más, yo no les debía nada a ellos. Si querían, que me llevaran presa de nuevo, pero no iba a ir más. Y no fui más. ¿Por qué yo tenía que ir? No hace tanto que han aceptado a las mujeres como nosotras en el Comité². Ya tenemos otra vida, es verdad. A donde quiera que yo he ido, mis vecinos son mi familia, todo el mundo me quiere. Yo no he sentido rechazo por ninguna persona. Ya se habla mucho de esto, se ve en el televisor. Tiene que ser una persona muy atrasada para no darse cuenta de que esto no es un defecto. No es ningún defecto. Me muero, y si vuelvo a nacer, soy así.

¿Te interesa el activismo por los derechos LGBTI?

Me vinculé al grupo de mujeres lesbianas y bisexuales de la provincia de Camagüey desde el principio. El grupo ha sido bastante bueno. A veces yo faltó por mi mamá. Gladys³ es la coordinadora, muy preocupada por el grupo y por sus actividades. Me siento activista, sí. Siempre busco el espacio. Veo quién me cuide a mi mamá y vamos a los lugares y hacemos actividades. Me siento bien así.

En lo personal no siento rechazo y al lugar donde llego, la gente me conoce y hace amistad conmigo. Soy una mujer que respeto, no soy fresca. Yo sé hasta dónde puedo conversar con las personas. Ahora no tengo problemas. Lo que viví fue un infierno, eso sí fue fatal. Aunque sí creo que hace falta avanzar más. ¿Por qué, si yo vivo con mi pareja, que es la que ha estado conmigo siempre, a mi lado, no puede heredar mi casa? O, si me voy a vivir a otro país, ¿por qué no puedo reclamarla?

¿A ti te interesaría legalizar tu relación?

Yo sí quisiera. Claro, por los derechos. No porque vaya a adoptar, porque yo a estas alturas no voy a adoptar muchachos ni nada. Tampoco estoy en contra de que las personas adopten.

Otra demanda tiene que ver con la prisión y es que las mujeres lesbianas no tienen derecho a pabellón, a visita conyugal.

¹ SE REFIERE A INTEGRANTE DE LA FEDERACIÓN DE MUJERES CUBANAS, ORGANIZACIÓN QUE REÚNE A MÁS DE CUATRO MILLONES DE MUJERES EN EL PAÍS.

² COMITÉ DE DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN, LA MAYOR ORGANIZACIÓN DE MASAS DEL PAÍS.

³ SE REFIERE A GLADYS EUGENIA MARTÍNEZ PALOMO, ENTREVISTADA EN LA PÁGINA 63 DE ESTE LIBRO.

En el mundo LGBTI, ¿crees que las lesbianas están en igualdad de condiciones que el resto de los grupos?

Todavía existen muchas que están escondidas, que las conozco yo. Con miedo a asumir, y a su familia y a las personas.

¿A ti te sacaron del clóset o tú saliste?

Bueno, a mí yo creo que me sacó mi hermano, con todas las cosas que él me hacía... y yo quise salir, no me importaba que me mataran. Yo quería ser yo, me sentía con mis derechos. Yo no estaba haciéndole daño a nadie. Mi mamá y mi hermana siempre me apoyaron.

¿Cuánto te costó rehacer tu vida luego de salir de prisión?

Mucho sacrificio. Yo ahora me reencontré con aquella mujer y, cuando hablamos, lloramos. Dice que ella, cuando se fue, lo que pasó fue mucho. Que la metieron en La Cabaña y de ahí en Manto Negro; que en el mar, cuando salió de Cuba, veía sangre. Ella se trata con un psiquiatra, porque se traumatizó. Llegó allá hecha una niña, pero estudió. Ahora trabaja en su casa como agente de bienes raíces. Ella viene dentro de poco para reencontrarnos. Hace 39 años que no nos vemos.

En aquel tiempo, si tú eras lesbiana, nadie te miraba: ni la gente de la cuadra, ni la gente del Comité. Yo antes de la prisión vivía como con pena, como que me avergonzaba que supieran que yo era eso. Ya se me quitó. Siempre me cuidé un poco, cuando había una actividad en familia. Me sentía un poco incómoda, pero me he ido relajando a medida que ha pasado el tiempo.

Vivir a contracorriente

Eunice Violeta Cardoso Pérez, *licenciada en Imagenología*

Isabel Pacheco Sosa, *trabajadora del sector privado*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Los nombres de Violeta Cardoso e Isabel Pacheco recorrieron titulares de prensa y redes sociales a inicios de 2018. Ellas pasaron del anonimato al debate público en un minuto, desde que se dio a conocer, el 21 de enero de ese año, que un tribunal había concedido a Violeta la guarda y cuidado de sus tres nietos, que perdieron a su mamá en 2016.

De ese modo el fallo judicial las convertía en la primera familia lesbiana con amparo legal para cuidar y educar a tres menores de edad, un hecho sin precedentes en Cuba, donde la ley todavía no aprueba la unión, el matrimonio ni la adopción para personas del mismo sexo.

“Si bien el derecho me fue concedido legalmente a mí como abuela materna, el documento tiene implícito un reconocimiento a Isabel, como mi pareja y madrina de los niños”, precisa Violeta.

Esta es una entrevista a dos voces con la pareja que, desde hace 32 años, ha construido una familia feliz, contra todos los prejuicios. Este diálogo empezó cuando se hizo público aquel suceso y ha ido creciendo en el tiempo, hasta llegar a este libro.

¿Cómo fue el proceso para obtener la custodia de tus nietos?

Violeta: Cuando diagnostican el cáncer de mi hija Karen, en 2014, Isabel se encargó de acompañarla y ayudarla en los primeros 18 días, hasta que yo pude llegar de Venezuela, donde estaba trabajando en una misión médica. Aterricé en La Habana justo un día antes de que Karen comenzara la quimioterapia.

La agonía de mi hija era muy fuerte, preocupada por la situación en que quedarían las dos niñas y el niño. Esa era su pena. Me hizo prometerle que nunca los separaría y hasta hizo un documento con una abogada donde pedía que, ante cualquier evento, los niños debían permanecer conmigo y su madrina. Mi hija falleció el 29 de marzo de 2016; yo tenía un dolor muy grande, pero sabía lo que debía hacer. Casi un año después, empecé a indagar por los trámites de la custodia.

¿Qué pasos diste?

Fui a un bufete en Playa, donde me recomendaron quedarme tranquila y no promover la demanda. La abogada me explicó que, si el padre los reclamaba, tenía todo el derecho y se los llevaría. Me dijo que yo era una optimista porque le di las gracias por su tiempo y le aseguré que esa pelea la iba a ganar. Tenía todo a mi favor: pruebas suficientes, un pueblo que me conoce, testigos, documentos, todo. Nada de lo que iba a plantear era mentira. Se lo prometí a mi hija en su lecho de muerte: “ve tranquila, que los niños van a estar siempre con nosotras”.

Una amiga me recomendó el bufete de casación de Habana Vieja, donde los abogados Anahita Sánchez Ammar y Rodolfo Echevarría Pereda habían ganado una custodia para abuelos, pero abuelos heterosexuales.

“¿Y con quién vive usted?” me preguntó el abogado. “Con ella, que es mi pareja”, le contesté. Me preguntó si podía ponerlo tal cual en la demanda y le dije que sí. No sabía lo que podía pasar ni los prejuicios que podría encontrar, pero no me detengo ante las personas con problemas de homofobia. Nunca lo comentamos Isabel y yo, pero cada una por su parte temía que el tribunal fallara en mi contra por nuestra condición de lesbianas.

Isabel: Cuando le dieron la custodia, le dije a Violeta que había tenido también ese mismo pensamiento, aunque nunca lo hablamos.

¿No temiste perder la custodia, que pasara al papá?

Violeta: *El padre ratificó mediante documento que no tenía nada en contra de la guarda y cuidado para mí. Siempre estuve a favor de compartirla con él, único vínculo directo que les queda y un rol que nunca se sustituye.*

La sentencia del tribunal reconoce que la guarda se concretó de hecho en mi persona, auxiliada de mi pareja, desde el fallecimiento de mi hija. Menciona a Isa como madrina y dice que juntas cuidamos de ellos con esmero, dedicación y amor, como si fueran mis hijos.

¿A qué atribuyes ese triunfo, ese reconocimiento?

Violeta: *Primero, al papel crucial de los abogados durante el proceso que, ajustados a la ley, vieron la probabilidad de que los niños tuvieran un hogar en paz. Lo manejaron todo muy bien, a tono con las circunstancias. Les doy las gracias a Rodolfo y Anahita, al tribunal con sus actuantes, a la fiscal que fue tan elocuente y humana, a la psicóloga que en su momento dijo que la niña no tenía que comparecer porque todo estaba dicho. Fueron grandes, manejaron muy bien el caso. En ningún momento negué mi relación homosexual y, aun así, estas personas fueron más allá de lo que podía ser esa relación.*

Hay mucho prejuicio sobre si dos mujeres lesbianas pueden tener juntas una familia con hijos que criar. La homosexualidad no se pega. Los valores que se inculcan a los niños son importantes: enseñarles que somos seres humanos todos juntos, que la condición de las personas está en sus almas, sus valores, no en lo que puedan aportar física o visualmente a la sociedad.

Yo espero durar con Isa, esta gran persona que está a mi lado, muchos años más. Muchos, muchos años, quizás todos los que la vida no nos pueda dar.

¿Se han sentido discriminadas por ser lesbianas?

Violeta: *La mujer lesbiana, en cualquier época y momento, es acosada, discriminada. A los varones heterosexuales les produce un morbo enorme que dos mujeres se amen o sean pareja; te gritan en la calle, te caen atrás. Nunca me ha importado lo que la gente piense, he sido un libro abierto. Pero hemos ido caminando por la calle y nos gritan cosas bastante feas, preguntan quién es la mujer y quién es el hombre. Barbaridades de esas.*

¿Recuerdan la primera experiencia de acoso o discriminación?

Isabel: *En el barrio nos gritaban. También hubo rechazo en la familia. No directamente, pero todo era tabú. Lo sabían, pero de eso no se hablaba. Yo los respetaba y ellos me respetaban, pero se hablaban cosas y de momento te tiraban la pulla. Ya tú sabías lo que era...*

¿Cómo fue la salida del clóset?

Violeta: Para mí fue difícil. Mi mamá era como todas las madres mayores, de otra época, con cánones fuertes. Mi primera relación homosexual fue con la hija de una compañera suya de trabajo. No olvido el día que, probándome un vestido, me dice: "A ti te gusta Idania", y de fresca le dije: "No había pensado en eso, pero no está mal". Y me cruzó la cara. Idania siempre me atrajo, en el pueblo se le conocía por su condición homosexual (en Rancho Veloz, en Villa Clara). Pueblo chiquito, infierno grande. Mi mamá me hizo una cacería de brujas que no te puedo explicar. El pueblo entero se enteró de que Idania y yo estábamos, por mi mamá. Precisamente por eso vine para La Habana con 17 años. Allá me encontraba en una jaula, no me podía mover. Lo último fue que Idania y yo quedamos en vernos en la biblioteca del pueblo. Mi mamá se apareció allí y dio un manotazo en la mesa. Idania se quiso morir. Esa situación me hizo emigrar.

Isabel: Yo soy de La Habana. A mí no me dejaban salir sola. Tenía mis relaciones con mujeres, pero escondida, cuando empecé a trabajar, como a los 17. Estuve casada siete meses, tragando buches amargos. Ya después era una mujer divorciada: podía salir sola. La gente de antes era así.

Cuenta un poco, Violeta, de la llegada de tu hija Karen...

Violeta: Una vez me fui a una excursión y tomamos mucho; después de eso nunca más me emborraché. Perdí la noción de todo y, cuando desperté por la mañana, el chofer de la guagua estaba metido en mi cama. Poco después fui a operarme de la rodilla y me dijeron que estaba embarazada. Quería interrumpir el embarazo, pero mi mamá me obligó a dejármelo.

Tuve a mi hija y la vida me cambió. Karen tenía un año y cuatro meses cuando conocí a Isa. Siempre andaba con mi hija; eso la gente que me conoce de tiempo lo puede decir. Mi bolso, mi coche y mi chiquita para arriba y para abajo. Ella era un amor. Creció entre nosotras. Nunca le dije "tengo una relación así. Ese tema no había que tocarlo. Mi mejor amigo le dio su apellido a Karen, la llevó al seno de su familia como su hija. Los viejos se murieron pensando que Karen era su nieta.

Con el padre biológico de Karen me comuniqué y le avisé. Cuando Karen tenía 20 años se lo dije. Le conté cómo habían sucedido las cosas y ella quiso saber dónde trabajaba él. Que lo conociera era su derecho. Él no la quiso recibir y ella, sin moverse de la puerta, pidió hablar con el secretario general del Partido". Le dijo: "díglele a Félix que aquí está la hija que él no quiso reconocer nunca y me parece que los miembros del Partido tienen que dar el ejemplo". Y el tipo la cogió por la mano, la sentó en la oficina, buscó al hombre. Karen le hizo su historia y le dijo: "yo no quiero casa, no quiero apellido, lo tengo todo. Tengo amor, pero

lo principal es que tenga un padre que me quiera; eso es suficiente". Entonces empezó la relación con sus hermanos.

¿Fue difícil integrarse a una familia donde había niños?

Isabel: Yo me sentía extraña, era difícil. A mí sí me gustan los niños, pero no tenerlos yo. La niña se encariñó conmigo, era para arriba y para abajo conmigo, y cuando yo cogía la guagua, ella se quedaba llorando por mí. Mi criterio es que las mujeres lesbianas no deben tener hijos.

¿Por qué?

Isabel: Porque es una vida diferente, van a discriminar a la niña, le van a decir "tu mamá es esto, es aquello"... hay muchos tabúes. Y también porque yo soy muy libre y me gusta ir de aquí para allá, sin dejar nada atrás. Cuando uno tiene un hijo, tiene que dedicarse al hijo.

La primera vez que fuimos a una casa en la playa, me dijo: "Yo tengo que ir con la niña" y, por supuesto, claro que fuimos con la niña. Íbamos con ella para todas partes.

Violeta: Mi mamá la aceptó. Isabel siempre fue una mujer de respeto. Su crianza fue similar a la mía. Mi mamá la quiso mucho, ella se quedó a dormir aquí algunas noches. Yo a veces le decía: "Mami, si Isabel llama, no le digas que salí" y me decía: "¿Por qué no?"

¿Alguna vez Karen les preguntó sobre su relación?

Violeta: Tuvo un novio que le dijo: "tu mamá e Isa son lesbianas". Cuando llegué del trabajo, me preguntó si era cierto. Me quedé muda por un momento, pensé que necesitaba que ella tuviera un poco más de madurez. Sin embargo, le dije: "eso es verdad, pero ante la ley de Dios y de los hombres, yo soy tu madre. Tienes el derecho de rechazarnos, de avergonzarte de mí, pero yo voy a seguir siendo tu madre, y para mí, siempre vas a ser mi hija. Y tu madrina no tiene la culpa. Tu madrina únicamente me ha dado la estabilidad que yo necesitaba, para mí y para ti, porque tú no me has visto con otra persona que no sea tu madrina". Me abrazó llorando y me dijo: "Mamá, yo no me avergüenzo de ti. Yo te quiero mucho". A partir de ahí nuestra relación fue más unida, aunque empezó a tener un poco más de celos de su madrina, porque ya nos veía como pareja. Y siempre hubo el veneno, la idea de que "ella tiene una vida con Isabel, y tú quedas en un tercer lugar". Pero eso es mentira, los cariños son diferentes: los hijos están por encima hasta de uno mismo.

Isabel: Con ella siempre nos reíamos y conversábamos hasta de temas de nosotras y nos daba "chucho".

Violeta: *En las discusiones, ella también fue mediadora entre nosotras. Pero fue siempre una niña muy libre.*

¿Ustedes vivieron algún tipo de acoso escolar?

Violeta: *Cuando tenía entre siete u ocho años, había un círculo de pintura y teatro y un profesor de 5to grado era el que daba pintura. Él se sentaba a mi lado a ver lo que yo estaba pintando y me ponía la mano en el muslo. Eso lo hizo dos veces, hasta que se lo dije a mi papá y él, a mi mamá. Al maestro lo botaron de la escuela. Él juró que eran invenciones mías, pero recuerdo muy bien que mi papá decía: “mis hijos no mienten”.*

¿Y acoso homofóbico?

Isabel: *En el trabajo me sacaron por una reestructuración. Trabajaba en el pantry. Hicieron una reunión y la secretaria me dijo que ella se fajó por mí, que la única condición por la que me sacaron fue porque soy lesbiana, porque no había por dónde cogerme. Me dijeron que no cumplía los requisitos (después de 11 años). Eso fue hace siete años más o menos. Me pasé un tiempo haciendo guardia, porque me dijeron que la plaza que había era de operativo. Todo el mundo me defendió. A mí me parece que hubo homofobia y racismo, porque el jefe (director administrativo) era negro y él defendió a otra señora mayor, negra, que no tenía título ni nada. Yo tengo título de gastronomía, años de experiencia, de todo. Nunca en mi vida había hecho una guardia operativa. El primer día llegué y le dije a Violeta que no me hablara, tenía ganas de llorar. Me pasaba la noche entera recibiendo partes: “el hotel tal tuvo tal incidencia...”. A los siete meses pedí la baja y me fui.*

¿Hasta qué punto la lesbofobia daña la vida de las mujeres lesbianas?

Violeta: *La daña y mucho. Porque la mujer, para muchos hombres, es un objeto sexual. Hoy día, en pleno siglo XXI, la gente mira a la mujer lesbiana con rechazo. Piensan que no tienes la entereza de formar una vida: si hay que poner un clavo en la pared, ponerlo, porque para eso no se necesitan hombres.*

En mi trabajo, mi compañero era el jefe de departamento —él es técnico, yo soy licenciada. Traté de evadir el cargo hasta donde pude. Cuando regresé de la misión en Venezuela, lo tuve que aceptar. De más está decirte que me hicieron la pregunta “¿con quién usted vive?”. Les dije que con mi pareja. Asumí el cargo y eso le trajo a él muchos conflictos.

Isabel: *Fue una guerra...*

Violeta: *Así mismo. Él no me hablaba, no me miraba, boicoteaba los exámenes e infinidad de cosas. Luego entendió que no es un problema de fortaleza,*

sino de condiciones, de capacidades. Hace como tres meses hicieron una reunión de crecimiento para ingresar al Partido, así que imagínate: jefa de departamento, lesbiana, del Partido; él, un tipo machista, guapo, que se “deje mandar por una mujer”...

Isabel: Es como el señor que vive aquí atrás, que un día dijo que esta Revolución está jodida con estas tortilleras.

Violeta: Una vecina me lo contó. Me senté en mi portal de lo más tranquilita y, cuando pasó, dije: “me da tremenda pena, pero aquí va a haber presidenta de los CDR (Comité de Defensa de la Revolución) por muchos años, pero habrá tortilleras por muchos más”. Aquí la gente de la cuadra me lleva, algunos con su doble cara. No le hago daño a nadie. Sigo la línea del señor que fue presidente de los CDR por treinta y pico de años, hasta que se enfermó. Después vine yo y sustituirlo fue muy difícil, porque era un hombre genial. Además, somos lesbianas y al lado de mi casa, de mi familia, hice mi casa, impuse a mi pareja.

¿Es más difícil para las mujeres lesbianas que para los hombres gay?

Isabel: Por ejemplo, los gays caen en gracia y de las lesbianas dicen: “ay, que pesadez, se cree que es un hombre”.

Violeta: Nosotras tenemos doble condición: somos mujeres y somos lesbianas.

¿Qué derechos necesitan?

Violeta: Todos los derechos, contrario a lo que la gente cree. Somos muchas y tenemos voz, rostro, familia, hijos. Hay quien sí quiere tener hijos y el derecho a la reproducción asistida nos cabe, porque todo el mundo tiene la facultad de formar una familia, sea cual fuere su orientación sexual o identidad de género. Y tenemos que luchar por eso. Tenemos que educar al pueblo, este pueblo es machista. Imponernos de la mejor manera, sin agresividad, pero con nuestros criterios y derechos. Nosotras somos madres por naturaleza y ese es el primer derecho que se nos niega: la reproducción asistida. Otro es el del matrimonio. Nosotras llevamos 32 años; en cuanto digan sí, yo me caso.

¿Por qué te quieres casar con Isabel?

Violeta: Porque la amo. Porque es lo mejor que me ha pasado en mi vida. Es una persona que tiene el corazón del tamaño del universo. No todo el mundo asume, con tanta entereza, todo lo que ha asumido ella. Es mi otro yo. Pero, sobre todo, me casaría con Isabel por lo genial que es. Es una persona fabulosa,

que está cuando la necesitas, sin tú decirle que la necesitas; cuando tú careces tanto de lo material, como de lo espiritual.

Yo me puedo morir mañana –las cosas materiales van y vienen– y esto es de mis hijos, pero Isabel no tiene nada y esa casa donde nosotras vivimos, la hicimos las dos. Literalmente: desde batir mezcla en el piso, repellar paredes, pintar, pasarnos madrugadas enteras despiertas pensando dónde poner un cuadro, cómo hacernos la vida feliz. Ella no tiene nada y quiero darle una seguridad, para que no venga mi familia —lo único que me queda de familia— y le quite lo que hemos luchado juntas. Cada milímetro de esta casa le pertenece a ella por derecho.

¿Cómo ejercitas tu activismo?

Violeta: Primero, no negándome, porque cuando te niegas, no haces nada. Yo no salgo por ahí diciendo que soy lesbiana, pero si me preguntas lo que es obvio, te lo voy a contestar. Lo fui, lo soy y lo seré. Hay personas que todavía no lo dicen; personas de nuestra edad, que están todavía en el clóset.

¿Por qué el activismo lésbico todavía está en el clóset?

Violeta: Por el rechazo, porque somos una sociedad machista. Y ahora, con los discursitos de las iglesias evangélicas, las mujeres estamos diseñadas para fregar, limpiar, abrir las piernas, parir y estar en la casa. Y caminar detrás del hombre, tres cuerdas más atrás. Por eso se rechaza tanto a la mujer lesbiana, porque sentimos que somos iguales: si tú levantas un bloque, yo también. Nos atrevemos a ir contracorriente y las personas nos rechazan más por eso.

¿Te sientes ahora una mujer realizada?

Violeta: Realizada, con una parte dañada. Hubiera sido completa si mi hija hubiera estado. Mi nieta mayor sabe que somos pareja. En esta casa vivimos nosotras con los niños y en la otra casita pusimos la cafetería. Ya logré poner la casita a nombre de Isa. La gente nos dice que unamos las casas, pero no es así. Esta es la casa que mi mamá, vendiendo cigarro y café, hizo para mi hija y mi hermano, que duró muy poco. Mi hermano murió un 25 de diciembre, mi madre al año siguiente y seis meses después mi hija. Esto es para sus hijos, que ahora son mis hijos. Estoy aquí de figura guía hasta que ellos crezcan, como su madre siempre quiso.

“Quiero vivir plenamente”

Susana Hernández Martín, *periodista*



Por Teresa de Jesús Fernández y Sara Más / Foto: Claudia Rodríguez Herrera

Susana Hernández Martín no se clasifica como mujer lesbiana. En materia de sexualidad, ella eligió andar sin prejuicios su propio camino. En algún momento, la categoría que escogió para sí fue mujer bisexual, según su experiencia. “Pero tampoco, porque la bisexualidad no lo recoge todo”, explica esta joven periodista y activista, cuya “lucha principal está en desarmar el binarismo de género, que es opresivo y ha hecho mucho daño”, asegura.

“Si me preguntaran una definición —aunque preferiría ni tener que darla—, sería pansexual: estoy abierta a todas las expresiones del amor, en cualquier persona que se manifieste”. Esa, dice, es una visión muy liberadora. “Lo ha sido para mí y es también una posición ante la vida. Quizás he aprendido a querer o desear un tipo de persona, pero trato de deconstruir constantemente los esquemas que tengo en mi cabeza respecto a quién me atrae y al tipo de relación que

establezco. No es sencillo. Digamos que estoy abierta a todas las personas que traigan amor y que me inspiren amor”.

¿Qué tipo de pareja has construido?

Trato de no construir una pareja per se. En estos momentos, estoy involucrada sentimentalmente con una mujer –preciosa–, pero trato de revolucionar mi propio concepto de pareja. A veces resulta contradictorio tener que construir una pareja, que no sea un proceso que ocurra naturalmente. En Cuba impera un tipo de relación, principalmente heterosexual, en la que el hombre por lo general tiene un predominio muy importante sobre casi todo. Incluso, en relaciones no heterosexuales se reproducen muchas veces esos mismos estereotipos.

En un primer momento, ¿te definías como una mujer heterosexual?

En esta sociedad no te defines heterosexual; todo el mundo asume que lo eres y, por tanto, una también. Nunca tuve contradicción con la heterosexualidad. Siempre supe, entre la primaria tardía y el inicio de la secundaria, que sentía algo diferente hacia las mujeres. Sabía que había un sentimiento que no todas las mujeres me inspiraban —no pasaba con mis amigas, por ejemplo— y no estaba en contradicción con eso.

No obstante, la primera vez que me piropeó una mujer por la calle, me puse muy nerviosa. Estaba sentada en el contén de la acera y me dijo: “Adiós, preciosa”, pero viniendo de una mujer, me sentí contrariada; sabiendo, incluso, que eso era una posibilidad. Esa primera circunstancia no supe cómo leerla. No me molestó, pero me sacó de mi zona de confort.

En el pre tuve una historia parecida al bullying. Tenía una relación muy cercana con mi mejor amiga, de mucho cariño, de dormir juntas, compartir la comida, la ropa... lo que una hace en el pre. Ella era un poco masculina y nos catalogaron de lesbianas.

Toda el aula se sentó a contarnos que los varones estaban diciendo que éramos lesbianas; que teníamos que hacer algo, si queríamos. Mi amiga se echó a llorar y yo me puse muy nerviosa también, pero eso duró una noche y al día siguiente dijimos: “esto es una tontería, no tiene por qué influir en nuestra amistad”. Nada cambió y seguimos como siempre. Los varones del aula jamás nos dijeron nada —ahora mismo son muy amigos nuestros— y ese tema nunca se conversó, pero fue el primer aviso: si te sales un poquito de la norma, te vas a encontrar, al menos, si no resistencia, sí manifestaciones a las que no estás acostumbrada.

Estaba convencida de que las mujeres me gustaban. En algún momento probamos una amiga y yo, besándonos. Fue lindo, pero no funcionó. Ya en tercer año de la universidad conocí a la primera mujer de la que me enamoré. No

hubo duda. Aquello no era admiración profesional ni amistad; era deseo. Mi primera experiencia, que fue traumática, dramática, dolorosa. Nos dejamos, volvimos, nos quisimos, nos odiamos. Todo aquello junto, pero fue la oportunidad de vivir esa otra parte de mi sexualidad y la disfruté muchísimo.

¿Habías tenido pareja antes de ella?

Hombres, sí. No muchos, pero al menos dos relaciones estables. Además, enamorada. Mi primera vez fue con un hombre de quien yo estaba perdidamente enamorada, sin confusiones de ningún tipo. Después estuve como un año con un muchacho, de quien no estaba tan enamorada, pero sí tuvimos una relación preciosa. Llegué a mi primera pareja mujer con tremenda tranquilidad de espíritu y una seguridad total de lo que estaba sintiendo.

¿Cómo tomaron esa relación en todos tus contextos?

Yo vivía en Santa Clara, con mi mamá y mi hermano. La comunicación con él nunca ha sido de este tipo; con mi mamá sí tengo toda la confianza para conversar todos los temas. Somos muy buenas amigas, pero en ese momento, por respeto a lo que la otra persona me estaba pidiendo, no conversé con mi mamá. Yo estaba lista, incluso, en algún momento se lo comenté: “se lo voy a decir a mi mamá, porque me pregunta por qué ando tanto contigo, por qué me quedo aquí...”. Me pidió que no lo hiciera, que ese sería un dolor innecesario para mi mamá, que todavía no tenía por qué hacerlo, si no éramos una relación establecida. En realidad todavía no sabíamos hacia dónde íbamos; tampoco le diría a mi mamá que estoy con un muchacho, si no siento que esa relación va hacia algún lugar.

Sabía que la decisión tenía más que ver con el temor que con la consideración hacia mi mamá. Con mi mamá no lo hablé. Ella pudo no quererlo ver, no hablar del tema, pero sé que ella supo siempre que esa relación era diferente. Y, en el caso de mis amistades, tengo muy buenos amigos y amigas, personas muy inteligentes y sensibles a mi alrededor; nadie me preguntó nada. Me vieron enamorada, creo que todo el mundo sabía y no había nada que cuestionarse. Quizás alguna de mis amigas me preguntó: “¿y eso de dónde viene, si nunca habíamos hablado del tema?”; solo eso, todo perfecto.

¿Fue una relación oculta?

Entre mis amigos era totalmente abierta, pero fue una relación complicada. Fue un romance muy apasionado, aunque a los dos meses empezamos a tener problemas, las dos pasábamos por procesos complicados. Recuerdo que la primera vez que fui a su casa, lloré muchísimo y no entendía por qué, si estaba feliz. Aunque una tiene la certeza de lo que siente, sabe también a qué se enfrenta.

Al relacionarte con hombres y mujeres, ¿haces entradas y salidas de clóset?

Después de mi primera experiencia con una mujer, todas mis parejas lo han sabido. Forma parte importante de mi personalidad. Ya para eso no hay ni un perchero, ni una gaveta. Las personas tienen que saberlo, porque forma parte de mí. En cuanto a entrar y salir del clóset, cuando uno está con un hombre no está en ningún clóset, porque para las personas no hay nada complicado ahí.

Las relaciones que he tenido con mujeres, después de esa primera, han sido abiertas por dos motivos: primero, porque quiero vivir mi relación con todas las expresiones que conlleva y; en segundo lugar, por activismo.

Necesito que la gente se acostumbre a que dos mujeres pueden tomarse de la mano o besarse en público. Eso puede provocarte lo que tú quieras, como a mí me puede provocar cualquier cosa una pareja hetero besándose en cualquier lugar, y yo no tengo que emitir ningún criterio sobre eso. Pero necesito que las personas sean abiertas en sus relaciones, porque de ahí depende que se entienda que todos los tipos de amor existen.

Desde esa primera relación que tuve con otra mujer, yo estaba lista para asumirme abiertamente. Ella no quiso. Quizás si hubiera sido ella la que dijera: “vamos a abrirnos”; yo hubiera tenido temor. Para ella tenía mucho peso social. Si te soy sincera, en ese momento estaba más preocupada con otros temas que con la visibilidad de la relación. Estaba más preocupada por lo que estaba pasando dentro de mí, porque mi proceso era asumir mi nueva realidad. Ahora mismo, mis conflictos son otros. Estoy en paz conmigo y necesito que las personas estén en paz con quien yo soy.

¿A qué le temías antes?

Mi principal temor era cómo iba a reaccionar mi mamá, mi familia. Con mis amigos sabía que no habría problema. En cuanto a lo que sentía, nunca me dije “no quiero que me gusten las mujeres”. Sabía que iba a venir y estaba lista.

Con respecto a la visibilidad en espacios totalmente seguros, incluso para ella, sí tuvimos algunas manifestaciones, en El Mejunje ¹. Ahí bailábamos juntas, aunque nunca nos besamos. Quizás nos cogíamos de la mano. Pero, en la calle, ella prefería que no y yo tampoco ejercía ninguna presión.

¿Tu hermano lo supo alguna vez?

Él no, pero mi hermana sí. Ella es religiosa, bautista. Es mi media hermana, hija de mi papá con otra mujer. A ella le conté de mi segunda relación. Le dije:

¹ EL MEJUNJE, CENTRO CULTURAL DE LA CIUDAD DE SANTA CLARA QUE PROMUEVE EL RESPETO A LA DIVERSIDAD CULTURAL Y HUMANA EN TODA SU EXPRESIÓN.

“estoy en una relación con una mujer” y me dijo: “yo lo sabía”. Lo mejor de esto es que todo el mundo lo sabe; las únicas que no lo sabemos somos nosotras. La de mi hermana fue una reacción muy importante para mí; porque ella me enseñó nociones básicas de religión y algunas de sexualidad. Me preguntó si creía que se me iba a quitar, pero no emitió ningún juicio duro, más bien fue comprensiva.

¿Cuándo consideras que sales del clóset?

Lo que contaría como mi salida del clóset fue hablar con mi mamá. Era el único closet que me importaba. Es la persona que más contradicciones tiene con esta parte de mi vida. El resto de mi familia no está tan cerca, ni creo que en condición de ejercer ningún tipo de presión o repudio; pero la opinión de mi mamá es muy importante para mí. Y mi salida del clóset fue el momento en que le dije a mi mamá que estaba con una mujer. Ella no tenía por qué saberlo, pues yo vivía en La Habana y podía tener mi vida por mi parte. Lo hice porque sentía que esa relación iba hacia algo, estaba enamorada y no quería que esa persona pasara por las reacciones de mi mamá conmigo saliendo del clóset. Quería que llegara —si llegaba— y que mi mamá ya hubiera hecho su proceso de negación, reacción, protesta, ayuno, lo que fuera.

Si esa persona pasó su salida del clóset con su familia, no tenía por qué pasarla conmigo. Una no le puede imponer a su pareja procesos que son estrictamente personales. Incluso, puedo ir a tu casa y que tu familia no esté contenta con que tú seas lesbiana, pero los términos en los que ustedes tienen que haber conversado tienen que implicar, al menos, respeto hacia mí... y lo mismo se aplica para mi pareja. Si va a mi casa, mi mamá tiene que ser respetuosa, amable; tiene que ser mi mamá. Como ha sido con todas mis parejas, tiene que serlo con estas también. Porque esa persona merece consideración y respeto, es quien yo quiero.

Conmigo mi mamá siempre intentará al menos entenderme, quererme por encima de todo. Pero, con la otra persona no tiene por qué hacerlo. Y, en estas circunstancias, la cabeza juega de tantas maneras, que incluso sé que hay familias que piensan que es esa persona la que está haciendo que tú seas lesbiana.

¿Temías entonces hablar con tu mamá?

Sí, temía por su reacción. Ella nunca me botaría de mi casa; aunque ya no estaba en edad de eso, tampoco lo hubiera hecho. Nunca sería violenta conmigo, no me diría una palabra ofensiva, jamás me negaría su amor. Pero podía sentirse desilusionada y preocupada por mi proyecto de vida, por la familia que yo pudiera formar, la violencia que pudiera recibir en la sociedad. Preocupada, en general, porque la homofobia genera esas angustias; la de sentir que tu hija,

en el fondo, no está bien. Era lo que más temía porque, además, esa angustia es incontrolable.

Así como no puedo controlar lo que soy y que me guste una mujer, la persona homofóbica tiene que pasar más por un proceso de sensibilización que de comprensión y, aun así, a veces tampoco sabe cómo lidiar con sus sentimientos. Que mi mamá pensara que yo podía pasar por actos de violencia, o que no fuera a tener hijos, o que me fueran a mirar con desprecio, eso ella tampoco lo puede controlar. Ese dolor es muy difícil para ella. Lo vivió y lo vive cada vez menos, quiero pensar.

Ese dolor, esa desilusión las temía, estuvieron. El rostro de mi mamá lo decía. Sin embargo, he logrado cosas de mi mamá, como que me diga: “quiero que estés con la persona que más feliz te haga”. Eso es un paso importante. Después de mi salida del clóset, hemos tenido otras conversaciones un poco más subidas de tono, porque puedo respetar sus límites, pero tiene que haber un respeto mutuo. Creo que lo peor va pasando, aunque no ha tenido que vivir lo que sería lo peor para ella, que yo esté en una relación estable con una mujer y ella tenga que asumirla.

Hasta ahora mis relaciones estables han sido con hombres —además maravillosos— que han puesto un estándar muy alto. He tenido suerte en ese sentido y no sé cómo sería la reacción de mi mamá cuando no sea un hombre, sino una mujer, la que se siente a conversar con nosotras, a comer o que me bese.

No quisiera que mi relación fuera como muchas, que deben ser “respetuosas” delante de la familia y, de pronto, eso significa cero expresiones de amor y cariño. Eso no es ser respetuosa, sino reprimida; es un irrespeto de tu familia hacia ti. Quiero vivir plenamente mi relación, que mi mamá esté feliz con eso. Sé que ella, a su vez, quiere otras cosas, pero los deseos de mi mamá vienen de la negación y los míos vienen del amor. Unos les ganan a los otros. Los míos ganan y mi mamá tiene que entenderlo, sé que lo va a entender.

¿Cómo decides que quieres ser una activista?, ¿cómo valoras el activismo de las mujeres lesbianas?

Provengo de una familia muy militante. Mi mamá ha pertenecido toda su vida al Partido y mi papá, que falleció, también. Con esa “herencia” pensé que si iba a militar en alguna causa, iba a ser más política, en el sentido de sistema económico y social, que es más el activismo al que una está abocada en Cuba. Pensé que, como periodista, iba a girarme a una posición más relacionada con temas de economía, relaciones sociales, sistema socialista, cosas así.

Cuando empecé con mis procesos personales, me di cuenta de que las libertades que quería y quiero para mí no me las iba a dar nadie. Conocí bastante pronto el trabajo del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex), la cam-

pañña “Dos iguales también hacen pareja” y me encantó. En un país donde una no está acostumbrada a ver activismos auténticos —puede ser una palabra complicada, pero digo activismo auténtico, que las personas quieran hacerlo—, el trabajo que conocía del Cenesex para mí fue una revelación y quería ser parte de eso.

Quería hacer cosas creativas, que liberaran a las personas de todas esas ataduras, para que, quienes fueran como yo, vivieran libremente su sexualidad. Descubrí muy pronto que la sexualidad es una fuente importante de felicidad, pero también de angustias.

Una en la vida tiene que centrarse en algo. Quieres cambiar muchas cosas y todas las discriminaciones se conectan: no se puede hablar de género, si no hablas de raza, de clase social, de posición geográfica. Pero tratarlo todo es complicado y una tiene intereses particulares. Entonces me dije: “quizás este es el nicho de activismo que quiero realizar, para el que más capacitada me siento, por el que más deseo trabajar”.

También está la motivación personal: siempre me llamaron la atención la sexualidad y el género. Fue una mezcla de descubrir mis procesos y que ese activismo me interesaba porque, a la vez, se conectaba con todas las otras causas. Siendo activista aquí, no tenía por qué renunciar a militar en favor de otras causas necesarias para que la sociedad avance.

En Santa Clara trabajé en el programa de radio “A tu aire”, en vivo, de una hora y media, con muy buenas polémicas sobre el universo juvenil. Hicimos programas sobre mujeres lesbianas, comunidad, relaciones abiertas, matrimonio igualitario (año 2015) –en la emisora CMHW.

Vine a La Habana a trabajar en el Cenesex en agosto de 2015, era una ilusión muy grande que tenía y, en muchos aspectos, cumplió con mis expectativas. La primera oportunidad que tuve de participar en una Jornada contra la Homofobia y la Transfobia me abrió los ojos y el corazón. Fui verdaderamente plena como profesional desde que comencé a trabajar en el Comité de la Jornada. Fue la novena, la de Matanzas, en 2016. Fue espectacular y allí tuve mis primeras acciones serias como activista, quizás fue la primera vez que incluso pensé en mí como activista.

Teresa ² y yo tuvimos muchas discusiones en el Cenesex, porque ella quería incluir en el nombre de la Jornada el tema de la lesbofobia. Todavía no estoy muy clara de que la mejor manera de integrar todas las categorías en esta celebración sea nombrarlas. Quizás la propia Jornada pudiera tener otro nombre, porque no existe solo homofobia y transfobia. Hay lesbofobia, bifobia y, por ahí todas las fobias con todas las clasificaciones posibles y habría que buscar una solución desde la comunicación para eso.

² TERESA DE JESÚS FERNÁNDEZ, ENTREVISTADA EN ESTE LIBRO. VER PÁGINA 129.

Creo que ahora mismo lo más importante es que las mujeres lesbianas fortalezcan su activismo, que en mi criterio está muy débil.

Los videos que estamos haciendo en Abriendo Brechas de Colores³ —la organización en la que ahora trabajo— han sido extremadamente complicados. Convencer a parejas para que se muestren es muy difícil. Cuando pregunto: “¿quieres salir en un video para promocionar familias diversas en el marco de la reforma constitucional?”: “No”, me responden.

No tengo que convencerte si no estás consciente de la importancia de lo que vas a hacer —sé que exponerse puede ser preocupante—, pero luego no exijas un derecho por el que no luchaste, y que al final vas a disfrutar.

Es difícil encontrar activistas que hablen de sus vidas. Y hace falta que se hable porque, desgraciadamente, llevamos mucho tiempo escuchando que nuestra sexualidad pertenece al dominio de lo privado.

En el caso de las mujeres es más complejo, porque sufrimos una doble discriminación. Por ser mujeres, que ya estábamos sometidas a una discriminación específica, y ahora como lesbianas, aunque ponerles jerarquías a las personas dentro de la comunidad es espinoso, porque los hombres homosexuales, por ejemplo, también rompen de muchas maneras el esquema del patriarcado, el del hombre hetero machista dominante.

De todas formas es cierto que, no solo en Cuba, sino en el mundo entero, las mujeres seguimos más invisibilizadas; casi todas las historias que se muestran son de hombres. La mayoría de los lugares y espacios que surgen para las personas de la comunidad son para hombres. Espacios que pueden ser hostiles, porque no se han creado para las mujeres. Enfrentamos una discriminación o una invisibilización más fuerte.

Las mujeres tienen que dialogar mucho con el estereotipo que existe sobre nosotras. El estereotipo para los hombres es dominante, en el caso de las mujeres es un estereotipo dominado, sumiso. Hay que comprender que esa posición de subordinación trae invisibilización y ser ciudadana de segunda categoría. A la vez, tienes que enfrentar tu proceso como mujer lesbiana, romper los estereotipos de feminidad, los de familia asignados para ti, y no puedes hacer lo uno primero y lo otro después; tienes que hacerlo al mismo tiempo.

Creo que podemos hacerlo mejor porque, a veces, parece que las mujeres lesbianas no están sintiendo la necesidad de salir y hacer un activismo que pudiera lograr que las cosas cambiaran.

³ ABC, ABRIENDO BRECHAS DE COLORES, ES UN PROYECTO QUE TRABAJA A FAVOR DE LOS DERECHOS DE PERSONAS TRANSGÉNERO Y HOMOSEXUALES EN EL ÁMBITO RELIGIOSO. REÚNE A ACTIVISTAS Y PERSONAS DE FE EN PROYECTOS ECUMÉNICOS Y SOCIOCULTURALES.

¿Crees que eso se deba al temor al estigma?

El temor al estigma siempre está. Hacia el que se quiere vestir diferente, tener una pareja diferente, pensar diferente. El miedo es un instinto de supervivencia, no podemos negarlo. Y si la historia nos ha dicho que tener una orientación sexual o una identidad de género diferente puede generar violencia y exclusión, generalmente se va a sentir temor a expresarlo.

Si el ser humano es un ser social, la exclusión y la violencia le son indeseados. Si no quieres sentir violencia y rechazo, harás todo lo posible por no vivirlo. No puedes negar tu orientación sexual, pero temes expresarla.

Estás rodeada de temores, pero también estás rodeada de necesidades; y cuando te enamoras, te enamoras. Cuando estás cansada de que la gente te mire y te violente, y te percatas de que esa persona no tiene derechos para hacerlo, hay un punto en el que el miedo se convierte en determinación. Una se cansa, sobre todo en estos tiempos. Hay muchas mujeres lesbianas que han vivido toda la vida con temor, en una sociedad que las ha obligado a que no salgan de esa posición. Para esas mujeres es más complicado, pero ahora las personas están poniendo el punto de “no más”; más rápido.

Sin embargo, quienes se pronuncian en el activismo, en mayoría, son mayores de 30...

Yo diría que esas mujeres van por la calle y no se dan la mano. Y las parejas jóvenes, que supuestamente no están haciendo activismo, se están expresando. Saben que hay discriminación y homofobia, y de todas formas se expresan. Son circunstancias del contexto que han cambiado radicalmente, ya no estamos en la época de las fiestas escondidas, en que la policía podía llegar en cualquier momento y llevarse presas a las personas.

En lo personal, ¿has sentido discriminación y rechazo?

Sí, ligero. Con mis amistades, nunca. En Santa Clara no he tenido una relación abierta. Ese va a ser el próximo record. A veces sientes que te miran. Hace poco salí con una amiga lesbiana que tiene dos niñas. Ella no es muy femenina en el sentido tradicional y la imagen que estábamos dando era de una pareja con sus dos niñas. Me sentí incómoda, porque nos estaban mirando. Y con niños es peor, porque si en ese momento gritas o te alteras con las niñas, es porque no sabes criarla porque eres lesbiana y la peor madre del mundo.

Una también se predispone muchísimo, piensa que todas las reacciones son de rechazo y no siempre es así. Una vez estaba en un carro con una muchacha, con la que estaba saliendo, y junto a nosotras había una señora como de 70 años. Íbamos de la mano y ella nos preguntó si éramos familia. Le dije, a propó-

sito: “sí, ella es mi novia”, y la señora sonrió y siguió conversando con nosotras como si nada.

Nunca he recibido violencia física, pero sí el tipo de acoso que nace más del morbo de los hombres, de ver dos mujeres, porque lo único que les pasa por la cabeza es un trío. Nunca he recibido una palabra ofensiva. He estado en lugares como Bayamo ⁴, donde darse la mano, para mí, iba a ser lo peor; pensé que nos iban a linchar, pero nada que ver, sentí que me miraban menos que en La Habana.

¿Qué ha cambiado el activismo en ti?

Hay un cambio esencial en mí, que es el respeto hacia lo que la otra persona quiere ser. Cuando entré al Cenosex y traté con personas trans, por ejemplo, el pensamiento de “¿por qué se comportan así?”, ese cuestionamiento fue disminuyendo rápidamente. Primero, por la comprensión de que las personas han pasado por procesos muy difíciles y son de una manera por algo. Y en segundo lugar, si no han pasado por procesos difíciles y también son así, están en su derecho.

Me fuerzo a mí misma al respeto total en todas las circunstancias. Ese es uno de los aspectos en los que cambié mucho. El otro fue percatarme de que hay que estudiar, pues a veces el desconocimiento genera violencia y discriminaciones que una no se puede dar el lujo de tener. Estoy leyendo mucho más, dialogando con las personas, incluso en cuanto a las denominaciones, y tratando de cambiar la perspectiva.

Hay que hacer, una no puede conformarse. Ahora mismo, hago una experiencia de Airbnb llamada “Into Queer Havana”, que aunque tiene un corte turístico, dedicada al turismo internacional, la considero educativa: pasamos una hora y media hablando de la historia del movimiento LGBTIQ+ en Cuba, sobre lo que está cambiando acá.

Las personas vienen con ideas muy distorsionadas o muy utópicas, cualquiera de las dos. Les mostramos otra historia de Cuba, humanamente muy rica. Ha significado un impacto en la vida de las transformistas que hacen la experiencia conmigo. Empecé esta idea con el propósito de recaudar fondos para otro proyecto relacionado con la comunicación y a la vez me he ido involucrando en otros proyectos que no son los míos, pero están funcionando y los resultados son más directos.

Ahora estoy colaborando con otros espacios como la ICM, la Iglesia de la Comunidad Metropolitana, y en Abriendo Brechas de Colores estamos haciendo una campaña para visibilizar otros tipos de familia, trabajando sobre el tema “todos los derechos para todas las familias”. El slogan principal es “Mi familia

⁴ CIUDAD DE ORIENTE CUBANO, EN LA PROVINCIA GRANMA, A POCO MÁS DE 740 KILÓMETROS DE LA HABANA.

es muy original”, en contraposición al modelo de familia original que impone la Iglesia.

Defendemos el concepto de que la originalidad no viene de la Biblia, sino de que cada familia es única e irrepetible. También estamos haciendo talleres en varias provincias. No llegamos a tantas personas como quisiéramos, pero una persona que podamos cambiar se convierte en una persona que replica lo que estamos haciendo y confiamos en que el mensaje vaya calando poco a poco en los corazones de la gente.

Este libro no se adentra en la experiencia sexual de las mujeres que se encuentran en espacios solitarios e íntimos para encontrar placer entre ellas. Tampoco busca alimentar fantasías eróticas ni responder a las interrogantes de quién es el hombre y quién es la mujer en la pareja. Cuestiones ancladas en un imaginario que se resiste a superar la heterosexualidad, en el que no florece una sexualidad que se inventa y reinventa según las necesidades de quienes la construyen.

Estas páginas exponen las trayectorias de vida de las mujeres lesbianas o no, sus vicisitudes y sus logros, sus reclamos y sus luchas para habitar como sujetos de derechos en escenarios en los que la heteronorma y el heterosexismo alimentan el estigma y la discriminación; las mismas que, día a día, reivindican sus derechos como humanas y como cubanas. Las narrativas de estas mujeres nos hablan de heterogeneidad y de tiempos, de deseos reservados y de la elección de un momento liberador en el que apuestan por una sexualidad sin tapujos y también sin etiquetas.



ISBN: 978-959-303-177-6



9 789593 031776